
La calle
...es actos, de
...lmer L. Rice.
...aducción castellana de
Juan Chabás
50 cts.
LA FARSA

Cubierta de este número:

MARGARITA XIRGU

y

JOSE BRUGUERA

en una escena de

LA CALLE

ELMER L. RICE

LA CALLE

(STREET SCENE)

DRAMA EN TRES ACTOS

TRADUCCION CASTELLANA DE

JUAN CHABAS

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid, el día 14 de Noviembre de 1930, por la Compañía de Margarita Xirgu.

DIBUJOS DE MERLO





AÑO IV | 6 DE DICIEMBRE DE 1930 | NUM. 168
MADRID

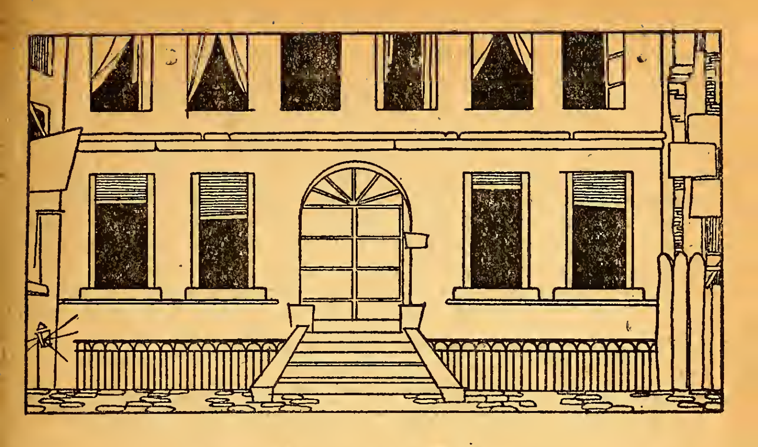

MERLO

LISTA DE PERSONAJES POR ORDEN DE SALIDA

PERSONAJES	INTERPRETES
Abraham Kaplau	Alberto Contreras.
Greta Fiorentino	María Roca.
Emma Jones	Pascuala Mesa.
Olga Olsen	Julia Pachelo.
Willie Maurrant	Lucita Muñoz.
Anna Maurrant	Eloísa Vigo.
Daniel Buchanau	Juan de Ibarra.
Frank Maurrant	Alfonso Muñoz.
Jorge Jones	Fernando Venegas.
Esteban Sankey	Luis Alcaide.
Inés Cushing	Carmen Reyes.
Carlos Olsen	Mario Barraycoa.
Shirley Kaplau	Josefina Santaularia.
Felipe Fiorentino	Alejandro Maximino.
Alicia Simpson	Carlota Alonso.
Laura Hildebrand	Joaquina Bofill.
Carlitos Hildebrand	Roberto Fernández.
María Hildebrand	Matilde Fernández.
Samuel Kaplau	José Bruguera.
Rosa Maurrant	Margarita Xirgu.
Harry Easter	Miguel Ortín.
Mae Jones	Pilar Muñoz.
Dick Mac Gaun	Fernando Porredón.
Vicente Jones	José Cañizares.
Sra. Wilson	Mimí Muñoz.
Oficial Harry Murphy	Miguel Pastor-Mata.
Un lechero	Jaime Aznar.
Un cartero	Gregorio Díaz Valero.
Un vendedor de hielo	Manolo Medina.
Dos colegialas	Carmen Sanchís y Lucía Sanchís.
Una estudiante de música	Alicia Fresno.
James Henry	Manolo Medina.
Fred Cullen	Antonio Soto.

PERSONAJES	INTERPRETES
Un hombre mal vestido	José García Alonso.
Un practicante	Gustavo Bertot.
Uno de la ambulancia	Santiago Carbonell.
Un mozo de cuerda	José Alonso García.
Dos institutrices	Porfirita S. Cucart y Mimí Muñoz.
Dos policías	Gregorio Díaz Valero y Emilio Baquero.
Dos que buscan piso	Carlota Alonso y Emilio Baquero.
Señor Cahlahan	Pantaleón del Agua.
Un hombre	Fernández Pérez.
Hombre transeunte	Antonio Soto.
Mujer transeunte	Amparito Reyes.
Trabajador 1.º	Eusebio Luengo.
Trabajador 2.º	Fernando Criado.
Una mujer	Mariana Méndez.

Sólo hay una decoración que se describe detalladamente en el texto. La acción transcurre en una noche del mes de junio y al día siguiente por la mañana y por la tarde.



ACTO PRIMERO

Fachada de una casa de vecindad en un barrio pobre de New-York. Es de piedra gris, horrible, y fué construída hacia el año 90 y tantos. Entre el pavimento de losas grises, anchas, y la fachada de la casa hay un espacio profundo y estrecho; una escalera de madera con escalones podridos lleva al sótano y a las habitaciones del portero, cuyas ventanas se ven apenas por encima del nivel de la calle. Saltando por encima de dicho espacio, hay un rellano al que se sube por una escalera de cuatro peldaños de piedra, a ambos lados de la cual hay una balaustrada también de piedra. Por encima de los cuatro escalones hay otro que conduce a la puerta exterior de la casa, de dos batientes; cuando está abierta esta puerta se ve el vestíbulo y la cancela, amplia, con cristales esmerilados. Sobre las puertas exteriores, un farol de cristal, en el que estará escrito el número de la casa, medio borrado. A la izquierda de la puerta de entrada hay un cartelito que dice: "Se alquila un piso: seis habitaciones, calefacción". A ambos lados del rellano, dos ventanas estrechas, que pertenecen a los entresuelos. En una de las ventanas, a la izquierda, un cartelito que dice: "Profesor Filippo Fiorentino, músico. Se dan lecciones". Arriba, seis ventanas estrechas que corresponden a las habitaciones del primer piso, y encima, un trozo de los basamentos de piedra de las del segundo. A izquierda se ve un trozo del edificio de al lado; la entrada de un garaje de un almacén de mercancías. Lleva un rótulo que dice: "Prohibido el paso". Al borde de la acera hay una tablilla pequeña que dice: "No se permite el tránsito". En la pared del almacén hay un cartel con el nombre del propietario: "Patrik Mulcary. Almacén de mercería". A la derecha de la casa hay un andamio con barandilla de madera para derribar la casa contigua. Un letrero que dice: "Derribo de esta casa, a cargo de Thomas & C.º" En primer término, bajo el borde de la casa, una ligera sugestión de la calle.

(Al levantarse el telón la casa está iluminada por un arco voltaico colocado fuera de escena y a la derecha. Las ventanas de las habitaciones del portero tienen luz, así como las del entresuelo derecha y dos ventanas del extremo izquierda del primero. A la izquierda, en la excavación, hay un misterioso farol encarnado. En la ventana del entresuelo, iluminada, a la derecha de la puerta, se ve a ABRAHAM KAPLAU, sentado en una mecedora, leyendo el periódico. Es un judío ruso que pasa de los sesenta. Bien afeitado, pelo gris, nariz ganchuda, gafas de concha. A izquierda, GRETA FIORENTINO, asomada a la ventana; mujer de unos cuarenta años, rubia, colorada y robusta. Lleva un traje de tela ligera y rameada; apoya en un almohadón el brazo izquierdo y su pecho, ufano y descotado. En la mano derecha tiene un abanico de cartón que mueve lánguidamente. Durante toda la obra se oye un rumor constante. Los ruidos de la ciudad crecen, se pierden, se acentúan, cesan. Rumor lejano de trenes aéreos, sirenas y cláxones de automóviles. Silbidos de vapores del río, matraca de carros y repique constante e indeterminado de metales. Los vapores, las ambulancias, los instrumentos musicales, una radio, ladrido de perros, voces que gritan, que ríen, que riñen. Los rumores se atenúan, pero no cesan nunca. Un momento después de levantarse el telón sale un hombre viejo por la derecha y entra en la casa, cambiando un saludo de cabeza con la señora Fiorentino. Un hombre, comiendo cacahuetes, cruza la escena de derecha a izquierda.)

UNA VOZ.—*(Fuera de escena.)* ¡Car-li-tos!

(EMMA JONES sale por la izquierda. Es una mujer de cierta edad, alta y huesuda. Lleva un paquete.)

GRETA.—Buona notte, signora Jones.

EMMA.—*(Deteniéndose bajo la ventana de la señora Greta Fiorentino.)* Buenas noches, señora Fiorentino. ¿Cómo le va con el calor?

GRETA.—No me hable. Después de fregar los platos podía retorcérseme toda la ropa...

EMMA.—Yo también. Estoy sudando a mares.

GRETA.—Me he quitado le scarpe y el corsé y me he puesto al fresco... Esta noche antes de acostarme me pongo a remojo...

EMMA.—No se saca nada en limpio..., al cabo de un rato, ya le ahoga a una el calor otra vez... *(Viendo que OLGA OLSEN, una mujer delgada y anémica con el pelo mal peinado, pero bonita, sube la escalera que da al sótano.)* Buenas noches, señora Olsen. Vaya calorcito, ¿eh?

OLGA.—*(Llegando a lo alto de la escalera.)* ¡Desesperante!



Señora Fiorentino, mi marido dice que ponga usted la basura en el monta cargas.

GRETA.—Ah, sí. Voy en seguida... Es que como no le oí silbar... (*Cuando la señora Jones hace ademán de irse.*) Oiga. No se vaya, señora Jones. (*Desaparece de la ventana.*)

OLGA.—(*Echándose hacia atrás un mechón de pelo.*) En el sótano se está más fresco.

EMMA.—(*Sentándose en el rellano y abanicándose con el paquete.*) ¡De seguro! Ahora salía yo un poco, a dar una vuelta.

OLGA.—El chico se me pasa todo el santo dia llorando..., todo el santo día.

EMMA.—¿Si? No lo extrañe. Yo creo que sienten el calor más que nosotros. Como los perros, el mio se pasa el día tumbado.

OLGA.—Es que, sabe usted, está echando las muelas. Eso se ve que los atormenta.

EMMA.—¡No me diga! ¡Si supiera lo que me hizo padecer Vicente! Tuvo ataques y todo.

(*WILLIE MAURRANT, un muchacho mal educado, de unos doce años, sale por la izquierda, con una patinette. Se detiene en la izquierda del rellano y coge la balaustrada con ambas manos.*)

WILLIE.—(*Levantando la cabeza y gritando.*) ¡Eh! ¡Madre!

EMMA.—(*Riñéndole.*) ¿Si quieres algo de tu madre, porqué no subes en vez de escandalizar de ese modo?

WILLIE.—(*Sin hacer el menor caso de lo que le dice la señora Jones. Gritando más fuerte.*) ¡Madre! ¡Madre!

ANNA.—(*Asomándose a una de las ventanas del primer piso.*) ¿Qué quieres, Willie?

(*Es una mujer hermosa de cuarenta años, que se le ven, pero que no deja de ser atrayente.*)

WILLIE.—¿Me quieres dar unos centavos para comprarme un "helao"?

ANNA.—(*A la señora Olsen y a la señora Jones.*) Buenas noches.

EMMA. }
OLGA. } Buenas noches, señora Maurrant.

ANNA.—(*A Willie.*) ¿Cuantos helados te has tomado hoy, di?

WILLIE.—(*Con aire de combate.*) ¡Es que tengo calor! Y los otros chicos también los compran. Anda, dame unos centavos...

ANNA.—Bueno. Pero es la última vez. (*Desaparece.*)

EMMA.—¿Sabes que no respetas mucho a tu madre, chico? (*A Olga Olsen.*) A mi, la verdad, no me gustaría que un hijo mio hablara con esos modales.

ANNA.—(*Saliendo a la ventana.*) Y acuérdate que es la última vez.

WILLIE.—¡Bueno, bueno! ¡Tira!

(*GRETA FIORENTINO reaparece y se inclina al alféizar de la ventana.*)

ANNA.—¡Toma! (*Tira un lío de periódico. Willie da un salto, lo recoge, lo desenvuelve de prisa y saca el dinero. Tira el papel al suelo y sale patinando por la izquierda.*)

GRETA.—(*Levantando la cabeza para mirar hacia arriba.*) ¡Buona notte, signora Maurrant!

ANNA.—Buenas noches, señora Fiorentino... (*Llamando a Willie.*) Y no tardes, oyes, Willie... (*Pero Willie ya está demasiado lejos para oírla.*)

GRETA.—¿Porqué no baja más a menudo a pasar un ratito con nosotros?

ANNA.—Estoy cuidando de la cena, para que esté caliente cuando venga mi hombre. (*Una ligera pausa.*) Bien, puede que baje un momento. (*Abandona la ventana. Las luces de su piso se apagan.*)

GRETA.—¡Qué castigo tiene la pobre con ese demonio de Willie!

EMMA.—Pues no parece que le preocupe mucho... (*Significativa.*) Tiene la cabeza en otras cosas...

OLGA.—(*Mirando en torno con recelo y avanzando hacia la izquierda del rellano, entre las otras dos mujeres.*) Hoy ha vuelto él otra vez, a verla.

EMMA.—(*Levantándose instigadora y reclinándose en la balaustrada.*) ¿Quién? ¿Sankey?

OLGA.—(*Moviendo la cabeza.*) Sí.

GRETA.—¿Está usted segura, señora Olsen?

OLGA.—¡Como que lo han visto estos ojos! Estaba yo barriendo la entrada.

GRETA.—¡Terrible, questo!

EMMA.—¡Quién lo diría, una mujer de su edad, con una hija tan mayor!

OLGA.—En esta semana ya van dos veces que le veo por aqui...

EMMA.—También yo le vi la semana pasada. Salia él cuando yo volvía de sacar la perrita a paseo, y le ví. “Buenos días, señora Jones”, me dijo, muy cumplido. “Buenos días”, le contesté, mirándole de reojo... (*Interrumpiéndose bruscamente, cuando se abre la puerta del vestibulo.*) Cuidado, que viene ella.

(*ANNA MAURRANT sale de casa y se para un momento en el peldaño más alto.*)

Anna.—¡Mi madre, qué calor! Estoy por decir que se está mejor arriba. (*Avanza hasta la acera.*)

Emma.—Es lo que decía yo.

Anna.—Hubiese ido esta noche al concierto del parque si Rosa hubiese vuelto temprano. No tengo suerte para los conciertos. A mi marido no le gusta la música. Rosa se parece más a mí. Se vuelve loca por la música.

Emma.—¿No ha vuelto aún?

Anna.—No. Debe de haber tenido trabajo extraordinario.

Emma.—Los míos sólo vienen a casa para dormir.

Greta.—Las muchachas de hoy día...

Olga.—Mi hermana me escribe y dice que en Suecia pasa lo mismo.

Emma.—Oh, no crean ustedes, no son sólo las jóvenes las que...

(*Se oye llorar a un niño en el sótano.*)

Voz de Olsen.—(*Desde el sótano.*) ¡Ol-ga!

(*Un hombre con sombrero de paja y smócking aparece por la izquierda, silbando un aire de jazz. Cruza la escena y se va por la derecha.*)

Olga.—(*Apresuradamente por la derecha.*) Me voy con el chico; otra vez llora...

Voz de Olsen.—¡Ol-ga!

Olga.—Ya va. (*Se va por la escalera del sótano.*)

Emma.—De lo mal que estas gentes extranjeras saben educar a los niños podría escribirse un libro entero.

Greta.—(*Un poco ofendida.*) Los extranjeros saben de todo, señora, como los demás. Mi madre tuvo ocho hijos, y vió bien criados a siete.

Emma.—(*Con tacto.*) Perdone, no me refería a los italianos. Los italianos es distinto; son casi lo mismo que los irlandeses. Yo quería decir los de cabeza cuadrada y los polacos (*con una mirada a la ventana de Kaplau*) y los judíos.

La voz de Daniel.—(*Desde una ventana del tercer piso.*) Buenas noches, señoras.

Las mujeres.—(*Mirando todas hacia arriba.*) ¡Hola! Buenas noches, señor Buchanau.

Voz de Daniel.—Supongo que se habrán dado cuenta del calorcito, ¿eh?

Emma.—Usted dirá...

Voz de Daniel.—Ahora mismo le decía a mi mujer que aún me molesta más la humedad que el calor.

Emma.—Tiene mucha razón. La deja a una toda pegajosa.

Anna.—¿Y que tal soporta su mujer esta basca?

VOZ DE DANIEL.—No se queja mucho del calor. Pero tiene miedo a salir de casa. Imagínese usted lo que pasaría si no pudiese volver a tiempo, si..., ya me entiende usted.

EMMA.—(*A las otras mujeres.*) Cuando yo estaba de mi Vicente me pasaba lo mismo. Tenía miedo de dar un paseo. Pero con la Mae me lo pasé en la calle hasta el último momento.

GRETA.—(*Inclinando la cabeza y mirando hacia arriba.*) Señor Buchanau, ¿cree usted que se comería a gusto un plato de minestrone, esa sopa de hierbas que hacemos en Italia?

VOZ DE DANIEL.—Muchas gracias, señora Fiorentino, pero no he podido hacer que pruebe nada en todo el día...

EMMA.—Pues dígale que tiene que comer. Que eche cuenta que tiene que mantener a dos.

VOZ DE DANIEL.—Perdonen, que me llama.

EMMA.—(*Cruzando la balaustrada, a la izquierda de la señora Fiorentino.*) No parece sino que es él quien ha de tener el niño.

ANNA.—¡Ella es tan poquita cosa!

GRETA.—(*Con un suspiro.*) Así va el mundo. ¡Las flacas tienen hijos y las gordas, ya ve usted!

ANNA.—Lo que es eso, no, señora Fiorentino. Usted es todavía joven.

GRETA.—(*Moviendo la cabeza.*) ¡Ca!...

EMMA.—Mi tía, la señora Barcley, tenía cuarenta y dos años y... (*Interrumpiéndose.*) ¡Buenas noches, señor Maurrant!

(*FRANK MAURRANT llega por la izquierda con la americana al brazo. Es alto, sólidamente constituído, de unos cincuenta años y una cara peluda y áspera.*)

GRETA.—Buenas noches, señor Maurrant.

MAURRANT.—Muy buenas las tengan. (*Se dirige hacia el rellano y se sienta, dejando caer la cabeza entre las manos.*) ¡Vaya día!

ANNA.—¿Has estado trabajando hasta ahora, Frank?

MAURRANT.—Sí, hasta ahora ¡Ensayo general de vestuario hasta las doce, con luz y con este calor! Y mañana he de ir a Stanford para otro ensayo.

ANNA.—¡Ah! ¿Te vas mañana a Stanford?

MAURRANT.—Sí; vamos todos. (*Mirándola fijamente.*) ¿Por qué?

ANNA.—No; por nada. Te he guardado al fuego coliflor y patatas, por si quieres.

MAURRANT.—Acabo de comerme un plato de habas en el restaurant ambulante. Lo que sí quiero es lavarme. Todo el día

estoy sudando como un caballo. (*Se levanta y sube los escalones.*)

GRETA.—Mi marido también suda terriblemente.

EMMA.—Pues el mío no. Los hay que sudan... y los hay que no transpiran.

MAURRANT.—(*A Anna Maurrant.*) ¿Hay alguien arriba?

ANNA.—No. Willie está jugando en la calle. No puedo conseguir de ningún modo que se esté en casa.

MAURRANT.—Y Rosa, ¿qué?

ANNA.—Debe de tener trabajo extraordinario.

MAURRANT.—Nunca he visto una gran oficina en que se trabaje de noche.

ANNA.—Como mañana es fiesta, puede que... (*A los otros.*) Como el señor Jacobson, su principal, murió el martes y mañana son los funerales, creo yo que...

EMMA.—Sí. Menudos son los judíos para perder un día de trabajo, sin ganar nada.

MAURRANT.—(*A Anna Maurrant.*) Lo que ha de hacer es no pasar las noches fuera de casa, sin que sepamos dónde está.

ANNA.—No ha dejado dicho que cenaría fuera...

MAURRANT.—Ya sabes lo que te digo. El deber de una madre es saber lo que hace su hija.

GRETA.—(*Conciliadora.*) Señor Maurrant, los tiempos de ahora no son ya los nuestros.

MAURRANT.—Pues en mi familia no quiero diferencias. Al menos sin que yo diga lo que tengo que decir.

VOZ DE UNA MUCHACHA.—(*Fuera de escena.*) ¡Ya verás tú si viene Freddie, granuja!

(*JORGE JONES, un hombre de cara colorada, pequeño y muy gordo, con un cigarro en la boca, sale de la casa así que Maurrant entra en el vestíbulo.*)

JORGE.—Hola, señor Maurrant.

MAURRANT.—(*Secamente.*) Hola. (*Entra en casa.*)

(*Jones se vuelve para mirarlo, extrañado. Anna Maurrant se sienta en el rellano.*)

JORGE.—Buenas noches, señoras.

ANNA.
GRETA. } Buenas noches, señor Jones.

JORGE.—(*Sentándose a la izquierda de la barandilla.*) ¿Qué le pasa a su marido, señora Maurrant? El calor lo trastorna, ¿eh?, como a todos.

ANNA.—Ha estado trabajando hasta ahora, y está un poco cansado, sin duda.

EMMA.—Todos los hombres son iguales. Todo muy llano y muy bien mientras las cosas van por donde ellos quieren; pero si se tuercen una pizca..., ¡catapum!

GRETA.—Usted que lo diga, señora Jones.

JORGE.—Bueno, bueno. Y de las mujeres, ¿qué me dicen ustedes?

ANNA.—Creo que viene a ser lo mismo. Yo pienso muchas veces que es una vergüenza que las familias no vivan en buena armonía. Todos deberían hacer por vivir en paz y con tranquilidad, sin dar que sentir a los demás.

EMMA.—¡Natural! Una se casa para bien o para mal. Pero si vienen mal dadas, hay que procurar vivir en paz...

ANNA.—Los que tienen mal genio son los menos indulgentes. No comprenden que, quien más, quien menos, necesita una palabra buena, de cuando en cuando. Así como así, todos somos personas.

(Mientras habla aparece ESTEBAN SANKEY por la derecha. Es un muchachote de treinta años cumplidos, prematuramente calvo. Va vestido muy ligeramente, con un traje gris, barato, y un sombrero de paja con una cinta. Cuando aparece, la señora Jones y la señora Fiorentino cambian una mirada rápida y significativa.)

SANKEY.—*(Deteniéndose a la derecha y descubriéndose.)* Buenas noches, señoras y señores! ¿Qué me dicen ustedes de este calorcito?

LOS DEMAS.—Buenas noches.

ANNA.—*(Con intención.)* Buenas noches, señor Sankey.

(Durante la escena, Anna Maurrant y Sankey procuran vanamente evitar el mirarse.)

SANKEY.—No recuerdo haber pasado un día peor que el de hoy. Es el 15 de junio más bochornoso desde hace treinta años. A las tres estábamos a más de noventa y cuatro.

JORGE.—En Chicago ha habido seis muertos, y los periódicos de esta noche dicen que tenemos calor para rato.

(MAURRANT se asoma a la ventana de su piso y se queda allí mirando.)

GRETA.—Sí, sí; es terrible.

SANKEY.—Menos mal que este tiempo va bien para el negocio. Ya saben ustedes el refrán: "No hay mal que por bien no venga."

ANNA.—Sí. Lo que es la leche se corta en seguida.

EMMA.—Yo he tenido que tirar medio litro esta tarde.

GRETA.—*(Maurrant se retira de la ventana.)* ¿Por qué la tiraba? Hubiese podido hacer...

SANKEY.—Requesón. Mi mujer lo hace a veces.

ANNA.—¿Está ya bien su mujer, señor Sankey? Me dijeron el otro día que estaba acatarrada.

(La señora Emma Jones y la señora Greta Fiorentino cambian una mirada.)

SANKEY.—¡Ah!, sí, sí. Hace un par de semanas. Si, sí; ahora ya está bien. No fué nada.

EMMA.—Usted tiene hijos también, ¿verdad, señor Sankey?

SANKEY.—Sí; tengo dos. Dos niñas. Bueno, me voy. *(Va hacia la izquierda y se para otra vez.)* He dicho a mi mujer que iba al bar a buscar cerveza fría. ¿No les parece a ustedes que el cuerpo pide cualquier cosa fresca?

EMMA.—*(Cuando Sankey pasa.)* A mi, por lo menos, no; cuanto más se bebe, más se suda.

SANKEY.—Eso también es verdad. Bueno, con Dios; buenas noches. Hasta la vista. *(Sale por la izquierda con aire indiferente; pero cuando supone que ya no le ven, cambia una mirada rápida con la señora Anna Maurrant.)*

(Una mujer mal vestida, arrastrando un coche de niños sucio y desvencijado, sale de la izquierda y atraviesa la escena.)

JORGE.—¿Cómo se llama: Sankey?

EMMA.—Sí, Sankey.

ANNA.—Es dueño de una lechería...

(INES CUSHING sale de la casa. Es delgada, enjuta y de más de cincuenta años.)

INES.—Buenas noches.

LOS DEMAS.—Buenas noches, señorita Cushing.

ANNA.—¿Cómo se encuentra hoy su madre, señorita Cushing?

INES.—*(Parándose en la izquierda del rellano.)* ¿Cómo quiere usted que se encuentre? Quejándose del calor. Me da miedo de que el corazón se le resienta. A los setenta años comprenderá usted que... Voy a la esquina a comprarle un helado.

(Mientras ella se va por la izquierda, OLSEN, el portero, un sueco esmirriado, sube los escalones del sótano con una gran lata de tripas cerrada. Los demás miran con expresión de molestia cuando él deja la lata en el suelo y la golpea.)

OLSEN.—¡Uf! ¡Qué calor! *(Se enjuga la cara y el cuello con un pañuelo sucio y enciende la pipa y se apoya en la barandilla.)*

EMMA.—*(Significativamente, mientras cruza el centro del rellano y se sienta.)* Aquí entre nosotros, ¿saben?; pero creo que a su madre no le quedan muchos días de vida... Cuando el corazón empieza a fallar...

GRETA.—Si, no tiene buena compostura...

ANNA.—¡Pobre chica! ¿Qué será de ella cuando se le muera su madre? Se ha pasado la vida cuidándola.

EMMA.—Es su obligación, al fin y al cabo.

GRETA.—No iba a dejar abandonada a su madre...

UNA VOZ.—(*Fuera de escena.*) ¡Car-li-tos!

ANNA.—Claro que no podía dejarla... Pero..., parece que la vida es para algo más que pasársela cuidando a otra persona...

EMMA.—Qué quiere usted que le diga. Después de todo lo que yo he hecho por mis hijos, espero que cuando sea vieja miren ellos por mí...

ANNA.—No sé. Me parece que preferiría no vivir a pasarme la vida como ella. (*Levantándose con una naturalidad afectada.*) No sé qué pueda estar haciendo mi Willie. Me voy hasta la esquina a ver si le veo. A mi marido no le gusta que esté en la calle hasta muy tarde. (*Sale por la izquierda. Todos miran con gran silencio hasta que ella ya no puede oírles. Entonces la tempestad se desencadena.*)

EMMA.—(*Levantándose muy animada.*) Ya lo han oído ustedes. ¡Se va a ver lo que hace su Willie! ¿Se lo creen ustedes?

GRETA.—¡Es monstruoso!

JORGE.—¿Qué, creen que ha ido a ver lo que hace Sankey, no?

EMMA.—(*Insolente.*) Y los hombres, ¿qué? ¿Para qué creen que ha venido él? (*Poco a poco.*) ¡Iba corriendo a buscar cerveza fría para su mujer! ¡Como si le importara mucho su mujer!

GRETA.—¡Qué vergüenza, teniendo además dos hijas!

JORGE.—Sí; no está bien, no; está mal, teniendo, como tiene, mujer y dos hijas.

GRETA.—Mientras estaba aquí se la comía con los ojos.

EMMA.—¿Y ella? ¡Mucho que evitaba el mirarle! (*Sentándose otra vez.*) ¡Parecía que era el príncipe de Gales, y no un repartidor de leche! ¡Y todavía dice que no le había visto desde hace dos semanas!

GRETA.—Precisamente hoy me decía la señora Olsen que le había encontrado por la escalera.

(*Olsen, acercándose al rellano y sacándose la pipa de la boca, señalando hacia arriba.*)

OLSEN.—El día menos pensado, el marido los matará a los dos. (*Vuelve a ponerse la pipa en la boca y recobra la misma posición de antes.*)

GRETA.—¡Sería terrible!

JORGE.—Bueno, sí; pero es a lo que se exponen. Ahora que a él me parece que lo mismo le da; ¡tiene unos ojos de sinvergüenza!...

EMMA.—¿Y qué quieres que sea sino un sinvergüenza, para rondar de ese modo la casa ajena y destruir su tranquilidad?... (*Haciendo mofa.*) Buenas noches, señoras y señores. Como en la radio.

JORGE.—¿Y no creen ustedes que Maurrant está al cabo de la calle?

EMMA.—Y si no lo está, tiene telarañas en los ojos. Pero, ¡bah!, de los hombres no hay que hacer caso. Son más ciegos que los murciélagos. Es lo que yo digo siempre, en estos casos, el último que se entera es el hombre o la mujer, según.

(*La señorita CUSHING atraviesa la escena con un lío pequeño; viene de la izquierda, muy excitada.*)

INES.—(*Ahogándose al llegar a la izquierda del rellano.*) ¿A qué no saben ustedes lo que acabo de ver? ¡A los dos juntos! ¡Qué escándalo! ¿Qué me dicen ustedes?

EMMA.—(*Levantándose también excitada.*) ¿Que qué le digo yo?

GRETA.—¿Y en dónde los ha visto, señorita Cushing?

INES.—Aquí mismo, al volver la esquina, a la entrada de la mercería. Estaban de pie, muy juntos. El la tenía abrazada por la cintura. ¡Escandaloso!

JORGE.—Ya ven ustedes con cuanta razón decía yo que esto se estaba poniendo muy mal...

EMMA.—No ha visto usted si se besaban o...

INES.—Si he de decir la verdad, me quedé tan avergonzada que no he tenido valor para mirarles.

JORGE.—(*En voz baja, cuando se abre la puerta de la casa.*) ¡Chist, que viene Maurrant!

(*Un silencio de conspiración les une cuando Maurrant, la pipa en la boca, sale de la casa.*)

INES.—(*Temblorosa.*) Buenas noches, señor Maurrant.

MAURRANT.—(*En el último escalón.*) Buenas noches. (*A los demás.*) ¿Y mi mujer?

EMMA.—Ha ido hasta la esquina a ver si encontraba a Willie.

MAURRANT.—(*Murmura.*) ¡Ah, diantre!

EMMA.—A esa edad siempre hay que estar tras ellos.

(*Un silencio momentáneo.*)

INES.—Bueno, me voy a ver cómo está mi madre. (*Se va escaleras arriba.*)

EMMA.
GRETA.
JORGE. } Buenas noches, señorita Cushing.

INES.—Buenas noches. (*Cuando pasa por el lado de Maurrant.*) ¡Buenas noches, señor Maurrant!

MAURRANT.—¡Buenas noches!

(*Inés Cushing le mira brevemente y entra en el vestíbulo.*)

UNA VOZ DE NIÑO.—(*Fuera de la escena.*) ¡Tú pierdes! ¡Tú pierdes!

(*Inés Cushing entra en casa. SHIRLEY KAPLAU aparece en la ventana del primer piso, al extremo derecha, con una taza de té caliente en la mano. Es una judía morena sin atractivo, de más de treinta años. Viste una bata ligera. Abraham Kaplau sigue leyendo.*)

SHIRLEY.—(*A los vecinos.*) ¡Buenas noches!

LOS OTROS.—(*No muy cordialmente.*) Buenas noches.

SHIRLEY.—Qué día más terrible ha hecho hoy, ¿verdad?

JORGE.
EMMA. } Sí.

SHIRLEY.—(*Yendo a la otra ventana.*) Papá, aquí tienes el té. ¿Aun no has acabado de leer el periódico? ¡Con el calor que hace y la luz encendida!

ABRAHAM.—(*Bajando el periódico.*) ¡Está bien! ¡Está bien! Déjalo aquí. Da pena leer ahora los periódicos. Todo son divorcios, escándalos, crimenes. (*Habla gesticulando. Deja el periódico, se quita las gafas y empieza a beberse el té.*)

SHIRLEY.—No corre nada de brisa por ninguna parte.

(*Nadie contesta. Shirley se marcha y apaga las luces.*)

EMMA.—(*En voz baja.*) No sé que sacan de ese periódico judío. Yo no entiendo ni el título.

JORGE.—Si hubieses aprendido el hebreo de pequeña, ahora no te pasaría eso.

EMMA.—(*De pronto.*) Mire, señora Fiorentino, su marido! ¡Qué cargado viene! (*Mira hacia la izquierda muy regocijada.*)

(*SHIRLEY vuelve a salir a la ventana de la extrema derecha; se sienta en el alféizar.*)

GRETA.—(*Inclinándose para ver a su marido.*) Mírenle. (*Gritando.*) ¡Lippo, cuidado, que luego te hacen daño!

LIPPO.—(*Fuera de escena.*) ¡Hola, Margarita! (*Todos miran alegremente cuando FILIPPO FIORENTINO, un italiano gordo, de pelo y bigote negros, entra por la izquierda. Bajo el brazo izquierdo sostiene un violín y con la mano derecha mantiene en equilibrio cinco "cornets d'amour". Bromeando y remedando un pregón.*) ¿Quién quiere helados de limón? ¡Rico helado! "Cornets d'amour", fresquitos!

GRETA.—Serás capaz de tomártelos todos.

EMMA.—(*Saliéndole al encuentro.*) Déme el violín. (*Le libra del violín y él pasa dos helados a la mano izquierda.*)

LIPPO.—(*Mientras la señora Jones da el violín a Greta Fio-*

rentino.) Gracias, señora Jones. Aquí tiene un helado que he traído para usted.

(*La señora GRETA FIORENTINO coloca el violín en una silla tras ella.*)

EMMA.—(*Cogiendo el helado.*) Muchas gracias, señor Fiorentino.

LIPPO.—(*Dirigiéndose a la ventana.*) Signora Fiorentino, aquí tiene usted su helado, su "cornet d'amour".

GRETA.—(*Tomándolo.*) Me voy a poner gordísima con estas golosinas.

LIPPO.—¡Ah, no. Dos o tres kilos más no hacen perder la línea. (*Se ríe ruidosamente de sus palabras y atraviesa la escena hacia el rellano.*) Amigo Jones, nos tomamos uno?

JORGE.—Bueno, vamos allá. Son mi debilidad; gracias..., gracias...

LIPPO.—¿Y usted, Maurrant?

MAURRANT.—No; estoy fumando.

LIPPO.—¿Prefiere usted la pipa a un helado? (*Atravesando el rellano.*) Señorita Kaplau, ¿no le apetece a usted un helado?

SHIRLEY.—No, gracias. Ahora no.

LIPPO.—Al Kaplau sí que le apetece, verdad?

ABRAHAM.—(*Gesticulando con la mano.*) ¡No, no; gracias!

EMMA.—(*A Jorge Jones.*) Dale los centavos de los helados al señor Fiorentino.

JORGE.—(*Registrándose con desgana el bolsillo.*) Claro, mujer.

LIPPO.—¡No, no! De ninguna manera. Ya he comido yo. Si sé que son ustedes tantos tomando el fresco, traigo una docena. (*Acercándose a Olsen.*) ¿Quiere uno, tío Olsen?

OLSEN.—Ya lo creo. Y muchas gracias. (*Sácase la pipa de la boca y chupa idiotamente el helado.*)

LIPPO.—(*Sentándose en el rellano, con un gran suspiro de satisfacción.*) Son buenos, ¿verdad?

JORGE.—(*Con la boca llena.*) ¡Qué bien sabe usted vivir!

EMMA.—Le refresca a uno un poco.

LIPPO.—Claro. Y eso es lo que se busca. Refrescarse. (*Quitándose la americana y volviendo a sentarse en el rellano.*) Estoy empapado... como si saliera del baño... En el parque, todo el mundo está lo mismo. Hay lo menos dos o tres mil personas, y todas sudando... Parecen fieras desesperadas...

(*Mientras habla, ALICIA SIMPSON, una soltera alta y delgada, aparece por la derecha. Sube a los escalones de la entrada, entra en el vestíbulo y se la ve llamar a una puerta.*)

EMMA.—(*En voz baja.*) Es una dama de la caridad cristiana.

(*Atraviesa el rellano y grita dentro del vestíbulo.*) Si busca a la señora Hildebrand, no ha vuelto todavía.

ALICIA.—(*Volviendo a la puerta de entrada.*) ¿No sabe cuándo volverá?

EMMA.—Ya debería de estar aquí a estas horas. ¡Han ido al cine!

ALICIA.—(*Como ofendida.*) ¿Qué dice usted, al cine?

OLSEN.—(*Calmosamente.*) Mire, aquí la tiene.

LIPPO.—(*Levantándose y gritando con vehemencia.*) ¡Señora Hildebrand! ¡Dése usted prisa! ¡Aquí hay una señora que pregunta por usted! (*La excita a darse prisa.*)

(*LAURA HILDEBRAND aparece por la derecha con sus dos hijos, CARLOS y MARY. Es una mujercita joven, con una actitud de asombro perpetuo. Los dos niños mascan goma, y Mary va saltando a la comba con una cuerda y canta. Carlos pasa por la acera procurando evitar las ranuras de las losas.*)

ALICIA.—(*Disponiéndose a bajar los escalones.*) Buenas noches, señora Hildebrand.

LAURA.—(*Espantada.*) Buenas noches, señorita Simpson.

ALICIA.—¿De dónde viene? Del cine, ¿verdad?

LAURA.—Sí, señora.

ALICIA.—¿Y de dónde ha sacado usted el dinero?

LAURA.—La entrada cuesta veinticinco centavos nada más.

ALICIA.—Veinticinco centavos es una fortuna cuando se está en la miseria y se depende de la caridad cristiana. De seguro que se ha gastado usted en el cine lo que le di ayer para comer.

LAURA.—Los jueves por la noche, cuando mi marido estaba en casa, íbamos siempre al cine.

ALICIA.—Sí; pero ahora su marido no está en casa. Y como todo el mundo sabe, no parece que tiene muchas ganas de volver.

ABRAHAM.—(*Sacando la cabeza por la ventana.*) ¿Es ese el concepto que tiene usted de la caridad?

SHIRLEY.—Papá, ¿por qué te mezclas en esas cosas?

ALICIA.—(*A Abraham Kaplau.*) A usted nadie le pide parecer.

ABRAHAM.—Vuélvase a su casa y lea en la Biblia la vida de Cristo. Entonces sabrá usted lo que quiere decir caridad cristiana.

EMMA.—¡Miren ustedes quien habla de Cristo! (*A Greta Fiorentino.*)

ALICIA.—(*Volviendo la espalda a Abraham Kaplau y hablando con la señora Hildebrand.*) Usted ha de comprender que nadie querrá darle dinero para que usted se divierta en el cine.

LIPPO.—¡Ah! ¿No es más que eso, gran signora?... (*Se lleva*

la mano al bolsillo y saca un montón de monedas.) Aquí tiene dinero, señora Hildebrand, y si le gusta se va al cine todas las noches. (*Obliga a la señora Hildebrand a tomar el dinero.*) Y aquí tienen esto para bombones. (*Da un real a cada niño.*)

GRETA.—(*A Emma Jones.*) Y aquí tiene usted explicado por qué en mi casa no hay nunca un centavo.

LAURA.—(*Atónita.*) Yo no puedo tomar eso, señor Fiorentino.

LIPPO.—Pues claro que sí. No son dineros lo que nos falta.

ALICIA.—(*Ofendida.*) Estaríamos mejor en su casa. No puedo hablar con usted entre esta gente.

LAURA.—(*Modestamente.*) Sí, señora. (*Sigue a la señora Simpson hacia casa. Sus hijos van detrás de ella, cogidos de la falda.*)

EMMA.—¿No les da lástima esta mujer?

LIPPO.—Todo por querer dormir sola.

(*Los hombres ríen.*)

EMMA.—(*A Greta Fiorentino.*) ¡Qué poca vergüenza tiene!

GRETA.—(*Muy complacida.*) ¡Dígamelo usted a mí!

LIPPO.—Si alguien durmiese con ella, todo se arreglaría. ¿Qué me dice usted, Jones?

(*Shirley, avergonzada, se va de la ventana.*)

JORGE.—(*Con actitud de oveja.*) No; yo paso.

LIPPO.—¿Cómo? Tiene usted miedo a su mujer, ya lo veo. ¿Y usted, Maurrant, qué opina?

(*Maurrant ríe secamente.*)

GRETA.—(*Complacida.*) ¡Lippo, no tendrás nunca juicio!

LIPPO.—(*Muy divertido.*) Está bien. Si todos se rajan... me iré yo sólo a... (*Ríe aparatosamente. Los demás también ríen.*)

EMMA.—(*De repente.*) Aquí tiene usted a su mujer, señor Maurrant.

(*Se hace un silencio súbito cuando la señora Maurrant se aproxima por la izquierda. Una mirada viva y rápida le advierte la presencia de Maurrant.*)

LIPPO.—Hola, señora Maurrant. Qué, ¿no va usted al concierto?

ANNA.—Estaba esperando a Rosa, pero no la veo venir. (*A Maurrant, mientras empieza a subir las escaleras.*) ¿Está ya en casa, Franck?

MAURRANT.—No; no ha venido. Y tú, ¿en donde estuviste tanto tiempo?

ANNA.—Fuí a ver si veía a Willie.

MAURRANT.—Menuda paliza le espera al muy granuja cuando yo le encuentre.

ANNA.—No le pegues, Maurrant, oyes. Todos los chicos hacen lo mismo a su edad.

JORGE.—¡Claro! Mi Vicente hacía lo mismo. Y ya lo ven ahora, tan cumplidor, siempre cogido al volante de su taxi y dándose la gran vida.

LIPPO.—(*Inclinándose sobre la balaustrada.*) Lo mismo me pasa a mí. Cuando tenía doce años, me estaba el día en la calle y no veía a mi padre en toda la semana.

MAURRANT.—No tengo nada que decir de lo que les haya pasado a ustedes. Pero en mi familia las cosas han de ser de otro modo.

ANNA.—(*Cuando la señora SIMPSON sale de la casa.*) Tú, Maurrant, deja pasar a esta señora.

ALICIA.—¡Perdón!

(*Le abren paso, a medida que baja las escaleras. La señora Maurrant se sienta en el rellano.*)

LIPPO.—La señora Hildebrand no tiene mucha suerte, ¿verdad? Mañana la echarán a la calle.

ALICIA.—(*Deteniéndose a la derecha del rellano y volviéndose hacia Lippo.*) Sí, señor. Y si encuentra donde dormir, será porque la caridad cristiana le encontrará un refugio. Y si ustedes quieren hacer a esta mujer un favor, ya que son vecinos, han de enseñarle a conocer el valor del dinero en vez de animarla a malgastarlo.

LIPPO.—(*Encogiendo los hombros con desdén.*) ¡Ah, no, señora! Le he dado un par de dólares para que estuviese contenta, y para satisfacción mía, pero sin ánimo de perjudicar a nadie.

(*Shirley vuelve a aparecer en la ventana.*)

ALICIA.—Pues la perjudican ustedes. Le hace daño, porque tiene un carácter especial.

ABRAHAM.—(*Lanzando su cigarro y riendo fuerte.*) Si no me molestara usted, me haría reír.

ALICIA.—(*Turbada y con rabia.*) Nadie le pide parecer.

ABRAHAM.—Ya lo sé. Pero yo le digo sin que me lo pidan. Ya conoce usted aquél poema: "Caridad organizada, administrada, en nombre de un Cristo sin piedad".

ALICIA.—(*Con rabia.*) Siempre lo mismo, pero ustedes, los judíos son los primeros en recurrir a la beneficencia. (*A grandes pasos sale por la derecha. Lippo, parodiando su modo de andar, pretende seguirla.*)

ABRAHAM.—(*Abalanzándose sobre el alféizar de la ventana.*) Venga, vuelva por acá y le diré una cosa.

GRETA.—¡Lippo!

EMMA.—(*Muy divertida.*) ¡Mírenle, mírenle!

LIPPO.—(*Riéndose y saludando con la mano.*) ¡Adiós, adiós, señorona! (*Vuelve al rellano.*)

ABRAHAM.—(*A los demás.*) Echan a la calle a una madre con dos hijos y aún nos viene ésta a predicarnos su moralidad burguesa

EMMA.—(*A Greta Fiorentino.*) ¡A que nos vuelve a colocar su disco!

SHIRLEY.—¡Papá, que ya es hora de ir a dormir!

ABRAHAM.—(*Irritado.*) Déjame, Shirley. (*Levantándose y dirigiéndose a los demás.*) Estas instituciones de caridad son una burla más para las clases trabajadoras. Por cada millón de dólares que los amos chupan de los obreros dan mil a la beneficencia.

MAURRANT. ¿Si? ¿Pues quién es el que echa a la calle a esa mujer? ¿Quién es el amo de esta casa? ¡Un judio!

EMMA.—Y tan judío. No se llama más que Isaac Cohen.

ABRAHAM.—Judíos o no judíos, ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? No he tocado la religión para nada; hablo de cuestiones económicas. Mientras las clases capitalistas...

MAURRANT.—(*Interrumpiéndole.*) Y yo le hablo de que cuando uno no paga el alquiler tiene que mudarse.

ANNA.—Pero no está muy bien que digamos el echar a la calle a una pobre mujer...

GRETA.—Mientras su marido se las arregla por su cuenta, que tampoco está bien.

LIPPO.—Apostaría a que también encontró otra mujer. Una rubia; y como los caballeros las prefieren rubias...

EMMA.—Debería de haber una ley contra las mujeres que roban los maridos a otras mujeres.

GRETA.—Tiene usted toda la razón, señora Jones.

ANNA.—Lo que no puede decirse es que la culpa sea del propietario...

ABRAHAM.—La culpa es de nuestro sistema económico. Mientras exista la propiedad privada, los trabajadores estarán entregados en manos de los capitalistas.

MAURRANT.—Con eso se está armando mucho jaleo. Yo soy un trabajador, ¿no? Pues hace veinte y dos años que soy de la Unión de tramoyistas. Si no tuviésemos lo que necesitamos, iríamos a la huelga; ¿lo oye?; pero nos lo dan, y callamos.

LIPPO.—Naturalmente. Lo mismo me pasa a mí. Soy de la Unión Musical. Nos pagan los ensayos, nos pagan los extraordinarios...

SHIRLEY.—Eso se explica cuando se forma parte de una unión fuerte. Pero cuando una unión es débil, como la de los maestros, no se saca nada bueno.

EMMA.—(*A la señora Greta Fiorentino.*) ¿Pero imagina usted eso? ¿Los maestros formando parte de una sociedad de resistencia?

ABRAHAM.—(*Impaciente.*) Todas esas uniones maldito lo que sirven. Todo eso no tiene nada que ver con el problema fundamental. Mientras los útiles del trabajo estén en manos de los capitalistas, existirán la explotación y la violencia y...

MAURRANT.—Váyase al diablo con sus líos. Yo vivo una buena vida y no me interesa hacer ninguna violencia...

OLSEN.—(*Sacándose la pipa de la boca.*) Prosperidad es lo que queremos. Prosperidad es lo que queremos en este país.

JORGE.—Muy bien dicho, sí señor.

ABRAHAM.—Sí; pero toda la prosperidad es para los ricos. El señor Morgan, tiene su yate y en nuestra casa echan a la calle a una pobre mujer con hijos.

MAURRANT.—Y si mañana tuviésemos un presidente de su partido, de los socialistas, pasaría lo mismo.

GRETA.—¡Y usted que lo diga, señor Maurrant!

JORGE.—¡Tiene usted toda la razón!

ABRAHAM.—¿Quién habla de presidentes? Lo que necesitamos es que los útiles del trabajo estén en manos de los trabajadores, y eso sólo se consigue con una revolución social.

MAURRANT.—Quite, hombre, quite. No queremos revoluciones en este país, ¿se entera? (*Con general aprobación.*)

EMMA.—A esta gentecita me la sé yo de memoria: enseñan a los niños que no hay Dios y que sus abuelos eran micos.

JORGE.—(*Levantándose con ira.*) ¿El amor libre, como en Rusia, no es eso?

(*Kaplau hace un gesto de impaciencia y se sienta en la silla*)

MAURRANT.—Es un gran peligro dejarles sueltos a ustedes, los bolcheviques. Si no están ustedes de acuerdo con las cosas tal como están establecidas, ¿por qué diantre no se vuelven a su país?

SHIRLEY.—Todo el mundo tiene derecho a opinar, señor Maurrant.

MAURRANT.—Cuando la opinión va contra la ley y el orden, no señor. No necesitamos que los extranjeros que viven en nuestro país nos quieran enseñar de qué modo hemos de gobernarnos.

GRETA.—No es ningún pecado ser extranjero. Hay muchos que son gentes honradas.

Lippo.—¡Pues no faltaba más! Nosotros los italianos, por ejemplo. Miren si no a Cristóbal Colón. Fué el primer hombre que descubrió América. Y era un italiano..., como yo.

Maurrant.—De eso no tengo nada que decir.

Olsen.—(*Sacándose la pipa.*) El descubridor de América fué Lief Ericson.

Lippo.—(*Excitado, a Carlos Olsen.*) ¿Qué está usted diciendo?

Olsen.—El descubridor de América fué Lief Ericson.

Lippo.—¡Vamos, ande! Fué Colón. Cristóbal Colón, descubridor de América. ¡Todo el mundo lo sabe!... (*Mira a los demás buscando su aprobación.*)

Emma.—Pues claro que todo el mundo lo sabe.

Jorge.—A todos nos lo han dicho en la escuela.

Olsen.—Pues fué Ericson el primer descubridor.

Lippo.—(*A gritos.*) ¡No y no! ¡Colón!

Shirley.—Colón fué quien primero abrió a América el camino de la civilización.

Lippo.—(*Feliz, mientras vuelve al rellano.*) Pues claro, es lo que yo decía: Colón fué el primero.

Olsen.—El primero es Lief Ericson.

(*Lippo se da una palmada en la frente, significativamente.*)

Lippo.—Fíjense en lo que han hecho los italianos por América: han construído puentes, ferrocarriles, metropolitanos; y sin los italianos, América no existiría.

Jorge.—Sí, es lo que decía un compañero mío: los italianos han construído Nueva York; los irlandeses la han invadido, y los judíos son sus propietarios.

(*Risas.*)

Greta.—(*Riendo.*) ¡Qué ocurrencia más graciosa!

Jorge.—(*Complacido por el éxito.*) Los judíos, realmente, se han hecho los amos.

Maurrant.—Sí, y después de eso aun gritan y se sublevan constantemente.

Shirley.—No es ninguna desgracia ser judío, señor Maurrant.

Maurrant.—Yo no he dicho eso; lo que digo es que en este país hace falta más respeto a la ley y al orden. Ya ven lo que está pasando en nuestro país con tantas opiniones y tanta disputa entre unos y otros: las chicas fuman y se suben las faldas por encima de la rodilla. Y una cuadrilla de muchachos con el pelo largo hablan de amor libre y del control de los nacimientos y arruinan las casas de las gentes decentes. Digan ustedes que lo digo yo: ha llegado ya el tiempo de hacer algo para inculcar el temor de Dios al pueblo.

EMMA.—Muy bien, señor Maurrant.
JORGE.—Tiene usted razón que le sobra.
GRETA.—Sí, señor; mucha razón.
ANNA.—Yo creo que lo que la gente quiere es encontrar más alegre la vida.

MAURRANT.—¿Encontrarla más alegre? ¿Es que la viven triste?

ANNA.—Sólo he dicho que me lo figuro...
MAURRANT.—Sí, ya; te lo figuras...
ABRAHAM.—(*Levantándose otra vez.*) La familia, ante todo, es una institución económica...
EMMA.—(*A Greta Fiorentino.*) Ya está otra vez.
ABRAHAM.—Cuando quede abolida la propiedad privada, la familia no tendrá razón de ser.
SHIRLEY.—¿Quieres hacer el favor de callar, papá?
MAURRANT.—(*Con ganas de reñir.*) ¿Ah, sí? ¿Eso es lo que quiere usted? Conque no tendrá ninguna razón de ser, ¡eh! Conque no existirá, ¿verdad? Los hijos respetando a sus padres y haciendo lo que les manden, ¿entendido? Y los maridos y sus mujeres amándose y honrándose, el uno al otro, como se lo prometieron al casarse. Eso es lo que queremos, y al mamarracho que diga otra cosa habría que abrirle la cabeza de un estacazo, ¿me oye usted?

ANNA.—(*Levantándose.*) ¡Franck!
SHIRLEY.—(*Procurando reducir a Kaplau.*) ¡Papá!
ABRAHAM.—Está bien. No vale la pena de molestarse discutiendo con un esquirol de baja estofa.
MAURRANT.—(*Con rabia.*) ¿Qué es eso de esquirol? ¡Sinvergüenza! (*Va hacia la balaustrada.*)
ANNA.—(*Cogiéndole del brazo.*) ¡Franck!
JORGE.—(*Cogiéndole por el otro brazo.*) ¡Ea! ¡Espérese, hombre! ¡Déjele estar!
MAURRANT.—¡Déjenme, suelten!
SHIRLEY.—(*Interponiéndose.*) ¿No le da a usted vergüenza tratar así a un anciano? (*Cierra la ventana.*)
MAURRANT.—¿Eh? (*A Anna Maurrant y Jorge Jones.*) Está bien; déjenme. No tengan miedo, que no le hubiera hecho nada.

(*Le dejan. Shirley discute con Abraham Kaplau y le separa de la ventana.*)
EMMA.—(*Que se ha ido a la izquierda del rellano.*) Quizás si alguien le metiera una paliza se le cerraría la boca por algún tiempo.

LIPPO.—En Italia también hablaban así, y Mussolini venga hacerles beber aceite de ricino.

EMMA.—(*Riéndose.*) ¿Sí? Eso sí que es una buena idea. (*Con una risa apagada va de la barandilla a la izquierda del rellano.*)

JORGE.—Acabar con los niños: ¿es eso lo que quieren?

GRETA.—Sí, es verdad. Mi marido me lo ha leído en un periódico italiano.

ANNA.—¿Por qué la gente se han de molestar y maltratar los unos a los otros? ¿Por qué no podemos vivir todos en paz y gloria de Dios?

MAURRANT.—(*Con sorna.*) ¡Vivir en paz! Siempre estás con la misma, tú: vivir en paz...

ANNA.—Y es verdad, Franck. Por qué no han de ser más amables los unos con los otros.

MAURRANT.—Que vivan como Dios manda.

JORGE.—(*Bajando las escaleras.*) Es lo que yo digo. (*Cuando Emma Jones se ríe ruidosamente.*) ¿Vamos, te ha dado algo?

EMMA.—Pensaba en el aceite de ricino.

(*Maurrant se sienta a la derecha de la balaustrada.*)

LIPPO.—Es un hombre divertido, nuestro Mussolini. (*Simulando una pena.*) Bien ha tundido a los pobres comunistas, no dejándoles hablar. (*Súbitamente.*) Miren: aquí viene el hijo. Debe de haber paseado por la calle leyendo. De ahí vienen todos los males. Leen demasiados libros, tanto él como su padre.

(*Mientras Lippo habla SAMUEL KAPLAU sale por la izquierda. Es un muchacho de veintiún años, delgado, moreno, pelo indómito y cara sensitiva y móvil. Va sin nada en la cabeza y lleva la americana al brazo. Anda poco a poco, absorbido por el libro. Cuando se acerca al rellano, SHIRLEY, en kimono, aparece en la ventana cerrada, la abre y está a punto de irse cuando distingue a Samuel.*)

SHIRLEY.—(*Llamando.*) ¡Sam!

SAMUEL.—(*Mirando hacia arriba.*) ¡Hola, Shirley!

SHIRLEY.—¿Entras?

SAMUEL.—Todavía no. Hace demasiado calor para meterme en la cama.

SHIRLEY.—Pues yo estoy cansada. Y padre se fué ya a dormir también. Cuando entres no hagas ruído.

SAMUEL.—Está bien, mujer.

SHIRLEY.—Buenas noches.

SAMUEL.—Buenas noches. (*A los demás, al tiempo que se sienta en el rincón derecho del rellano.*) Buenas noches.

(*Shirley sale de la ventana.*)

DIVERSAS VOCES.—Buenas noches.

LIPPO.—(*Acercándose a Samuel.*) ¿Le gustó el concierto? Ya vi que se ponía en primera fila.

SAMUEL.—No me gustó. ¿Por qué no tocan algo que valga la pena, en vez de esas musiquillas italianas de pianito de manubrio?

LIPPO.—(*Excitado.*) ¿Qué está usted diciendo? ¿No le gusta Verdi?

SAMUEL.—Nada. No es un músico.

LIPPO.—¿Entonces qué entiende usted por música? Ese Tschaikov, ¿eh? (*Tararea cómicamente unos compases de la sinfonía patética.*)

SAMUEL.—Sí; Tchaikousky, y Beethoven. Música que salga de alma.

ANNA.—Lo único que me gusta es... (*Tararea la canción de Primavera, de Mendelssohn.*)

LIPPO.—Eso es la canzone di Primavera de Mendelssohn.

ANNA.—Sí; eso me gusta con delirio. (*Continúa tarareando.*)

GRETA.—Y el vals de Juan Strauss. (*Tararea el vals de Wienerwald.*)

EMMA.—A mí que me den un buen jazz.

LIPPO.—(*Protestando.*) ¡Ah, no!; eso no es música. Es un rompe oídos.

JORGE.—(*Abriéndose paso.*) Bueno; me voy un ratito.

EMMA.—¿A dónde vas?

JORGE.—Hasta casa de Callahan a jugar un poco a la rana. ¿Viene usted, señor Maurrant?

MAURRANT.—Esperaré un poco.

(*Un hombre patizambo sale por la izquierda y atraviesa la escena.*)

EMMA.—(*Cuando Jorge Jones sale por la derecha.*) No vuelvas a las tantas de la madrugada, ¿me oyes?

JORGE.—(*Por encima del hombro.*) ¡Qué pesada eres! ¡Vuelvo dentro de media hora, mujer! (*Sale.*)

UNA VOZ.—(*Fuera de escena.*) ¡Car-li-tos!

EMMA.—Estoy yo fresca con él y con su rana. Mañana no habrá quien le levante para ir a trabajar.

SAMUEL.—(*Que ha esperado una ocasión para interrumpir.*) Cuando uno oye a Beethoven siente expresadas las luchas y las emociones del alma humana.

LIPPO.—(*Moviendo la mano.*) No, hombre, no. La música de Beethoven es amarga, triste. Hace llorar. A mí que no me vengan con cosas tristes. Me gusta reír. La música italiana le hace

a uno feliz, le satisface, le da alegría. (*Canta unos cuantos compases de la "Donna é móbile".*)

ANNA.—(*Aplaudiendo.*) ¡Ah, sí!; eso también me gusta a mí mucho.

LIPPO.—¡Vaya!, eso es música. Y de la fina. De esa que te dan ganas de mover los taconcitos y bailar. (*Hace unos cuantos pasos de baile.*)

GRETA.—(*Levantándose.*) Aspetta, Lippo. Yo tocaré. (*Se retira de la ventana.*)

(*Se apagan las luces en la habitación de la Fiorentini.*)

LIPPO.—(*Gritando.*) Toca Puccini, Margarita. (*Tararea una melodía de "Madame Butterfly" cuando la señora Fiorentino empieza a tocar en el piano el vals de la "Boheme".*) ¡Ah! La "Boheme". ¡Qué maravilla! ¿Quién quiere bailar conmigo? Señora Maurrant, ¿vamos allá?

ANNA.—(*Con una risa de circunstancias.*) No sé, qué quiere que le diga. (*Mira tímidamente a Maurrant, que permanece inmóvil.*)

LIPPO.—¡Ande, mujer, vamos a bailar! (*La coge de la mano.*)

ANNA.—Bueno, bueno; bailemos.

LIPPO.—Pues claro que sí; un vals tan bonito. (*Empieza a bailar en la acera. A Maurrant.*) Su mujer es una estupenda bailarina.

ANNA.—(*Riendo.*) ¡Vamos, señor Fiorentino, por Dios! Que me ha gustado siempre un poco el baile. ¡Eso sí!

(*Bailan. SANKEY sale por la izquierda llevando un paquete liado con papel que descubre el cuello de una botella de cerveza. Maurrant le ve y se levanta.*)

EMMA.—(*Siguiendo la mirada de Maurrant y viendo a Sankey.*) ¡Cuidado! Está usted impidiendo el paso.

SANKEY.—(*Deteniéndose a la izquierda del rellano.*) Veo que le gusta bailar. (*Anna Maurrant le ve y deja de bailar. Lippo se inclina hacia la barandilla de la derecha, vacilando. La música continúa.*) ¿Por qué paran? No les estorbo, ¿verdad?

ANNA.—¡Oh, no, de ninguna manera! Es que ya hemos bailado bastante. (*Sube las escaleras un poco cansada.*)

SANKEY.—Está la noche muy pesada para bailar.

ANNA.—Sí, muy pesada.

SANKEY.—(*Yendo hacia la derecha.*) Bueno, mi mujer me espera. Buenas noches a todos.

LOS OTROS.—(*Excepto Maurrant.*) Buenas noches.

LIPPO.—(*Sentándose en la izquierda del rellano.*) ¡Deja la música ya, Margarita!

(*La música cesa. Sankey sale por la izquierda. La señora Maurrant sube corriendo los escalones del rellano.*)

MAURRANT.—(*Deteniéndola.*) ¿Quién es este tipo?

ANNA.—El señor Sankey. Tiene una lechería y sirve al barrio.

MAURRANT.—¡Ah!, ¿y qué viene a hacer aquí?

ANNA.—Vive aquí cerca, no sé dónde.

EMMA.—Ha ido al bar a comprar una cerveza fría para su mujer.

MAURRANT.—Bien, bien; lo que yo quisiera saber es por qué no ha venido aún la Rosa.

ANNA.—Ya te dije, Frank, que...

MAURRANT.—Todo lo que me dices me lo sé de memoria. Lo que yo te digo es que debieras cuidarte un poco más de tus hijos, en vez de bailotear en la calle.

ANNA.—Es la primera vez que bailo desde sabe Dios cuándo.

MAURRANT.—Está bien; basta. Pero quiero que los dos estén en casa, en vez de pasarse el día en la calle, ¿me oyes?

(*Mientras habla, WILLIE sale quejándose por la izquierda. Lleva la ropa revuelta y la cara arañada. En la mano, el patín.*)

ANNA.—(*Bajando los peldaños.*) ¿Qué es eso, Willie? ¿Qué has hecho? (*Riñéndole mientras va hacia ella gimiendo.*) ¿Ya te has vuelto a pelear en la calle?

WILLIE.—(*Con una explosión de indignación.*) Que me vuelva a decir ahora lo que me ha dicho el cebón ese, que le hincho un ojo...

MAURRANT.—(*Interesadamente, mientras baja los escalones.*) ¿Quién te ha dicho nada, quién?

WILLIE.—Ese gordinflón de Joe Connolly, el muy bestia. (*Llorando a lágrima viva.*) ¡Lo que es otra vez le rompo la cara!

ANNA.—¡Willie!

MAURRANT.—(*Cogiendo a Willie por el brazo.*) Basta de amenazas, ¿me oyes? O te doy un capón. ¿Qué te ha dicho? Di lo que te ha dicho.

WILLIE.—(*Resistiéndose.*) ¡Déjeme! Déjeme, que me hace daño en el brazo.

ANNA.—No hay que hacer caso de lo que diga un golfillo de la calle.

MAURRANT.—Tú calla. (*A Willie.*) ¿Qué te decía? (*El y la señora Maurrant cambian una mirada rápida e involuntaria; entonces Maurrant deja al niño que se vaya.*) Vete arriba y métete en la cama y que no te oiga en toda la noche. (*Levantando la mano.*) ¡Anda, arriba!

(*Willie se escurre de las manos de Maurrant y apresuradamente sube los escalones del vestíbulo.*)

ANNA.—Espera, Willie, que subo contigo. (*Sube los escalones y, ya arriba, se para y se vuelve.*) ¿Vienes, Frank?

MAURRANT.—No; me voy hasta la esquina a beber algo. Y si cuando vuelva aun no está Rosa en casa, me va a oír. (*Sin decir más, ni mirar a nadie, se va por la derecha.*)

(*La señora Maurrant le mira alejarse por un momento con expresión turbada.*)

ANNA.—(*Entrando al vestíbulo.*) Bueno, ¡buenas noches a todos!

LOS OTROS.—Buenas noches.

(*Samuel se levanta. Anna Maurrant entra en la casa. La señora Greta Fiorentino vuelve a asomarse a la ventana.*)

GRETA.—¡Lippo! (*Se da cuenta que ha pasado algo.*)

EMMA.—Lo que se ha perdido.

(*Samuel, a punto de subir los escalones, se detiene a la derecha.*)

GRETA.—(*Ferozmente.*) ¿Qué?

EMMA.—(*Voluble.*) Bueno, pues, estábamos bailando, ¿sabe? ¿Y adivina usted quién pasó? Sankey.

GRETA.—¡Atiza!

(*Se enciende luz en la habitación de Maurrant.*)

EMMA.—Y aquí les teníamos a los tres. El señor Maurrant mirando a Sankey como si quisiera arrojarse sobre él; ella, más blanca que la pared, y Sankey, tan inocente como un recién nacido.

GRETA.—¿Y no ha dicho nada?

EMMA.—Nada hasta que Sankey se marchó. Entonces preguntó quién era y qué venía a hacer aquí. "Tiene una lechería y sirve al barrio", contestó ella.

GRETA.—¡Dios mío!

EMMA.—En esto se presentó el chico.

LIPPO.—Otro muchacho le ha dicho que su madre era una cualquier cosa, y Willie le ha hinchado la cara.

EMMA.—Bueno, ¿y qué?; ¿acaso no lo es?

SAMUEL.—(*Incapaz de contenerse más tiempo.*) ¡Basta; ya basta! ¿No pueden dejarla en paz? ¡No tienen ni pizca de piedad! Le quitan la piel sin consideración alguna. Es demasiado. ¡Eso es cruel! (*No puede contener el llanto que le estalla, mientras entra precipitadamente en casa.*)

LIPPO.—(*Levantándose y a gritos.*) Métase usted en lo que le importe.

EMMA.—Ya le han oído.

LIPPO.—Lee demasiado. Y eso le hace daño, como a su padre.

GRETA.—Lo que yo creo es que va detrás de la chica.

EMMA.—¿Sí? Es lo que les faltaba a los Maurrant: que la hija se les case con un judío. Da gusto vivir en esta casa, entre los Maurrant arriba y esta gentuza judía aquí bajo. (*Una chiquilla sale por la izquierda mirando disimuladamente a un hombre que la sigue; atraviesa la escena y se va hacia la derecha. Mientras OLGA OLSEN sube del sótano y se dirige al rellano.*) Bueno, ¡buenas noches!

GRETA.—Buenas noches, señora Jones.

LIPPO.—Buenas noches, señora Jones.

EMMA.—Espere un momento, señora Olsen. Vuelvo en seguida.

(*La señora Emma Jones y la señora Olga Olsen entran en casa. Carlos Olsen bosteza aparatosamente, golpea la ceniza de la pipa y se va hacia la escalera del subterráneo. WILLIE MAUrrant sale a la ventana y escupe en las escaleras que llevan al subterráneo. Después se aparta de la ventana y apaga la luz. Aparece un policía por la derecha y se pasea por la escena.*)

LIPPO.—(*Que ha subido las escaleras.*) Margarita, si un día te encuentro durmiendo con el lechero te retuerzo el pescuezo.

GRETA.—(*Bostezando.*) Vamos, no digas más tonterías, Lippo, y vente a dormir.

(*Lippo ríe y entra en la casa. Greta Fiorentino coge la almohada del alféizar, la cierra y baja la persiana. ROSA MAURRANT y HARRY EASTER salen de la izquierda. Rosa es una muchacha de veinte años, bonita, vestida muy humildemente, pero con gusto. Easter tiene unos treinta y cinco años; está de buen ver, y, aparentemente, de buena posición.*)

GRETA.—Buenas noches, señorita Maurrant.

ROSA.—(*Al pasar por delante de la ventana.*) Buenas noches, señora Fiorentino. (*Rosa y Easter cruzan el rellano. Greta Fiorentino les mira un momento y después baja la persiana y apaga la luz. Deteniéndose al pie de los escalones.*) Bueno; aquí vivo, señor Easter. (*Le tiende la mano.*) He pasado un rato delicioso.

EASTER.—(*Tomándole la mano.*) No me irá usted a dejar ahora así, ¿verdad? No son muy frecuentes, que digamos, las ocasiones de hablar con usted.

ROSA.—(*Riendo.*) Desde las cinco no hacemos más que hablar. (*Procura retirar la mano.*)

EASTER.—(*Procurando aun retenerla.*) ¡Cómo! Hemos cenado, hemos bailado. Y precisamente ahora es cuando íbamos a hablar... (*Alarga un brazo para abrazarla.*) Rosa...

ROSA.—(*Muy nerviosa.*) No, no, señor Easter; hágame el favor. Déjeme subir a mi casa. Puede pasar alguien y... (*Rosa se*

deshace de Easter en cuanto la puerta se abre y la señora OLSEN aparece en el vestíbulo. Los dos están silenciosos mientras la señora Olsen cierra la puerta; la empuja para comprobar si está cerrada y, apagando la luz del vestíbulo, sale al rellano.)

OLGA.—(*Mientras baja los escalones.*) Buenas noches, señorita Maurrant. (*Dirige una mirada breve a Easter y se dirige a la escalera del subterráneo.*)

ROSA.—Buenas noches, señora Olsen. ¿Cómo está el niño?

OLGA.—Todo el santo día llorando. Me parece que le sale otro diente.

ROSA.—¡Pobrecillo! ¡Dan tanta lástima!

OLGA.—(*Mientras baja la escalera.*) Sí, señora. Buenas noches, señorita Maurrant.

ROSA.—Buenas noches, Olsen. (*A Easter.*) Tiene la criaturita más mona del mundo.

EASTER.—(*Indiferente.*) ¡Ah!, ¿sí? (*Tomando otra vez la mano de Rosa.*) Rosa, escucha...

ROSA.—Ahora he de subir a casa, señor Easter. Es tardísimo.

EASTER.—Bueno, ¿puedo subir con usted un momento?

ROSA.—(*Asustada.*) No, de ningún modo.

EASTER.—¿Y por qué?

ROSA.—Porque les despertaríamos a todos. Además, a mi padre no le gustaría.

EASTER.—Ya es usted una mujer hecha y derecha para hacer lo que quiera.

ROSA.—No es eso. Se ha de procurar, cuando se vive con los demás, no hacer nada que les disguste. (*Con esfuerzo.*) Además, sólo tenemos una salita, y en ella duerme mi hermano. De manera que buenas noches, señor Easter.

EASTER.—(*Tomándole las dos manos.*) Rosa..., estoy loco por usted.

ROSA.—Déjeme ahora, déjeme.

EASTER.—Un beso para decirme adiós, ¿quiere?

ROSA.—No.

EASTER.—¿Por qué no?

ROSA.—Porque no quiero.

EASTER.—Sólo un beso.

ROSA.—No, no.

EASTER.—Sí. (*La abraza y la besa. Rosa se deja llevar y va hasta la derecha del rellano.*)

ROSA.—(*Palpitante.*) No está bien lo que ha hecho usted.

EASTER.—(*Yendo hacia ella.*) ¿Por qué no? ¿Tanto le ha disgustado, eh?

ROSA.—No, no es eso.

EASTER.—¿Entonces, qué?

ROSA.—(*Inclinándose y encarándose con él.*) Usted sabe tan bien como yo lo que es. ¿No es usted casado?

EASTER.—¿Y qué tiene que ver eso? Ya le he dicho que me he vuelto loco.

ROSA.—(*Nerviosamente, al tiempo que la puerta se abre.*) Cuidado. Alguien viene.

(*Easter va hacia el otro lado del rellano y los dos caen en un silencio grave, mientras la señora EMMA JONES sale de la casa llevando una perrita enferma.*)

EMMA.—(*Mirando bajo los escalones.*) Buenas noches. (*Mira a Easter y va hacia la derecha.*)

ROSA.—Buenas noches, señora Jones. ¿Qué dia más terrible ha hecho hoy, verdad?

EMMA.—Horroroso. (*Deteniéndose.*) Su padre estaba muy impaciente esperándola.

ROSA.—¿Ah, si?

EMMA.—Si. Bueno; me voy a llevar a la "Reinita" a dar un paseo. Buenas noches. (*Vuelve a mirar a Easter y sale por la derecha.*)

ROSA.—Buenas noches, señora Jones. (*A Easter.*) Mañana, todos los vecinos hablarán de mí.

EASTER.—(*Acercándose a ella otra vez.*) ¿Y qué pueden decir? ¿Que la encontraron dando las buenas noches a un amigo a la puerta de su casa?

ROSA.—Pueden decir algo mucho peor, y lo que más siento es que lo dirán de todos modos.

EASTER.—¿Y qué más da? ¿Por qué no lo manda todo a paseo?

ROSA.—¿El qué?

EASTER.—(*Señaladando la casa.*) Todo esto: toda su vida de ahora. El vivir en una casa vieja y sucia como ésta: el trabajar todo el día en una oficina, por un jornal mísero. ¿No me dirá usted que le gusta vivir así?

ROSA.—No; no le diré que me gusta. Pero, puede que no siempre las cosas vayan tan mal. Además, no me creo con más méritos que cualquier otra mujer para vivir bien, y eso hace que no me queje de mi situación.

EASTER.—(*Cogiéndole la mano.*) Vamos, Rosa; no se haga usted de menos. Tiene usted todo lo que hace falta: buena presencia, talento... para tener derecho a ser un poco más ambiciosa. ¿Tiene usted derecho, me oye?

ROSA.—Lo que ha de hacer usted es no estar mirándome

constantemente cuando estamos en la oficina. Las otras chicas empiezan a murmurar.

EASTER.—(*Dejando escapar la mano, realmente perturbado.*) ¿Y qué importa que murmuren? Ve usted, eso mismo se lo demuestra. Nunca me di cuenta de que la miraba continuamente. Siempre me pareció que apenas podía verla. Tenemos que decidir.

ROSA.—(*Nerviosamente, Haciendo chasquear el cierre de su bolso.*) Me parece que la única cosa que he de decidir es buscarme otra casa.

EASTER.—Sí; yo también he pensado lo mismo. (*Viendo que ella vacila.*) Mire, mira lo que podríamos hacer... lo acabo de pensar en este momento. Lo primero es mandar a paseo la oficina.

ROSA.—Per...

EASTER.—Y tú te encargas de encontrar una habitación muy bonita en cualquier parte. (*Cuando ella intenta interrumpirle otra vez.*) ¡Espera! ¡Espera! Y empezamos a hacer gestiones para que tú puedas debutar en el teatro.

ROSA.—¿Debutar yo?; ¿de qué? No lo podría conseguir nunca.

EASTER.—¿Por qué no? Es cosa fácil. Tengo tres o cuatro amigos empresarios de revistas. ¿No has oído hablar de Harry Porkins?

ROSA.—¿No?

EASTER.—Pues Harry es quien lanzó el año pasado a mademoiselle Marie. Es un antiguo amigo y no tengo que decirle mas que: (*Rodeándola la espalda con su brazo.*) "Harry: aquí tienes a esta muchacha que me interesa extraordinariamente" y al minuto firmas tu contrato.

ROSA.—¿Y qué iba a hacer yo en un escenario?

EASTER.—¡Pero que estás diciendo, mujer! Hay docenas de muchachas cuyos nombres se ven en los anuncios luminosos y no tienen la gracia que Dios te ha dado. Lo que necesitas es decisión, ¿sabes? Porque casi todas esas grandes estrellas no son más que una farsa. Te vas a vivir a un piso, lo decoras con cuatro trastos, pero con gran apariencia, ¿comprendes? Te vistes en casa de un modisto de París, celebras dos o tres reuniones y ya estás lanzada. (*Tomándole el brazo.*) ¿No te gustaría ser del Broadway?

ROSA.—No creo que nunca pueda llegar a serlo.

EASTER.—¿No te parece que valga la pena hacer la prueba? ¿Qué tienes ahora? No es una gran posición para una joven como tú. (*Cogiéndola la mano.*) ¿Me quieres un poquito, di?

ROSA.—No lo sé.

EASTER.—No lo dudes, Rosa. Y cuando me conozcas mejor, todavía me querrás más. No soy un Rodolfo Valentino, pero soy un buen chico. Piensa además en las dulces horas que podemos pasar juntos, tú con tu pisito y todo. Y hasta quizás podamos tener un coche pequeño...

ROSA.—¿Y su mujer, qué?

EASTER.—(*Dejándole la mano.*) Ella no tiene por qué saber nada de todo esto. Vive en Bronxville y son tantas las veces que los negocios me detienen en Nueva York. Luego, durante el verano, ella se marcha a la sierra. Mira: esta semana que viene se marcha, y ya no vuelve hasta septiembre.

ROSA.—(*Moviendo la cabeza y dirigiéndose al rellano.*) No es ese, señor Easter, el camino que me gustaría seguir.

EASTER.—Nada malo hay en todo eso.

ROSA.—Quizás no. Pero a mí no me parece que esté bien.

EASTER.—A los cuatro días te parecería la cosa más normal del mundo. Hay docenas de muchachas que...

ROSA.—Sí, sí, ya lo sé. Pero usted se ha cansado de decirme que yo soy distinta.

EASTER.—Claro que eres distinta. Para mí eres única... Anda, Rosa, (*procura abrazarla*) amor mío.

ROSA.—(*Rechazándole.*) No. Haga el favor de no decirme amor mío ni de tutearme.

EASTER.—¿Por qué no?

ROSA.—Porque no somos novios para tener estas libertades.

EASTER.—Pero yo quiero que lo seamos.

(*Se oye un súbito grito de dolor en los pisos superiores. Los dos miran hacia arriba espantados.*)

EASTER.—Qué es eso, Dios mío. ¿Un asesinato?

ROSA.—Debe de ser la pobre señora Buchanau. Está esperando un hijo.

EASTER.—¿Por qué grita así? Pensé que habían asesinado a alguien.

ROSA.—¡Pobre mujer! (*Con una impaciencia súbita empieza a subir.*) He de marcharme. Buenas noches.

EASTER.—(*Cogiéndola la mano.*) Pero Rosa...

ROSA.—(*Librándose rápida.*) No; me voy. (*Súbitamente.*) Mire, aquí viene mi padre. Si le ve a usted aquí, no se lo que va a pasar.

EASTER.—Bueno, me voy. (*Se va hacia la izquierda, al mismo tiempo que MAURRANT aparece por la derecha.*)

ROSA.—(*Subiendo el último escalón.*) Buenas noches.

EASTER.—Buenas noches. (*Se va por la izquierda.*)

(*Rosa empieza a registrar el bolso para encontrar la llave.*)

ROSA.—(*Cuando Maurrant se acerca.*) Hola, padre.

MAURRANT.—¿Quién era ese que estaba hablando contigo?

ROSA.—El señor Easter. El director de la oficina.

MAURRANT.—¿Y qué hacía aquí? ¿Has estado con él hasta ahora?

ROSA.—Sí; me ha convidado a cenar.

MAURRANT.—¿Ah, sí?

ROSA.—Sí; he tenido que quedarme en la oficina para despachar unar cartas. ¿Mañana no hay oficina, ya lo sabes, verdad padre? Se celebran los funerales del señor Jacobson.

MAURRANT.—Sí; ya lo sé, ya lo sé. Pero tenias tiempo sobrado para haber vuelto a casa después de cenar.

ROSA.—Es que luego hemos ido a bailar.

MAURRANT.—¡Ah! ¿Con que has ido al baile? ¿Cómo dos tórtolos, no es eso?

ROSA.—(*Enojada, se sienta en la barandilla de la izquierda.*) No sé por qué no me has de hablar siempre de mejor humor, papá.

MAURRANT.—Conque, por lo visto, frecuentas reuniones de gente libre, ¿eh?

ROSA.—¿Quién dice que haya estado en reuniones de esa gente a la que tú te refieres?

MAURRANT.—¿Y te habrá besado y todo?

ROSA.—No· no me ha besado. Y si me hubiese besado...

MAURRANT.—No debe importarme nada, ¿verdad? Es eso, ¿no? (*Subiendo las escaleras.*) ¡Pues ya verás como si que me importa! ¿Es casado el tipo ese? (*Rosa no contesta.*) Me lo figuraba. Todos esos sinvergüenzas son iguales, siempre van detrás de lo mismo. Pero mira, tenlo bien entendido: no toleraré que ningún hombre casado venga a rondar a nadie de mi familia: ¿me oyes?

ROSA.—(*Se levanta asustada, cuando la puerta de la casa se abre.*) Cuidado, papá, cuidado. Alguien viene.

MAURRANT.—No me importa.

(*BUCHANAU sale de la casa precipitadamente. Es un hombre joven, pequeño y suave. Se ha puesto la chaqueta y los pantalones sobre el pijama y lleva en los pies unas pantuflas.*)

BUCHANAU.—(*Mientras baja los escalones.*) Me parece que ya tenemos al nene aquí.

ROSA.—(*Amablemente.*) ¿Si le puedo auxiliar en algo, señor Buchanau?

BUCHANAU.—(*Disponiéndose a salir precipitadamente por la izquierda.*) No; voy a telefonear a la comadrona.

ROSA.—(*Bajando los escalones.*) Déjelo, yo misma iré, y usted puede volver al lado de su señora.

BUCHANAU.—¡Ah, sí! ¡Se lo agradeceré mucho! Se llama señora Wilson. (*Dándole una hoja de papel.*) Aquí tiene el número. Y el otro es el de la hermana de mi mujer, la señora Thomas. Y aquí tiene el dinero. Dígales a las dos que vengan corriendo. Padece de un modo que da pena verlo. (*Se oye otro gemido.*) ¿La oye? Sí, sí, será mejor que yo vuelva a su lado. (*Escala los peldaños y desaparece dentro de la casa.*)

ROSA.—¡Pobre mujer Dile a mamá que vaya, papá, para hacerle compañía. ¡Ve de prisa!

MAURRANT.—Sí, ya voy. (*Sigue a Buchanau hacia el interior de la casa.*)

(*Rosa sale precipitadamente por la izquierda cuando MAE JONES y DICK MAC GAUN aparecen. Mae, es una dependienta vulgar de veintiún años. Dick, un joven insignificante de la misma edad. Mae lleva puesto el sombrero de paja de Dick. Los dos han bebido abundantemente.*)

MAE.—(*A Rosa.*) Hola, Rosa ¿Por qué vas tan de prisa?

ROSA.—(*Sin pararse.*) Porque la señora Buchanau..., voy a telefonear a la comadrona. (*Se va.*)

DICK.—(*Mientras se acerca al rellano.*) Oye, ¿quién es esa amiguita?

MAE.—(*Sentándose en el rellano.*) Oh, Rosa Maurrant, una vecina.

DICK.—Pues sabes que es una preciosidad.

MAE.—Según tú, todo lo que lleva faldas es una preciosidad... con tal de que las lleve cortas.

DICK.—¡Pero no encuentro ninguna tan guapa como tú, Mae!

MAE.—(*Bostezando y rascándose el muslo.*) ¿De veras?

DICK.—Te lo juro. ¿Qué te parece si te diera un beso? (*Le rodea con los brazos y le suelta un gran beso. Ella le deja hacer con una actitud de total indiferencia. Separando los labios.*) Oye: ¿y si demostraras un poco más de entusiasmo?

MAE.—(*Frotándose los labios.*) ¿Pero es que tú crees que he de izar una bandera cada vez que un chico me estampa los labios en la boca?

DICK.—Lo que a ti te pasa es que necesitas otro traguito. (*Busca la botella.*)

MAE.—¡Que te crees tú eso! No puedo con esa cerveza tan mala que me haces beber.

DICK. ¿Qué dices, mala esta cerveza?, mira. (*Bebe largamente.*)

MAE.—(*Levantándose indignada.*) ¡Ea! ¡Qué vas a hacer! ¿Te vas a beber la botella tú solito?

DICK.—(*Sacándose la botella de los labios.*) ¿Pero si decías que no querías beber?

MAE.—¡No se te puede gastar una broma! (*Coge la botella y se le acaba, empujando a Dick para que no se la quite.*)

DICK.—(*Tomándole la botella vacía.*) Ahora es necesario que tengas cuidado al andar, ¿oyes?

MAE.—¿De qué diantre hacen este brebaje?

DICK.—Una parte de alcohol y tres de dinamita.

MAE.—(*Poniéndose a cantar en un tono de jazz.*) ¡Da-da-da-da-dae! ¡Da-da-da-da-dae! (*Da algunos pasos de baile.*)

DICK.—¿Qué te calles, quieres? Vas a despertar a todo el vecindario.

MAE.—(*Furiosa.*) ¡Y a tí que te importa! ¡Da-da-da-dae! ¡Da-da-da-dae! (*Súbitamente amorosa, luego de hacer una pirueta.*) ¡Bésame, chiquillo!

DICK.—¡Toma! (*Se estrechan en un largo abrazo. SAMUEL, sin americana, con la camisa abierta, sale de la ventana, mira un momento a la pareja y se vuelve visiblemente enojado. Ellos no le ven. Cogiendo el brazo de Mae.*) ¡Y ahora, vamos!

MAE.—Espérate un poco. ¿A dónde vamos?

DICK.—¡Vamos, te digo! Fred Hennessey me ha dejado la llave de su piso. No encontraremos a nadie.

MAE.—(*Molestando débilmente.*) Yo tengo que ir a casa. (*Con la mano en la cabeza.*) Oye, niño. Hazme el favor de qua la tierra se esté quieta.

DICK.—¡Vámonos, andando!

(*ROSA aparece por la izquierda.*)

MAE.—¡Papaíto rico! (*Besa ruidosamente a Dick y se pone otra vez a cantar.*) ¡Da-da-da-da-dae! ¡Da-da-da-da-dae! (*Cuando pasan por el lado de Rosa.*) Hola Rosa. ¿Qué tal le va al repartidor de leche?

DICK.—(*Quitándose el sombrero con reverencia de borracho.*) Buenas noches, amor mío!

(*Se van por la izquierda. La canción de Mae muere a lo lejos. Rosa está un momento parada, procurando disimular su indignación.*)

LA VOZ DE BUCHANAU.—Señorita Maurrant, ¿pudo usted avisar?

ROSA.—(*Mirando hacia arriba.*) Sí; ya está. La comadrona dice que viene en seguida. La señora Thomas, que dentro de una hora está aquí.

(*VICENTE JONES aparece por la derecha y se para cerca del

rellano. Es un típico chófer de taxi de New-York. Rosa no le ve.)

LA VOZ DE B.—Sufre mucho. Su madre de usted está aquí con ella. (*Se oye quejar débilmente a la señora Buchanau.*) Me parece que me llama.

(*Rosa va hacia el rellano y ve a Vicente Jones.*)

VICENTE.—Hola, Rosita.

ROSA.—Buenas noches. (*Intenta pasar, pero él le impide el paso.*)

VICENTE.—¿A qué tanta prisa, mujer?

ROSA.—Ya es tarde.

VICENTE.—Todavía no es hora de meterse en la cama. Ven y daremos una vuelta en mi taxi. (*Alarga el brazo hacia ella.*)

ROSA.—Anda, déjame pasar.

(*SAMUEL se asoma a la ventana. Ellos no le ven.*)

VICENTE.—(*Divertiéndose con la lucha de Rosa por escapar.*) ¡Qué guapa estás! ¡Hasta te has puesto un poco más gordita! (*Alarga una mano hacia el cuerpo de ella.*)

ROSA.—Vamos, déjame pasar, ¡cara dura!

SAMUEL.—(*Simultáneamente.*) ¡Cuidado con ponerle las manos encima! (*Salta de la ventana al rellano con rápido salto.*)

(*Vicente sorprendido, deja escapar a Rosa y se dirige a la acera. Samuel tiembla de excitación y de miedo arriba del rellano.*)

VICENTE.—Caramba, mira con qué sale ahora el mocoso. (*Mofándose, luego amenazador.*) Vaya, a ver, ¿qué quieres?

SAMUEL.—(*Formalizándose.*) ¡Que no toques a Rosa!

VICENTE.—¡Ah!, ¿sí? (*Cortando el aire con las manos.*) ¡Huy, huy, huy! (*De pronto da un salto, coge a Samuel por el brazo y violentamente le hace bajar los escalones. Cuando ya está abajo se encuentran cara a cara. Rosa se interpone. A Rosa.*) ¿Qué quieres tú ahora?

ROSA.—Déjalo tranquilo.

SAMUEL.—(*Con dificultad.*) ¡Si la vuelves a tocar!

VICENTE.—(*Mofándose.*) Si la vuelves a tocar, ¿qué pasa? Vamos, hombre, a callar los niños. (*De un empujón aparta a Rosa y le planta una bofetada a Samuel que lo tira al suelo.*)

ROSA.—(*Con los puños cerrados.*) ¡Cobarde!

VICENTE.—(*Encima de Samuel.*) Anda, hombre, ¡levántate!

ROSA.—(*Yendo hacia Samuel.*) Si le vuelves a pegar llamo a mi padre.

VICENTE.—(*Mientras la señora JONES y el perro salen por la derecha.*) ¡Vamos! A ver si crees tú que eso me asusta. Mira, fíjate cómo me tiembla ya todo el cuerpo. (*Se ha puesto a raya.*

Samuel se levanta cuando la señora Emma Jones se acerca.) Hola, madre...

EMMA.—*(Con un orgullo maternal.)* ¿Qué ha pasado aquí, Vicente?

VICENTE.—Nada; que he tenido que usar de mis procedimientos amistosos. Que Jack Dempsey no me dejaba dar las buenas noches a esta amiguita.

ROSA.—Nada hubiese ocurrido si te hubieses guardado las manos en el bolsillo.

VICENTE.—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

EMMA.—Ven, Vicente. Sube conmigo. Te he guardado un poco de estofado.

VICENTE.—Sí, sí; vamos. *(A Rosa.)* Buenas noches, monada. *(Hace un gesto de truhanería a Samuel, que se queda espantado. Vicente ríe.)*

EMMA.—Anda, déjalos solos, Vicente.

VICENTE.—*(Mientras sube la escalera.)* ¿Quién le ha tocado a él? ¡Una lagartija como esa! No me gusta perder el tiempo. *(A Rosa.)* Te felicito por tu buen gusto. *(Entra en el vestíbulo y abre la puerta con su llave.)*

EMMA.—*(Subiendo los escalones.)* Parece que tenemos muchos admiradores, señorita Maurrant. *(Parándose en el escalón último.)* Espero, sin embargo, que sabrá usted guardarse. *(Rosa no contesta. La señora Jones sigue a Vicente al interior de la casa. Rosa desvía la cabeza para esconder las lágrimas. Samuel está de frente a la casa y todo su cuerpo tiembla de emoción. De pronto levanta el brazo con el puño cerrado.)*

SAMUEL.—*(Histéricamente, precipitándose al rellano.)* ¡Maldito sea! ¡Le he de matar! *(Se deja caer en el rellano y se esconde la cabeza entre las manos quejándose histéricamente. Rosa se sienta ante él y le pasa el brazo por encima.)*

ROSA.—No te preocupes, Samuel. Anda, ¿por qué has de ponerte así? ¿Por qué haces caso de un sinvergüenza como ese? *(Samuel no contesta. Rosa le alisa el pelo y él se calma.)* Si no es más que un golfo, ya lo ves. ¿Por qué hacer caso de lo que dice?

SAMUEL.—*(Sin levantar la cabeza.)* Soy un cobarde.

ROSA.—No, hombre, no. ¡Qué has de ser cobarde!

SAMUEL.—Sí que lo soy. Soy un cobarde.

ROSA.—No vale ni tu dedo meñique, Samuel. Tú has de mirar solamente al porvenir. Dentro de diez años todavía irá dando vueltas con su taxi y tu estarás tan por encima de él que ni te acordarás de que existe.

SAMUEL.—No seré nunca nada.

ROSA.—¿Cómo puedes decir eso, Samuel? ¡Un muchacho con tu talento y tu voluntad! ¡Acabarás la carrera! Si yo supiese tan sólo la mitad de lo que tú sabes, ¡no estaría poco orgullosa de mí misma!

SAMUEL.—¡De qué le sirve a uno tener talento si nadie le hace caso, si nadie sabe ni que existe uno siquiera!

ROSA.—(*Gentilmente.*) Yo sí sé que existes, Samuel.

SAMUEL.—No te costaría mucho olvidarme.

ROSA.—¿Qué estás diciendo? ¡Vamos, Samuel! ¿Por qué?

SAMUEL.—Porque sé que es verdad. Tu caso es distinto: eres bonita, le gustas a la gente, tienes sitio en el mundo.

ROSA.—No lo sé. No es tan fácil como tú crees ser mujer. ¡Si supieras las veces que he deseado haber nacido hombre! Hombre, y no mujer, me hubiera sido más fácil ser yo misma, seguir mi camino. Pero siendo mujer las cosas cambian. Da lo mismo lo que seas, lo que sientas y lo que pienses. Y no digamos lo difícil que es cuando queremos llegar a hacernos una posición como tú ahora. ¿Sabes a que me refiero? (*Vacilando.*) Samuel, quisiera preguntarte una cosa. (*Calla.*)

SAMUEL.—(*Inclinándose hacia ella.*) ¿Qué, Rosa?

ROSA.—No me atrevería a decirlo más que a ti. (*Con gran esfuerzo.*) Samuel, ¿tú crees que es verdad lo que dicen de mi madre?

(*Samuel inclina la cabeza sin contestar.*)

ROSA.—(*Comunicativa.*) Me parece que sí que lo es, ¿verdad?

SAMUEL.—(*Agitadamente.*) Estaban hablando de eso aquí hace un rato. ¡Yo no pude contenerme! ¡Ah, Dios mío! ¿Por qué tendremos que vivir entre toda esta porquería?

ROSA.—(*Buscando un consejo.*) ¿Qué haría yo, Samuel? (*Samuel hace un gesto como diciendo: "¿Qué sé yo?"*) Mira, mi padre es un hombre bueno, pero ha sido siempre tan severo, tan riguroso... Y muchas veces, ¿sabes? Todo el mundo necesita que le mimen y le quieran un poco. Eso es la causa de todo; mamá no ha tenido nunca a nadie que la quisiera de verdad. Y tiene sed de alegría y de felicidad; ¿comprendes lo que quiero decir, verdad?; tiene ganas de vivir bien, de darse buena vida. Papá es muy distinto. Y ahora, ya ves adonde han llegado las cosas...; todos murmuran y critican, todos los vecinos espían y chismorrean, y todo eso a mí me hace... (*Se estremece.*) No sé...

SAMUEL.—(*Acercándose a ella otra vez.*) Quisiera ayudarte, Rosa.

ROSA.—Has de ayudarme, Samuel. Aunque no sea más que

con un poco de simpatía y con poder hablar contigo. Hay tan poca gente con la que poder hablar; ¿me entiendes, Samuel? Algunas veces me parece que me encuentro sola en el mundo y que... (*Se oye un gemido de la señora Buchanau. Levantándose.*) ¿Has oído? Escucha...

SAMUEL.—¡Pobre mujer!

ROSA.—¡Pobrecilla! Debe de sufrir mucho!

SAMUEL.—Eso es la vida: sufrimientos y nada más. Desde que nacemos hasta que morimos. Mires adonde mires, ¡siempre verás opresión y crueldad! Cuando no nacen de la naturaleza, la humanidad nos las impone—¡la humanidad, que se pisotea a sí misma y llora sus propias lágrimas!—. El mundo no es más que un campo de sacrificio lleno de miseria y sufrimientos. Resulta un precio demasiado caro para lo que es la vida. Porque la vida no vale la pena. (*Se sienta desesperado en el rellano.*)

ROSA.—(*Poniéndole la mano sobre el hombro.*) No sé, Samuel, no sé. A veces también yo lo veo negro y me siento desanimada. Me parece que todo es inútil. Como la última noche. Apenas pude cerrar los ojos; me ahogaba de calor, me torturaban todos mis pensamientos. Y esta mañana, cuando me levanté, me sentí tan insignificante... Pues bien, me fuí hacia a la oficina... Al cruzar el parque estaba tan verde, tan tierno, que tuve de pronto. la impresión de que, si bien se mira, no es todo tan malo. Y entonces, ¿aciertas lo que me ha ocurrido? He visto de repente una gran mata de lilas con algunas flores, y he recordado aquellos versos que tú me recitabas el otro día, ¿te acuerdas?... Aquel de las lilas...

SAMUEL.—(*Recitando.*) Cuando las lilas el jardín adornan...

ROSA.—¡Sí, ése! He sentido todo lo que los versos quieren decir y he estado a punto de coger una rama. Pero temí que me viese algún guarda... y no me he atrevido...

LA VOZ DE BUCHANAU.—¡Señorita Maurrant! ¡Señorita Maurrant!

(*Samuel y Rosa levantan la cabeza.*)

ROSA.—Diga, señor Buchanau.

LA VOZ DE B.—¿Quiere hacer el favor de telefonear otra vez a la comadrona? Se va encontrando peor por momentos.

ROSA.—Voy en seguida. (*Disponiéndose a ir.*) ¡Espere! Me parece que ya viene.

LA VOZ DE B.—(*Excitadamente, cuando la señorita WILSON sale por la izquierda.*) Sí; es ella; ¡señora Maurrant!, dígale

que la señorita Wilson está aquí. ¡Ya creí, señora Wilson, que no iba usted a venir nunca!

SRA. WILSON.—Hay tiempo, hay tiempo; no se pongan nerviosos. (*Entra en el vestíbulo.*)

ROSA.—¡Pobre mujer! ¡Dios quiera que acabe pronto de padecer!

MAURRANT.—(*Saliendo a la ventana, en camiseta interior.*) ¡Rosa!

ROSA.—(*Un poco alarmada.*) Voy, papá; subo en seguida.

MAURRANT.—¡Cuidado, eh! Que no tenga que llamarte otra vez, ¿me oyes?

ROSA.—Subo en seguida. (*Maurrant desaparece de la ventana.*) Es mejor que me vaya a casa, Samuel.

SAMUEL.—¿Tienes que irte a dormir cuando te lo mandan, como los niños?

ROSA.—¿Qué le voy a hacer, Samuel? Demasiadas discusiones tenemos. Mejor es evitar las que se puedan. Buenas noches, Samuel. Aun quería decirte otra cosa, pero otro día será. (*Le alarga la mano. Samuel la estrecha entre las suyas.*)

SAMUEL.—(*Con un ligero temblor.*) Rosa, ¿me dejas darte un beso?

ROSA.—(*Sencillamente.*) ¿Por qué no, Samuel? (*Le ofrece los labios. El la besa con fervor. Ella acepta el beso, pero no lo devuelve. Librándose suavemente.*) No te desanimes por lo que te sucede, Samuel. Ten esperanza y calma y piensa que un día harás grandes cosas. Yo tengo mucha confianza en ti.

SAMUEL.—(*Inclinando la cabeza.*) Quisiera saber si es verdad, Rosa, que tienes tanta como dices.

ROSA.—¡No lo dudes! ¡Y no lo olvides! ¡Buenas noches! ¡Y ojalá el calor nos deje dormir!

SAMUEL.—¡Buenas noches, Rosa! (*La contempla alejarse, abrir la puerta con la llave y entrar en la casa. Entonces sube él al rellano y se sienta, soñando.*)

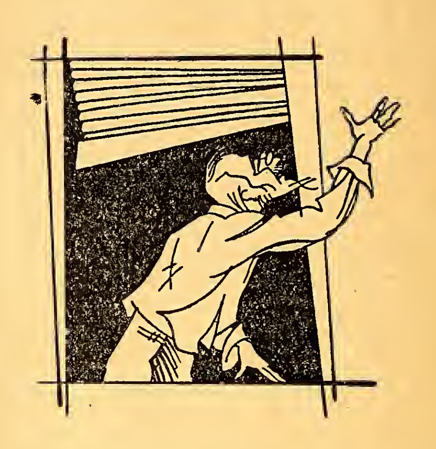
(*Un policía sale por la derecha y atraviesa la escena. Samuel ni se da cuenta. A lo lejos, uno que regresa a su casa canta con voz beoda. En el piso de Maurrant se enciende una luz, y un instante después Rosa se acerca a la ventana y se asoma.*)

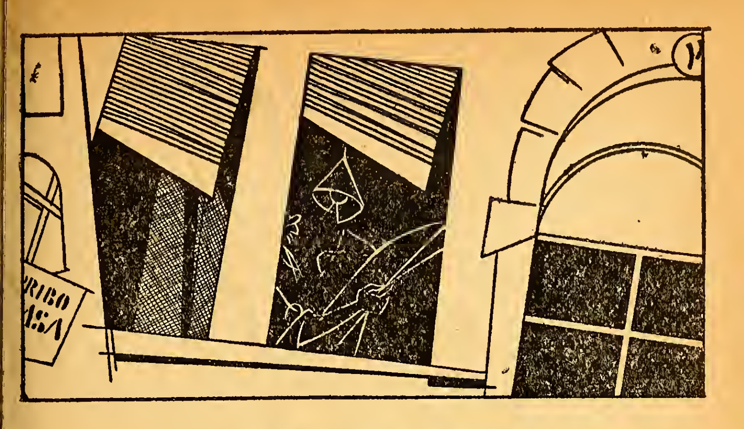
ROSA.—(*Con voz apagada.*) ¡Chist, Samuel! (*Samuel mira a lo alto y se levanta.*) ¡Buenas noches, Samuel! (*Le envía un beso.*)

SAMUEL.—(*Profundamente.*) Buenas noches, Rosa adorada.

(Ella se sonríe. Después baja la persiana. Samuel mira hacia arriba un momento. Un grito de la señora Buchanau. Se oye la sirena de un barco. Continúa el rumor en casa de Fiorentino. Samuel se levanta y eleva las manos juntas al cielo. Un reloj lejano empieza a dar las once. Los brazos de Samuel caen e inclina la cabeza.)

TELON LENTO





ACTO SEGUNDO

Alba del día siguiente. Todo está todavía obscuro y relativamente tranquilo. El rítmico rumor de la habitación de los FIORENTINO no ha cesado aún, y también de cuando en cuando se oye un tren aéreo, lejano, o un automóvil a gran velocidad

(*Un momento después de levantarse el telón sale JORGE JONES por la derecha, de vuelta a casa. Va tambaleándose ligeramente, pero consigue subir con éxito los escalones y pasar sin gran dificultad la puerta de entrada. Se va haciendo de día y aumentan los rumores. Se apagan las luces de la calle. Los niños de los Olsen empiezan a llorar. Se oye una campana de alarma, ladra un perro. Empieza a cantar un canario. Se oyen voces distantes. Se pierden y se oyen otras. La puerta de la casa se abre y sale la señora WILSON, que se cruza con Jorge Jones en el rellano. La señora Wilson baja los escalones y bosteza cansada. Se va por la izquierda.*)

VOZ DE BUCHANAU.—¡Señora Wilson!

SRA. WILSON.—(*Se para y mira hacia arriba.*) ¿Qué?

VOZ DE B.—¿Qué hago si se despierta?

SRA. WILSON.—No, hombre, no; no se despierta. Ya se lo he dicho. Está rendida. Lo mejor que puede usted hacer es irse a acostar, descansar un rato.

(*Cuando ella se marcha aparecen MAE y DICK. Caminan despacio, indiferentes, lejos el uno del otro.*)

DICK.—(*Cuando llegan al pie de la escalera.*) Buenas noches.

MAE.—(*Bostezando, mientras encuentra la llave de la puerta.*) Buenas noches. (*Subiendo los escalones y mirando hacia la habitación de los Fiorentino.*) ¡Eh, tú, no hagas ruido, tonto!

DICK.—(*Herido en su dignidad.*) ¿Y te vas sin darme un beso?

MAE.—(*Sin gracia.*) ¡Caramba! ¿Aun te parece que te he dado pocos esta noche? (*Entra en el vestíbulo y mete la llave en la cerradura.*)

(*Vuelve a oírse el ruido de una campana de alarma.*)

DICK.—(*Levantando la voz.*) ¿Es esa la manera de decirme adiós?

MAE.—¡Vete al diablo! (*Entra en casa. Deja de sonar la campana de alarma.*)

DICK.—¡Anda allá, cardo! (*Se para un momento, murmurando no se sabe qué. Después se va por la derecha, cruzándose con un POLICÍA, que le mira receloso.*)

(*El rumor de una riña sorda se oye en la habitación del portero. Aun llora el niño. Cuando el Policía va hacia la izquierda aparece un LECHERO silbando, arrastrando un carrito lleno de botellas de leche.*)

POLICÍA.—¡Hola, Luis!

(*Cesa el rumor de la habitación de los Fiorentino.*)

LECHERO.—Hola, Harry. Preparándonos para otro día de ahogarse.

POLICÍA.—Lo que tú dices. (*Se va hacia la izquierda.*)

(*El lechero atraviesa los escalones del sótano. MAE aparece en la ventana de los Jones y se saca el traje por la cabeza. El lechero, antes de bajar las escaleras, la ve y se pone a mirarla. Mae, antes de desabrocharse la ropa interior, le ve, le hace una mueca de rabia y baja la persiana. El lechero contesta con otra mueca y baja al sótano. CARLOS HILDEBRAND sale de casa. Masca goma, y cuando llega a los escalones pega un chicle en la barandilla. Baja de un salto todos los escalones y se va por la izquierda estirando la goma de la boca y evitando las juntas de las losas. Un trabajador joven, cargado con un capazo de herramientas y una fiambrera, apaga la luz misteriosa de las obras de excavación, abre la puerta y entra. Un vagabundo sale por la derecha y atraviesa la escena arrastrando los pies. Ve una colilla en el suelo, la coge y se la mete en el bolsillo, mientras sale por la izquierda. ROSA MAURRANT, en bata de noche, aparece en la ventana, bosteza ligeramente y desaparece. Ya es casi de día. Cesa de llorar el niño en los sótanos de Olsen. OLGA OLSEN sube las escaleras. Va hacia el rellano, apaga la luz del vestíbulo y quita el cerrojo de la puerta. El lechero sale del sótano con un juego de bo-*

tellas vacías y, silbando, se va por la izquierda. SAMUEL, en mangas de camisa, con un libro en la mano, sale a la ventana. Mira un momento, salta luego al rellano, mira hacia la ventana de Rosa; después se sienta y empieza a leer. Willie sale de casa.)

WILLIE.—(*Cantando mientras baja las escaleras.*) Mambrú se fué a la guerra.

SAMUEL.—Hola, Willie. ¿Se ha levantado Rosa ya?

WILLIE.—(*Sin pararse ni mirarle.*) No lo sé. Me parece que sí. (*Salta los escalones y se va por la izquierda continuando su canción.*)

(*Samuel mira otra vez hacia la ventana de Rosa y vuelve a ponerse a leer. La señora EMMA JONES y su perrito salen de casa.*)

EMMA.—(*Con orgullo, mientras baja la escalera.*) Buenos días.

SAMUEL.—(*Casi sin levantar los ojos del libro.*) Buenos días.

(*La señora Emma Jones y el perro se van por la izquierda. Un TRABAJADOR de mediana edad, que lleva un ruedo de hilo de alambre, sale por la izquierda y entra en la puerta de la excavación. La señora OLSEN sale de casa y baja al sótano.*)

TRABAJADOR.—(*Gritando.*) ¡Ea! Eddie, ¿estás ahí?

UNA VOZ.—(*Desde muy adentro.*) ¡Sí!

TRABAJADOR.—¡Anda pues! (*Salta a la excavación.*)

(*Rosa va hacia la ventana y levanta la persiana. Se oye conversar a Willie y Carlos fuera de la escena.*)

WILLIE.—(*Fuera de escena.*) ¡No puedes, hombre!

CARLOS.—(*Fuera de escena.*) ¡No voy a poder!

(*Salen por la izquierda; los dos llevan bajo el brazo un lío de papel por el cual asoma un pan.*)

WILLIE.—¡Pues yo te digo que no podrás!

CARLOS.—Y yo te digo que sí.

WILLIE.—Me juego un millón de dólares a que no puedes.

CARLOS.—Y yo cinco a que sí. ¡Sostén esto! (*Da a Willie su paquete de pan y hace una camusela.*) Te apuesto lo que quieras a que no haces esto.

WILLIE.—¡A que sí! (*Deja los paquetes en el suelo, quiere hacer lo mismo, pero fracasa.*)

CARLOS.—(*Riendo con sorna.*) ¡Aaah! ¿Ves cómo no puedes? (*Vuelven a coger los paquetes. A Willie se le cae el pan, lo sacude con la mano y lo empaqueta de nuevo.*)

WILLIE.—¿Cuántos escalones puedes tú subir de un salto?

CARLOS.—Tres. (*Los sube.*)

WILLIE.—Pues yo cuatro.

CARLOS.—A ver.

(*Willie con el pan bajo el brazo salta cuatro escalones, sin preocuparse de la presencia de Samuel. Va a dejar el pan, pero se le ocurre una idea mejor: saca el pan del saco de papel, lo infla y lo hace estallar de un puñetazo. Carlos le mira con admiración y envidia.*)

ROSA.—(*Apareciendo en la ventana.*) Anda, Willie, que estamos esperando el pan.

WILLIE.—(*Cogiéndolo.*) Bueno, mujer, bueno. ¿No ves que ya lo llevo? (*Entra en la casa seguido de Carlos.*)

SAMUEL.—(*Levantándose.*) Hola, Rosa.

ROSA.—Buenos días, Samuel.

SAMUEL.—Baja.

ROSA.—Aún no he desayunado. (*Gritando dentro de la habitación.*) ¡Sí! ¡Ahora lo sube!

STA. CUSHING.—(*Saliendo de la casa.*) ¡Buenos Días! (*Mira indagadoramente de Samuel a Rosa.*)

SAMUEL.—(*Impaciente.*) ¡Buenos días!

(*De la derecha sale una monja de media edad, acompañada por una niña de catorce años. Atraviesan la escena.*)

ROSA.—Buenos dias, señorita Cushing.

(*La señorita Cushing se va por la izquierda, mirando aún a Rosa y Samuel.*)

ROSA.—Voy a los funerales del señor Jacobsen. (*Gritando hacia dentro de la habitación.*) ¡Sí, ya voy! (*A Samuel.*) Ya tengo el desayuno a punto. Salgo en cuanto acabe con los platos. (*Desaparece.*)

(*Samuel todavía mira a la ventana un momento y luego vuelve a leer. La señora FIORENTINO sale a la ventana de la extrema izquierda con ropa de cama que pone sobre el alféizar de la ventana. Después se vuelve.*)

SHIRLEY.—(*Asomándose.*) Samuel, el desayuno está en la mesa.

SAMUEL.—No quiero desayunar.

SHIRLEY.—¿Qué dices? ¿Que no quieres desayunar? Estás tan loco por esa Rosa Maurrant que ni duermes ni comes.

SAMUEL.—¿Si no tengo ganas qué quieres que le haga? (*Explotando.*) ¡No callas nunca! "¡No comes!" "¡Levántate"! "¡Acuéstate!" Ya sé muy bien lo que he de hacer aunque no me lo digan.

SHIRLEY.—No sé lo que va a ser de ti cuando acabes la carrera, liado con una renegada como esa.

SAMUEL.—Siempre la misma canción. No hay modo de hacerte olvidar los prejuicios de raza. ¿Cuantas veces te he dicho ya que los judíos no son mejores que los demás mortales?

SHIRLEY.—¿Y qué te he contestado yo a eso? Lo que has de

mirar es la familia. ¿Quién es su padre? Un analfabeto, un peón, un nadie. Y su madre...

SAMUEL.—(*Indignado.*) ¡Tú también!

VOZ DE KAPLAU.—¡Shirley!

SHIRLEY.—Espérate. Me llama padre. (*Hablando dentro.*) ¡Voy, papá! (*A Samuel.*) Anda, Samuel, ven o sino papá nos volverá a colocar otro discurso.

SAMUEL.—(*Impaciente.*) Está bien mujer, está bien. Voy en seguida.

(*Una dependiente joven, sonriente y sola, sale de la derecha y atraviesa la escena.*)

(*Samuel se levanta y se dirige hacia la casa. Shirley abandona la ventana. BUCHANAU sale de casa sin cuello, sin afeitar. y encuentra a Samuel en el vestíbulo.*)

BUCHANAU.—(*Radiante.*) ¡Buenos días!

SAMUEL.—(*Precipitadamente.*) Muy buenos. (*Entra en casa.*)

(*Buchanau se vuelve a mirarle, después va hacia las escaleras. La señora FIORENTINO levanta la persiana y abre la ventana.*)

GRETA.—Buenos días, señor Buchanau.

BUCHANAU.—Buenos días, señora Fiorentino. (*Yendo hacia la barandilla de la izquierda.*) ¡Ya sabrá usted que hemos tenido gente nueva esta noche!

GRETA.—No, no he oído nada.

BUCHANAU.—¡Caramba! Pues yo creía que había despertado a toda la vecindad con los gritos que daba. Ha nacido a las cuatro menos cuarto de la mañana. Yo no me acosté en toda la noche.

(*Un cartero, en mangas de camisa, sale por la derecha.*)

GRETA.—¿Un niño, verdad?

BUCHANAU.—No; niña. La pondremos María, porque era el nombre de mi madre.

CARTERO.—(*Subiendo los escalones.*) Buenos días.

GRETA.—Buenos días. ¿Hay carta para nosotros?

CARTERO.—(*Desde arriba de la escalera.*) No; no tiene nada.

BUCHANAU.—(*Dirigiéndose a él.*) Estaba diciéndole a la señora Fiorentino que he aumentado la familia esta noche.

CARTERO.—¿El primero, verdad?

BUCHANAU.—(*Apresurándose a explicar.*) Claro; no hace mucho más de un año que nos casamos.

CARTERO.—Bueno. Yo he tenido siete y ya me ven: ahora que tengo sesenta y dos años, cargado como un burro. (*Se dirige al vestíbulo y pone el correo en la caja.*)

GRETA.—¿Como está su mujer?

Buchanau.—Bien. Pero pasó las suyas. Su hermana está arriba con ella. La señora Maurrant también estuvo arriba casi toda la noche. No sé como nos las hubiésemos arreglado sin ella.

Cartero.—(*Yendo hacia los escalones.*) Quizás tenga yo la culpa por no haber dejado que vivieran su vida. Ahora me doy cuenta de que no hice lo que debia. (*Cuando el cartero sale por la izquierda, LIPPO aparece por la ventana detrás de su mujer y le hace cosquillas.*)

Greta.—(*Estremeciéndose.*) ¡Lippo!

Buchanau.—Buenos dias. Estaba diciéndole a su mujer...

Greta.—¿A que no lo aciertas, Lippo?... El señor Buchanau tiene una niña.

Lippo.—¡Eso si que está bien! ¿Margarita, por qué no te das prisa a comprar una?

Greta.—(*Precipitadamente.*) Me voy a hacer el café. (*Se retira de la ventana.*)

(*CARLOS OLSEN llega hasta media escalera y se cuelga de la barandilla, fumando su pipa.*)

Una Voz.—(*Fuera de escena.*) ¡Anda, dame un caramelo!

Lippo.—¿Qué curioso, eh? Usted tiene una mujercita pequeña y delgada y le ha dado un hijo. Margarita es alta y gruesa y no puede tenerlo.

Buchanau.—¿Ah, qué le va usted a hacer? (*Mientras se va por la izquierda, un vendedor de hielo sale con un carro de tres ruedas lleno de helados.*)

Lippo.—Buon giorno, Mike.

Mike.—¿Buon giorno, signore, come stá?

Lippo.—Beníssimo. Fa molto caldo ancora, oggi.

Mike.—Sí, sí signore. Bisognera abbastanza ghiaccio. ¿Vinte y cinco centavos, no?

Lippo.—No, no; es demasiado.

Mike.—¿Veinte, entonces? No es mucho.

Lippo.—Bueno Pues. póngame diez.

Mike.—Sí, señor. En seguida. (*Mientras conduce el carro a la entrada del subterráneo y empieza a cortar un bloque de hielo, un HOMBRE en mangas de camisa sale de la izquierda y se detiene en la acera como si viese a alguien en una casa a través de la calle.*)

Hombre.—(*Enfadado.*) ¿Bueno, qué pasa? Ya hace media hora que estoy esperando.

Voz.—Ya iba en seguida.

Hombre.—Podía yo estar esperando. Los hay cara dura. (*A grandes pasos se va hacia la izquierda refunfuñando con rabia.*)

(ROSA sale de la casa y se detiene en la puerta, mirando si ve a Samuel. Como no le ve, se va hacia las habitaciones de Kaplau y mira hacia adentro. Al volverse ve a Lippo.)

ROSA.—*(Yendo hacia la izquierda del rellano.)* ¡Buenos días!

LIPPO.—Así los tenga usted, señorita Maurrant.

(Mike, baja al sótano con un trozo de barra de hielo.)

ROSA.—Ya vuelve hoy a hacernos el día de ayer. ¡Qué calor!

LIPPO.—¿No le gusta el calor?

ROSA.—Cuando hace tanto no puedo dormir.

LIPPO.—¿No? Pues yo, como un angel. En Italia, donde yo nací, hace más calor que aquí. En el verano ni se puede trabajar. No se puede hacer más que dormir. Y casi ni se va vestido. Yo llevaba tan sólo unos pantaloncitos cortos. Y sentado debajo de un limonero dormía todo el día.

ROSA.—¡Bajo un limonero! ¡Qué hermoso debe de ser!

LIPPO.—Son una delicia los limoneros. En mi pueblo los hay a miles. Limoneros y olivos.

ROSA.—¡Debe ser encantador!

LIPPO.—Sí, es magnífico. Es el país más hermoso del mundo. ¿Ha oído usted hablar de Sorrento?

ROSA.—No; nunca.

LIPPO.—*(Incrédulo.)* ¿Usted no ha oído nunca hablar de Sorrento?

ROSA.—No; no estoy muy fuerte en geografía. ¿Es un pueblecito?

LIPPO.—No es muy grande, en realidad, pero todo el mundo conoce Sorrento. ¿No ha oído hablar de Nápoles, de la bahía de Nápoles?

ROSA.—Oh, sí, la bahía de Nápoles. ¿Está allí?

LIPPO.—¡Claro! Sorrento está en la bahía de Nápoles. ¡Es bellísimo! Todo azul. ¡Cielo azul, agua azul, y el sol brillante siempre!

ROSA.—¡Oh, que hermoso debe de ser!

(MIKE sube del sótano, saca otra barra de hielo y se vuelve al sótano.)

LIPPO.—También está el Vesubio. ¿Tampoco ha oído hablar del Vesubio usted? Es un gran volcán.

ROSA.—Oh, sí. Recuerdo haber visto un cromo que se llamaba los últimos días de Pompeya y se veía el Vesubio saliéndole el humo por arriba.

LIPPO.—Eso mismo. Y por la noche se ve como sale el fuego, y todo el cielo es rojo.

ROSA.—¿Y no da miedo?

LIPPO.—¡Oh! no. No hay porqué espantarse. Es un volcán y cumple con su obligación.

ROSA.—¡Me gustaría ir a Italia! Ha de ser muy hermoso. Pero me parece que me quedaré con las ganas.

LIPPO.—¿Por qué? Cualquier día se nos casa usted con un hombre rico, y se la lleva a usted a Italia y a todas partes.

ROSA.—Me parece que no hay cuidado. Los hombres ricos no buscan chicas como yo para casarse. De todos modos, el dinero no lo es todo, ¿verdad, señor Fiorentino?

LIPPO.—Pero cura muchos males. Por eso he venido yo a América. En Italia es muy bonito, pero no están los dólares. Aquí no está bonito, pero son muchos los dineros. Son mejor los dólares que el paisaje.

(*Un HOMBRE VIEJO, con uniforme gris, sale de la casa llenando su pipa.*)

HOMBRE.—Buenos días.

ROSA.—Buenos días, señor Calahan. (*El Hombre lanza la caja de tabaco vacía y se va poco a poco hacia la izquierda.*) No creo que fuera feliz casándose con un hombre de dinero si no le quería.

LIPPO.—(*Riendo.*) ¡Ah, ya, ya! ¿Es que usted quiere a ese chico judío, no?

ROSA.—¡No, señor! No quiero a nadie, al menos me lo figuro. ¡Pero no es tampoco que no lo quiera porque es judío!

LIPPO.—No; no son muy recomendables los judíos. No piensan más que en el dinero, siempre el dinero.

ROSA.—Pues Sam no es así. Sólo se interesa por la poesía y cosas por el estilo.

(*El vendedor de hielo vuelve del subterráneo y se va con el carretón hacia la derecha.*)

GRETA.—(*Gritando.*) ¡Lippo! ¡El desayuno!

LIPPO.—(*Gritando.*) ¡Bravo Margarita! (*A Rosa.*) Cásese con un hombre cargado de dólares. Créame, es lo mejor. (*Se retira de la ventana al tiempo que sale la señorita CUSHING de la izquierda, llevando un paquete.*)

ROSA.—¿Cómo está su madre, señorita Cushing?

CUSHING.—No se encuentra tan bien como ayer.

ROSA.—¡Qué lástima, tanto tiempo enferma!

CUSHING.—¡Tengo un miedo de que sea del corazón! ¡A su edad, comprende!...

(*Cuando entra en la casa, dos COLEGIALAS de diez y nueve años salen por la derecha.*)

COLEGIALA 1.ª—(*Al salir.*) No lo entiendo.

COLEGIALA 2.ª—Convexo es así; y cóncavo, así.

COLEGIALA 1.ª—Ahora lo entiendo.

COLEGIALA 2.ª—Cuando quieres mirar de cerca, te dan lentes convexas, y cuando quieres mirar de lejos, te las dan cóncavas.

COLEGIALA 1.ª—Sí, sí; ya lo sabía.

COLEGIALA 2.ª—Claro que sí. ¿No nos lo explicaron en psicología?

COLEGIALA 1.ª—(*Mientras desaparecen por la izquierda.*) No me acuerdo.

(*Willie sale de casa camino de la escuela. Lleva una gorra y los libros bajo el brazo.*)

ROSA.—(*Interceptándole el paso en el rellano.*) ¿No te has fijado como vas, Willie? Todo el cuello de la camisa abierto.

WILLIE.—Ya lo sé. Se me ha soltado el botón.

ROSA.—¿Por qué no le dices a madre que te lo cosa?

WILLIE.—No estaba en casa. Estaba en casa de los Buchanau.

ROSA.—Espera que yo vea si llevo aguja. (*Registra su monedero.*)

WILLIE.—(*Bajando las escaleras.*) ¡Ya está bien, mujer, no te preocupes!

ROSA.—(*Siguiéndole hasta la acera.*) ¡No, no, vaya!, no puedes ir a la escuela de ese modo. (*Sacando una aguja.*) ¡Ahora estate quieto mientras te lo pongo; si no te estás quieto te voy a pinchar! ¿Lo ves, hombre? Así vas mejor. ¡Y el pelo bien peinado, también!

WILLIE.—(*Intentando escaparse.*) ¡Déjame tranquilo, mujer!

ROSA.—(*Cogiendo un peine de su monedero y peinándole.*) No está bien que vayas a la escuela como un golfo.

WILLIE.—No te tomas tú poco trabajo, chica...

ROSA.—Ya eres bastante crecidito para peinarte sólo sin que te lo manden. ¡Vamos! ¡Ahora sí que estás guapo!

WILLIE.—¡Fígurate! (*Se va hacia la izquierda, dando un puntapié a la caja de tabaco vacía. Después se para y se despeina, a propósito.*)

ROSA.—(*Indignada, mientras Willie huye.*) ¡Muy bien, Willie!

(*La señora JONES y su perra aparecen por la derecha. Olsen golpea la pipa para limpiarla y baja al sótano. La señora MAURRANT sale de casa.*)

ROSA.—¡Hola, mamá!

EMMA.—¡Buenos días!

ROSA. }
ANNA. } Buenos días.

EMMA.—¿Cómo sigue la señora Buchanau?

ANNA.—Duerme, la pobrecita. Estaba muy aplanada. Ahora ha empezado a descansar. Ayer por la noche me dió un gran susto. Temí que no pudiera soportar los dolores.

EMMA.—Todas lo hemos de pasar. También padecí yo mucho con los míos. Y eso que no vinieron mal.

ANNA.—Yo no quisiera volver a tener los míos por nada del mundo.

EMMA.—Después de todo, lo mejor que puede desear una mujer es tener hijos para verlos crecer y un marido que la mantenga.

ANNA.—¡Es verdad!

EMMA.—Claro. Y así iría mejor el mundo. (*Subiendo las escaleras.*) Pero todos no piensan lo mismo. Voy a sacar a Mae de la cama. Sabe Dios a qué hora habrá vuelto esta mañana. (*Entra en el vestíbulo, se para y vuelve.*) Si me lo permite, señora Maurrant, y no cree que son ganas de meterme en lo que no me importa—se lo digo delante de su hija—, yo lo pensaría mucho antes de meter un judío en mi familia.

ROSA.—(*Dando muestras de paciencia.*) No sé qué tiene usted que ver en esto, señora Jones.

EMMA.—No, no se enfade. Yo si la aviso es por su bien. Pero, vamos, si lo toma a mal. Anda, "Reinita". (*Entra en casa.*)

ROSA.—¡Es el caso de desaprensión más enorme que he visto en mi vida! Con los hijos que tiene. ¡Que son dos perlas!

ANNA.—(*Medio bajando las escaleras.*) Lo mejor es no hacer caso de lo que diga. Hay mucha gente así por el mundo: no son felices más que cuando hacen daño a alguien. ¿Willie se fué ya a la escuela?

ROSA.—¡Sí! ¡Qué lástima de chico! Va como un golfo. Y tiene un modo de hablar, que te aseguro, mamá...

ANNA.—Ya lo sé, ya. Pero yo no puedo con él, créeme.

ROSA.—Quizás lo mejor para todos nosotros sería irnos a vivir a las afueras, a Jersey, a Staten Island.

ANNA.—No creo que padre quisiera. (*MAURRANT sale de casa llevando una mochila muy usada.*) ¿Te vas, Franck?

MAURRANT.—(*Desde el fondo del rellano.*) ¿En donde has estado hasta ahora?

ANNA.—¿Pero cómo, Franck, no lo sabías? Arriba, en casa de la señora Buchanau.

MAURRANT.—¡Ah! ¿Y ahora, a donde ibas?

ANNA.—Hasta casa de Krausse, a buscar un pollo. Le haré un poco de caldo para que se vaya recobrando.

MAURRANT.—Más te valdría cuidarte de tu casa y dejar que los Buchanau se las arreglen ellos.

ANNA.—Procuro ayudarles, Franck. Es lo menos que se puede hacer con esta pobrecita que no tiene ya alientos ni para levantar las manos.

MAURRANT.—Sí, sí, todo eso está muy bien. (*Yendo hacia los escalones.*) Pero una mujer ha de estar en su casa para cuidar de su marido y de sus hijos.

ANNA.—(*Yendo hacia él.*) ¿Y qué he hecho yo durante todos estos años, más que eso, Franck? Confiésalo.

MAURRANT.—¿Pues no lo olvides, sabes?; no lo olvides, porque si no, lo pasarás mal.

ANNA.—(*Poniéndole la mano sobre el brazo.*) Bueno, Franck. ¿No sigas, quiéres hacerme el favor? ¿Cuando volverás? ¿Mañana?

MAURRANT.—No lo sé. Cuando acabe mi trabajo. ¿Di, qué interés tienes por saberlo?

ANNA.—Ninguno. Es por saberlo nada más.

MAURRANT.—¿Nada más? ¿Hay alguien que está esperando que me vaya, no?

ANNA.—No, hombre no. Nada de eso. ¿Por qué me dices estas cosas, Franck, delante de nuestra hija? ¡No tienes derecho a hacer eso! ¿No lo tienes, sabes? (*Vuelve la espalda y se va, de pronto, por la izquierda.*)

ROSA.—¡Mamá! (*Va a correr tras de su madre.*)

MAURRANT.—(*Imperativamente.*) Ven aquí tú. (*Rosa vacila.*) Que vengas, te he dicho. (*Rosa vuelve atrás poco a poco.*) ¡Estáte aquí (*Deja la mochila en el suelo y saca un frasco del bolsillo.*)

ROSA.—¿Por qué le hablas siempre de ese modo?

MAURRANT.—Nadie te pregunta a ti nada.

ROSA.—Si tú fueses un poquito mejor para ella, quizás se arreglase todo.

MAURRANT.—¿Cómo? ¿Qué tiene ella que decir de mí? ¿No he sido siempre un buen marido? (*Bebe.*)

ROSA.—No es eso, papá. Necesita amabilidad, que seas bueno con ella, como lo es ella contigo. Nada más.

MAURRANT.—(*Inclinándose hacia Rosa.*) ¡Se ve que te ha llenado la cabeza de buenos consejos! ¡Así te portas tú, pasando las noches fuera de casa con hombres casados!

ROSA.—No te preocupes de mí, papá. Sé defenderme yo sola.

MAURRANT.—No es así como ha de portarse una hija mía. ¡Bastantes cosas veo ya en los escenarios!

ROSA.—Los tiempos han cambiado, padre. Y parece que tú no te das cuenta. Las muchachas ya no son como antes, débiles y

desamparadas. Hoy las chicas saben defenderse y mirar por sí. Pero ella no, papá. Ella necesita que alguien la cuide.

MAURRANT.—¡Huy, huy! Esa manera de hablar te la han enseñado esos bolcheviques. ¡Ahí está el mal! ¡Pero yo te aseguro que te haré ir derecha!

ROSA.—Creo poder opinar sobre las cosas.

MAURRANT.—Bueno, bueno. Procura que no vuelva a ver rondar por aquí a aquel tipo. Eso es lo que te digo.

ROSA.—(*Duda, luego, dirigiéndose hacia él.*) Papá, escucha, ¿no podríamos alquilar una casita en las afueras?...

MAURRANT.—¿A qué viene eso ahora?

ROSA.—¡No sé! Una idea que se me ha ocurrido y que me parece que sería lo mejor para todos. Quizás si mamá tuviese una casa bonita, con unos vecinos como es debido, ¿entiendes lo que quiero decirte?

MAURRANT.—Bien estamos en esta casa.

ROSA.—Podríamos tener una casita sin que nos costara mucho. Y yo os ayudaría también a pagarla. Y una vez que estuviésemos...

MAURRANT.—Déjate de boberías. No sé cuando volveré. (*Mientras se va hacia la derecha.*) ¿Y acuérdate de lo que te he dicho, me oyes?

EMMA.—(*Aparece por la ventana con una cacerola de aluminio llena de polvo.*) Buenos días, señor Maurrant, ¿se marcha usted de viaje?

MAURRANT.—Sí. (*Se marcha. La señora Jones sacude la cacerola y se va también.*)

(*KAPLAU sale de casa con un lío de diarios bajo el brazo. Camina poco a poco y con dificultad, apoyándose en un bastón gordo.*)

ABRAHAM.—(*Desde los escalones.*) ¿Por qué estamos tan tristes?

ROSA.—(*Volviéndose y sentándose a la derecha, en la balaustrada.*) ¡Oh!, buenos días, señor Kaplau.

ABRAHAM.—Una chica joven como tú no debe estar nunca triste.

ROSA.—No estoy triste, es que...

ABRAHAM.—Acaso alguna pena...

ROSA.—No, pero... Siempre hay cosas...

ABRAHAM.—¡Mal de la edad! Lo mismo le pasa a nuestro Sam. Es un mal que sólo se padece de jóvenes. Cuando seáis viejos como yo pensaréis: "Ya estoy harto de estar en el mundo".

ROSA.—¿Por qué ha de ser así la vida, señor Kaplau? ¿Por

qué las gentes han de estar siempre riñéndose y padeciendo, en vez de procurar ser felices?

ABRAHAM.—Querida Rosa, si yo pudiese contestar a lo que tú me preguntas, sería el bienhechor más grande de la humanidad. Ningún filósofo ha podido darle respuesta. Los que creen en Dios, afirman que el Demonio es el responsable. Los que no creen dicen que lo es la naturaleza humana. Yo opino que la falta de dinero es gran parte de la infelicidad.

(*CARLOS y MARY HILDEBRAND salen de la casa llevando unos libros de clase.*)

MARY.—Hola.

ROSA.—Hola, Mary. Hola, Carlos.

CARLOS.—Hola.

MARY.—(*Poniéndose a hablar cuando llega a la acera.*) ¡Nos echarán de casa, hoy!

ROSA.—¡Qué pena!

MARY.—Sí, señorá. Mi padre se fué, y nosotros no podemos pagar el alquiler.

CARLOS.—(*Llevándosela del brazo.*) Anda, vamos, Mary.

ROSA.—¿No tenéis a donde ir a vivir, Mary?

MARY.—No, señora. Pero la señorita Simpson, de la Beneficencia, nos dijo que encontraría un sitio. Pero con la condición de que fuéramos formales.

CARLOS.—¿Pero nos vamos sí o no?

MARY.—Ahora nos vamos a la escuela. Adiós, señorita Maurrant.

ROSA.—Adiós.

(*Los niños se van por la izquierda.*)

ABRAHAM.—¡Más angustias, más penas!

ROSA.—Sí, señor Kaplau. ¡Es horrible ver como los echan a la calle de esa manera!

ABRAHAM.—En un mundo civilizado no pasarían esas cosas.

ROSA.—¿Quiére usted decir si hubiese otras leyes?

ABRAHAM.—Nada de leyes. Ya tenemos demasiadas leyes. Necesitamos acción, y no leyes. La clase trabajadora se ha de libertar del grupo capitalista y abolir la esclavitud del jornal.

ROSA.—¿Y quiere usted decir que no habria riñas entre la gente y que todos serían amables unos con otros?

ABRAHAM.—Querida Rosa, mientras haya hombres en estado de esclavitud, actuarán como esclavos. Pero cuando el mundo se organice según las necesidades humanas y no según las codicias de los hombres...

ROSA.—Cree usted que todos nos trataríamos mejor y seríamos más comprensivos...

ABRAHAM.—Todo llegaría. Ahora estamos en un círculo vicioso. Por un lado tenemos un sistema económico fracasado...

ROSA.—Perdóneme... Viene mi madre. (*Va hacia la izquierda en busca de la señora MAURRANT, que se acerca con un paquete bajo el brazo. Kaplau sale por la derecha.*)

ANNA.—(*Cuando Rosa va hacia ella.*) ¿Se ha ido? (*Se detiene en la acera, a la izquierda del rellano.*)

ROSA.—Sí.

ANNA.—He comprado un poco de pollo para hacer caldo a la señora Buchanau.

ROSA.—Se llevaba una botella. Mientras no se emborrache...

ANNA.—¿Te ha dicho algo?

ROSA.—No; lo de siempre. He procurado hablarle de alquilar una casa en las afueras, pero no ha querido ni escucharme.

ANNA.—Ya sabía yo que no querría oír hablar de eso...

ROSA.—Me parece que es inútil quererle decir nada.

ANNA.—Siempre ha sido así. He procurado ser una buena esposa. Pero a él lo mismo le da.

ROSA.—Ya lo sé, mamá...

ANNA.—También he procurado ser una buena madre.

ROSA.—Sí, mamá, sí. Sé todo lo que puedas decirme, y te comprendo.

ANNA.—(*Buscando consuelo.*) ¿Sí, Rosa?

ROSA.—Sí, mamá, sí. De veras.

ANNA.—He procurado siempre cumplir con mi deber. Pero él no lo ha sabido apreciar.

ROSA.—Lo sé, mamá. (*Dudando.*) Pero eso no... (*Se detiene.*)

ANNA.—¿Qué ibas a decir? ¿Vas a hablar lo mismo que toda esta gentuza? (*Se vuelve para esconder las lágrimas.*)

ROSA.—(*Cariñosamente.*) ¡No, mamá, no, por Dios!

ANNA.—Creía que tú pensarías de otro modo...

ROSA.—Pues claro que sí, mamá, claro que sí...

ANNA.—¿De qué sirve vivir, si no sacas nada de la vida? Mejor es morirse.

ROSA.—Chist, mamá. Alguien se acerca.

(*Una muchacha vestida a la moda, con un lado de cara cubierta por una cinta, sale por la izquierda y cruza la escena. JORGE JONES sale al mismo tiempo de la casa. Rosa y la señora Maurrant guardan silencio, mientras él cruza el rellano y se acerca a ellas.*)

JORGE.—Vaya calorcito que nos hace hoy, ¿eh?

ROSA.—¡Es terrible!

JORGE.—(*Mientras se va por la izquierda.*) ¿Qué les parecería

a ustedes si en enero tuviésemos un poquito de este calor? (*Se va.*)

(*La señora Maurrant se va hacia el rellano.*)

ROSA.—Mamá, oye. Si te digo una cosa, ¿me atenderás?

ANNA.—Claro que sí, hija mía. Todo lo que me digas lo escucharé; sólo que...

ROSA.—Lo que quería decirte es que... si él no viniese tanto por aquí..., quizás... ¿Entiendes lo que quiero decir?

ANNA.—(*Violentándose.*) Sí. Rosa.

ROSA.—(*Pasándole el brazo por la cintura.*) Por culpa de eso, toda esta gente de la casa, ¿sabes lo que quiero decir, verdad, mamá?

ANNA.—Todos en este mundo necesitamos alguien con quien hablar. No es que yo quiera decir, Rosa, que no puedo hablar contigo. Pero tú eres una muchacha y... no es igual...

ROSA.—Por papá tan sólo, ¿sabes? Tengo miedo de que si empieza a beber...

ANNA.—Haré lo que pueda, Rosa. Algunas veces pienso si no sería mejor que me hubiese muerto.

ROSA.—¡Si yo pudiera ayudarte!

ANNA.—Nadie puede ayudarme. Las cosas son como son y nadie puede hacer nada. (*BUCHANAU sale por la izquierda. Se vuelven. quedan cara a cara de él, mientras se va acercando.*) ¡Oh, señor Buchanau!, he comprado un poco de pollo para hacerle un caldo bueno de veras que la reanime.

BUCHANAU.—Dígame lo que le ha costado, señora Maurrant.

ANNA.—Por Dios, no se preocupe. Nos comeremos el pollo esta noche de cena. ¿Le encargó usted ya la medicina?

BUCHANAU.—Sí, aquí la llevo. He telefoneado a la oficina y me han dicho que no vaya hoy.

ANNA.—Eso está muy bien. Será para ella un gran consuelo tenerle a usted al lado.

BUCHANAU.—Es lo que he pensado. Me voy corriendo. (*Se va hacia la escalera.*)

ANNA.—Luego subiré con el caldo.

BUCHANAU.—Muchas gracias, señora Maurrant. (*Parándose arriba de la escalinata y volviéndose hacia ella.*) Es usted una buena vecina, señora Maurrant. (*Entra él en la casa.*)

ANNA.—Es un buen hombre; tan amable y correcto y siempre procurando ser útil.

(*SHIRLEY sale de la casa y lleva una gran bolsa de gutapercha que contiene su comida y sus libros. Saca una postal de la caja de las cartas.*)

ANNA.—(*Yendo hacia la escalinata.*) Me voy a preparar este pollo; ¿vendrás a comer, Rosa?

ROSA.—Sí. Volveré en cuanto acaben los funerales.

ANNA.—Bien. (*Al ver a Shirley.*) Buenos días.

SHIRLEY.—(*Saliendo del vestíbulo y leyendo la postal.*) Buenos dias.

ROSA.—Buenos días.

(*La señora Maurrant entra en casa. Se levanta la persiana de la alcoba de Mae y se ve a ésta un momento vestirse. Bosteza ruidosamente y se separa de la ventana.*)

ROSA.—(*Sentándose en la barandilla.*) ¡Qué otro día de calor se nos prepara!

SHIRLEY.—Si, ¡y si se tiene que vigilar a cuarenta niños! Gracias a las vacaciones; dentro de dos semanas cerrarán la escuela. Si no, crea usted que no lo podría aguantar.

ROSA.—Y pasará usted una buena temporada, ¿no?

SHIRLEY.—No hay vacaciones para mí. Iré a unos cursos de verano a la Normal. (*Mira a Rosa un momento, vacila y baja los escalones.*) Rosa, si no molesto, quisiera hablarle de mi hermano, de Samuel.

ROSA.—No me molesta. Puede usted ir diciendo.

SHIRLEY.—Supongo que ya sabrá usted que este mes acaba el preparatorio...

ROSA.—Si, lo sé.

SHIRLEY.—Luego, antes de ser abogado, tendrá que pasar muchos años en la Universidad.

ROSA.—Si; sé que son muy largas las carreras.

SHIRLEY.—Mucho tiempo y mucho dinero. Y antes de que un hombre empiece a ganarse la vida como abogado, transcurre también mucho tiempo. Quizás pasen diez años antes de que Samuel pueda mantenerse y mantener una familia. (*Mirando a lo lejos.*) Y, claro, tiene mucho tiempo por delante para pensar en casarse.

ROSA.—No querrá usted decir Samuel y yo, ¿verdad, Shirley?

SHIRLEY.—Sí; precisamente me referia a ustedes dos.

ROSA.—Somos buenos amigos, y nada más.

SHIRLEY.—Ya sé lo que sucede con un muchacho como Samuel, Rosa. Se cree que ya es un hombre, y todavía es un chiquillo. Si usted es tan buena amiga suya, debe procurar que no se distraiga de sus estudios.

ROSA.—Eso es lo que deseo con toda el alma, Shirley.

SHIRLEY.—He tenido que matarme a trabajar para que pudiera llegar adonde ha llegado. Y además he de cuidarme también de mi padre. Los pocos dólares que gana escribiendo en

periódicos radicales no alcanzan ni para pagar el alquiler. Créame, gastamos todo lo que gano.

ROSA.—Lo sé. Samuel me ha dicho muchas veces que le debe mucho.

SHIRLEY.—No me debe nada. No me importa el dinero. Sólo quisiera que se preocupase de sus estudios y no pensara en nada más.

ROSA.—Sí, sí, ha de pensar en sus estudios. Pero ¿no cree usted que hay otras cosas en el mundo, además del trabajo?

SHIRLEY.—¿Cree usted que no lo sé? Tan bien como usted misma. Quizás usted se figura que yo soy una solterona, una maestra sin sentimientos.

ROSA.—Por Dios, Shirley, no imagine usted eso.

SHIRLEY.—(*Inclinando la cabeza.*) No soy una seductora de cinema, con hoyuelos en la cara; pero también he tenido mis ocasiones...; mas, por encima de todo, tenía que dar una educación a Samuel.

ROSA.—No vaya usted a creer que he seducido a Samuel. Le juro que nuestra simpatía ha surgido naturalmente.

SHIRLEY.—Porque se ha fijado usted en Samuel y no en otro cualquiera... Es mejor que se case con uno de su clase; cuando se unen dos personas de distinta condición no hay felicidad. No se puede mezclar el aceite y el agua.

ROSA.—No sé, no sé. Si se quieren...

SHIRLEY.—Pero él es un niño. Ve una cara bonita y se olvida inmediatamente de todo.

ROSA.—(*Con una llamarada de mal genio.*) Ya sé que no tengo talento como Samuel o como usted misma; si es eso lo que usted quería decir...

SHIRLEY.—(*Arrepentida, yendo hacia ella.*) No he querido herir sus sentimientos, Rosa. No tengo nada que decir contra usted: sólo he de decirle que él es todo lo que yo tengo en este mundo. No me queda nadie más a quien dedicar mi vida.

(SAMUEL.—(*Saliendo a la ventana de la extrema derecha con una taza de café y una tostada.*) Hola, Rosa.

ROSA.—Hola, Samuel.

SHIRLEY.—(*En voz baja.*) Haga usted el favor de no decirle de lo que hemos hablado.

(*Samuel se asoma a la otra ventana.*)

ROSA.—¡Dios me libre! (*Shirley se va precipitadamente por la izquierda. Levantándose y dirigiéndose a Samuel.*) Samuel.

SAMUEL.—(*Enseñándole la tostada.*) ¿Quieres una?

ROSA.—No. (*Subiendo las escaleras.*) Samuel, he de hacerte

una pregunta antes de que se me olvide. ¿Hay que hacer algo especial al entrar en una sinagoga?

SAMUEL.—(*Corriendo mientras habla.*) ¿Una sinagoga?

ROSA.—Sí. Los funerales del señor Jacobson se celebran en una sinagoga, y me figuro que debe de haber algunas reglas especiales para conducirse.

SAMUEL.—No sé. No he estado en mi vida en una sinagoga.

ROSA.—Eso sí que tiene gracia. Yo creia que todos íbais, por lo menos, una vez en la vida. ¿Y cuando murió tu madre?

SAMUEL.—La quemaron. Mis padres han sido siempre racionalistas.

ROSA.—¿Entonces no creen en Dios ni en nada?

SAMUEL.—¿Qué entiendes tú por Dios?

ROSA.—(*Desconcertada.*) ¡Anda, qué pregunta! Lo que todo el mundo entiende por Dios. Un ser supremo que nos ayuda cuando tenemos una pena.

SAMUEL.—(*Sentándose en el alféizar.*) Eso no son más que supersticiones, porque la realidad es demasiado tremenda para mirarla cara a cara.

ROSA.—No crees que es preferible creer en algo que nos dé un poco de felicidad, a no creer en nada y vivir siempre miserablemente?

SAMUEL.—La felicidad no existe. Es una ilusión, como todas las cosas.

ROSA.—Entonces, ¿para qué vivimos?

SAMUEL.—(*Golpeándose las manos para sacudirse las migas.*) Sí, claro, ¿para qué vivimos?

ROSA.—No hables así, Samuel. Una persona de tu valer no puede decir esas cosas. Ya me imagino que no te sale todo a pedir de boca. Pero a todos nos pasa lo mismo. Ya ves a mí.

SAMUEL.—Entonces, ¿por qué no arreglarlo todo de una vez?

ROSA.—Me gustaría saber cómo, Samuel.

SAMUEL.—Nada más fácil: con cinco centavos de cianuro de potasa.

ROSA.—¿Qué dices, hombre? ¿Matarse?

SAMUEL.—¿Es tan hermosa la vida para ti que te duele dejarla?

ROSA.—Sí, Samuel. Creo que la vida es hermosa.

SAMUEL.—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué nos ofrece la vida para compensarnos del dolor de vivir?

ROSA.—¡Ah, tantas cosas! Vivir, respirar y pasear. Mirar la cara de la gente a quien quieres y verla sonriente. Y mirar cosas bonitas en los escaparates. Y jugar con el hermano pequeño. Y, ¡oh, qué sé yo!, oír una buena banda y bailar; no,

no, Samuel. Odio la muerte. ¡Prométeme que no volverás a hablar de matarte nunca más!

SAMUEL.—¿Y qué te importaría a ti que yo me matara?

ROSA.—No hables así, Samuel. Eres el mejor amigo que he tenido nunca. (*Le pone la mano sobre el hombro.*)

SAMUEL.—No puedo pensar en nada más que en ti.

ROSA.—Te he de pedir tu opinion sobre una cosa, Samuel. Es lo que quería decirte esta noche pasada. Un señor conocido mío me propone que debute en el teatro.

SAMUEL.—(*Cogiéndole la mano.*) ¿Quién es ese hombre?

ROSA.—Un hombre que trabaja en la oficina. Conoce a un empresario y me ha prometido ayudarme.

SAMUEL.—Pero, ¿qué te pide ese hombre a cambio de ayudarte?

ROSA.—Claro que nadie da nada gratis, Samuel. Si no se paga de un modo, se paga de otro.

SAMUEL.—¡Por Dios, Rosa! ¡Tú no harás eso!

(*VICENTE JONES sale de casa.*)

ROSA.—(*Viendo a Jones en el vestíbulo.*) Mira, ya tenemos otra vez a ese sinvergüenza. (*Se va hacia la izquierda del rellano.*)

VICENTE.—(*En la puerta.*) Hola, Rosita. ¿Te has pasado la noche aquí con tu prometido? (*Rosa no contesta. Dirigiéndose a Samuel.*) ¡Hola, grande hombre! ¡Chócala! (*Se acerca a la ventana y le coge la mano a Samuel.*)

SAMUEL.—(*Librándose difícilmente.*) Suéltame, déjame.

ROSA.—Déjale tranquilo.

(*Vicente Jones da a Samuel otro apretón de manos y le suelta. Samuel se encoge en la ventana, acariciándose la mano.*)

VICENTE.—(*Saludando con la mano, mofándose.*) ¡Jesús, y qué delicadito es el niño! con cuatro "rounds" se queda k. o. (*A Rosa.*) Y tú, ¿qué, iremos juntos esta noche?

ROSA.—(*Malhumorada.*) Sí, hombre.

VICENTE.—¡Ah! Ves, eso ya es ponerse en razón. Te daré dos dólares si me dejas...

ROSA.—A callar, sinvergüenza...

(*Vicente se ríe. Samuel profiere un grito inarticulado.*)

VICENTE.—(*Amenazador.*) ¿Qué es eso? Me parece que estás haciendo oposiciones a que te breen. (*Hace un gesto amenazador. Samuel se contrae hacia atrás. Con una gran carcajada, mientras se va hacia los escalones.*) ¡Kaplau el luchador, la gloria de Jerusalén! (*Mira a uno y otra y vuelve a reír.*) Ya lo puedes decir bien alto. (*Se va por la izquierda.*)

ROSA.—¡Oh, si yo encontrase el modo de marcharnos de

aquí! (*Samuel se pone el revés de la mano contra la frente y se inclina sobre ella.*) A veces me dan ganas de huir.

SAMUEL.—Sí.

ROSA.—A cualquier parte, lo mismo da. El caso es huir de aquí.

SAMUEL.—(*Levantando la cabeza.*) ¿Por qué no lo hacemos?

ROSA.—(*Con un estremecimiento, dirigiéndose a la ventana de Samuel.*) ¿Huirías conmigo, Samuel?

SAMUEL.—Sí, a cualquier parte.

ROSA.—He oído decir que fuera de Nueva York la gente no es tan mala. No está tan materializada. Y, sola, una puede hacer mil cosas. (*Súbitamente.*) Pero... ¿y tú, Samuel? ¿Qué harías tú?

SAMUEL.—También encontraré el modo de ganarme la vida.

ROSA.—¿Y tus estudios?

SAMUEL.—Lo dejaría todo para ir contigo.

ROSA.—No; no puedo consentir que me sigas. Yo puedo irme. Es distinto.

(*EASTER sale por la derecha.*)

EASTER.—(*Parándose a la derecha de la escalinata.*) Buenos días, señorita Maurrant.

(*Asombrada, Rosa se vuelve y le ve por primera vez.*)

ROSA.—(*No muy amable.*) ¡Oh, buenos días, señor Easter. ¿Qué le trae a usted?

EASTER.—(*No muy plausible.*) Tenía que hacer una diligencia precisamente por aquí y he pensado: Si la señorita Maurrant está en casa podremos ir juntos a los funerales.

ROSA.—¡Ah!, ¿ha sido por eso? Realmente, me extrañaba verle por aquí. (*Una pausa molesta.*) ¿Me permite que le presente a mi amigo, el señor Kaplau?

EASTER.—Tanto gusto en saludarle.

(*Samuel no contesta. Otro silencio.*)

ROSA.—(*A Easter.*) Mucho calor, ¿verdad?

EASTER.—Aun más que ayer. (*Acercándose a la escalinata.*) Le diré lo que estaba pensando. Pensaba que después de los funerales podemos ir a una playa cualquiera y tomar un poco el fresco.

ROSA.—Hoy me es imposible. Tengo muchas cosas que hacer...

EASTER.—Las deja para otro día.

ROSA.—De ningún modo. (*Mirando su reloj.*) Bien. Ya es hora de irse.

EASTER.—Sí, ya es hora. Tomaremos un taxi en la esquina.

(*La señora Maurrant sale a la ventana, mira hacia la calle y ve a Rosa y a Easter.*)

ROSA.—Prefiero ir andando. Está cerca.

EASTER.—Hace demasiado calor para andar hoy.

ROSA.—*(Empezando a irse por la izquierda.)* No, iremos por la acera de la sombra.

EASTER.—Se va mejor en taxi.

ROSA.—Pues yo prefiero andar.

EASTER.—Bien; sea como usted quiere. Buenos días, señor Kaplau. Tanto gusto...

(Samuel murmura una respuesta que no se entiende.)

ROSA.—Adiós, Samuel. Hasta luego; ya te veré.

(Samuel baja del aféizar y entra en casa. La señora Maurrant permanece en la ventana mirando hacia fuera con evidente expectación.)

VOZ LEJANA.—*(Fuera de escena.)* ¡Cere-zas! ¡Cere-zas!

(Una muchacha de diez y ocho años, anémica, con un rollo de música bajo el brazo, sale por la izquierda. Entra en la casa y llama a uno de los timbres del vestíbulo. Va hacia la puerta de entrada y espera. Un momento después la señora Fiorentino sale a la ventana y precipitadamente sacude la ropa de la cama. Un momento después se oye el cerrojo y la muchacha entra en la casa.)

LA VOZ.—¡Cere-zas! ¡Cere-zas! *(Más cerca.)*

(SANKEY sale por la derecha. Lleva un lápiz en la oreja y lleva una gorra con un letrerito de metal y una visera. Lleva una gran cartera. El y la señora Maurrant cambian una mirada y se desconciertan. La señora Maurrant le hace señas y él se acerca a la barandilla, bajo la ventana.)

ANNA.—*(En voz baja.)* Sube.

SANKEY.—*(Mirando alrededor nerviosamente.)* ¿Ahora?

ANNA.—Sí; tenemos que hablar.

SANKEY.—¿Está fuera?

ANNA.—Sí; se marchó a Stanford.

SANKEY.—¿No es demasiado tarde?

ANNA.—No. Rosa no volverá hasta dentro de una hora. Hoy no trabaja.

SANKEY.—Está bien. *(Mira alrededor otra vez. Luego se marcha rápidamente hacia la escalinata. SAMUEL aparece en la puerta de entrada. Al empezar a andar, cuando ve a Sankey se para y le mira. Sankey mira a Samuel, duda un momento y entra rápidamente en la casa. Samuel coge un periódico de la caseta del correo, sale de casa y baja los escalones. Mira hacia las ventanas de los Maurrants, ve las persianas echadas. Mira a su alrededor, perplejo, sin saber qué hacer. Por fin, sube las escaleras, arranca la faja del periódico y comienza a leer. La*

muchacha que entró en el piso de los Fiorentino empieza a tocar el piano. Continúa tocando durante toda la escena. Dos hombres mal vestidos y ordinarios salen por la izquierda y se acercan a la escalinata. JAMES HENRY, un alguacil, y FRED CULLEN, su auxiliar, se detienen delante de la casa. Samuel no se da cuenta de su presencia.

ALGUACIL.—(*Cruzando hacia la izquierda de la escalinata y sacando un papel del bolsillo.*) Es aquí. (*A Samuel.*) ¿Vive aquí una tal Hildebrand?

SAMUEL.—(*Extrañado.*) ¿Qué?

ALGUACIL.—¿Que si vive aquí un tal Hildebrand?

SAMUEL.—Sí, en el cuarto piso.

ALGUACIL.—Quizás fuese mejor que llamásemos al portero, Fred.

(*Fred sube las escaleras y llama al timbre del portero; después se inclina sobre la barandilla de la izquierda.*)

FRED.—(*Llamando.*) ¡Portero!

OLSEN.—(*Desde abajo.*) ¿Qué pasa?

FRED.—Suba un momento. (*Cuando Olsen aparece, bajo.*) Traemos un oficio para una tal Hildebrand.

OLSEN.—¿Hildebrand? Cuarto piso.

FRED.—Sí, ya lo sé. Tenemos un oficio para ella.

ALGUACIL.—Soy el alguacil Henry. Traemos un oficio de desahucio.

OLSEN.—(*Subiendo.*) ¡Ah, sí! ¿Vienen a echarles?

ALGUACIL.—Exactamente ¿Tiene alguien que le saque los muebles?

OLSEN.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¡No lo sé!

ALGUACIL.—Pues se los pondremos en medio de la calle. Andando, Fred.

(*Entran en la casa. Olsen pone los puños bajo su barba y fuma su pipa. Samuel se sienta en los escalones, profundamente serio. El mozo de una tienda sale por la izquierda con una cesta llena y baja la escalera del sótano. MAE JONES sale de casa. Se detiene en el escalón más alto. Bosteza en silencio y se va por la izquierda. Ella y Samuel ni se miran.*)

VOZ.—(*Más próxima.*) ¡Cere-zas! ¡Cere-zas!

(*La señora OLSEN sale del sótano con un cubo lleno de agua y sube la escalera, entrando en el vestíbulo. Olsen bosteza y se va al subterráneo. La señora JONES sale a la ventana con el pelo húmedo, una toalla en la espalda, y saca la cabeza para que se le seque.*)

UN TRAPERO.—(*Saliendo por la izquierda.*) ¿Quién tiene trapos que vender? (*Lleva un traje viejo, y bajo el brazo, un lío*

de periódicos. La señora Olsen, de rodillas, empieza a fregar el vestíbulo. FRED sale de la casa con una silla y un cuadro, que pone en medio de la acera, apoyados sobre la barandilla de la izquierda. El Trapero, como si se dirigiese a alguien.) ¿Quién tiene ropa vieja que vender? (*A Samuel.*) ¿No tiene trajes viejos, joven? (*Samuel no le hace caso. Fred vuelve a entrar en la casa. El Trapero, a la señora Jones.*) ¿No tiene trapos que vender, señora?

EMMA.—No, nada.

TRAPERO.—¿Sombreros, zapatos, medias viejas?

EMMA.—Ya le he dicho que nada. (*Mientras el Trapero se va por la izquierda, MAURRANT aparece llevando aún su mochila.*) ¡Y cómo, señor Maurrant! (*Maurrant mira hacia arriba sin contestar y va hacia la escalinata.*) ¡Yo creí que se había usted marchado a Stanford!

MAURRANT.—He cambiado de camino... (*Se para en la puerta de la escalinata y mira a lo alto las persianas cerradas de su piso. Samuel se levanta poco a poco; sus ojos parecen fascinados y se fijan sobre Maurrant. Los movimientos de Maurrant se tornan felinos. Lentamente se va hacia la escalinata con la espalda arqueada como un tigre a punto de embestir.*)

SAMUEL.—(*Súbitamente, cerrándole el paso de los escalones.*) ¡Ah, no! ¡Por amor de Dios!

MAURRANT.—(*Con rabia.*) ¡Quítate de delante! (*Le aparta a un lado tan violentamente, que casi lo tira.*)

(*La señora Olsen, llena de terror, se levanta y se encoge en un rincón, mientras Maurrant, con furtiva rapidez, entra en casa. Samuel salta las escaleras y se planta delante de las ventanas de los Maurrant. El Alguacil sale de casa llevando una cesta llena de vajilla y cacharros.*)

SAMUEL.—(*Misteriosamente.*) ¡Señora Maurrant! ¡Señora Maurrant!

EMMA.—¿Qué pasa?

(*El Alguacil coloca la cesta sobre la balaustrada y mira extrañado.*)

SAMUEL.—(*A la señora Jones.*) ¡De prisa! ¡Vaya a avisarla! ¡De prisa!

EMMA.—¿Qué ¿Qué pasa? (*De pronto.*) ¡Ah! ¿Está el otro dentro? (*Abandona la ventana de prisa.*)

SAMUEL.—¡Sí! ¡Señora Maurrant! ¡Señora Maurrant!

(*Se oye un grito de terror que sale de la habitación de los Maurrant.*)

VOZ DE ANNA.—¡Frank! ¡Frank!

(*Se oyen dos disparos, uno tras otro, y el rumor de un cuerpo*

pesado que cae. La señora Olsen sale del vestíbulo y entra en el subterráneo. Se oye la voz de Sankey, desarticulada por el miedo. Entonces se levanta una de las ventanas y aparece SANKEY por la ventana sin americana, con la cara deformada por el terror. Procura abrir la ventana, pero sólo puede romper el cristal con el codo. MAURRANT aparece tras él y le empuja fuera de la ventana. Se oye otro disparo.

ALGUACIL.—Pero ¿qué diantre pasa? Tú, vete a buscar una ambulancia. (*Empuja a Samuel hacia la izquierda y él se va de prisa por la derecha.*)

(*Cuando Samuel se marcha se empieza a formar un grupo que va creciendo por momentos. OLSEN sale del subterráneo seguido por el chico de la tienda. Los dos obreros salen también de la excavación. Dos o tres obreros del edificio derribado llegan por la derecha.*)

UN OBRERO.—¿Qué ha pasao?

UN HOMBRE.—¿Qué ocurre? ¿Un crimen?

(*Se reúnen otros a la multitud: un vagabundo, el portero de una casa vecina, seis o siete mujeres del vecindario, una vestida de calle, las otras con ropas de casa. La discípula de Lippo sale a la ventana, sin saber qué pasa, y preguntando a todo el mundo, sin que nadie le conteste. Mientras se apiña la multitud, FRED, el auxiliar del Alguacil, sale por la ventana de la que han roto los cristales.*)

FRED.—(*Excitado.*) ¡Cogedlo! ¡Baja por la escalera!

UN OBRERO.—¿Quién baja?

UN HOMBRE.—¡Ya está aquí!

(*La multitud murmura con excitación y se va a la escalinata cuando la puerta se abre y sale MAURRANT. Lleva la chaqueta abierta y la camisa destrozada. Las manos, la cara, el traje, cubiertos de sangre. Se detiene un momento en la puerta, mirando a la multitud. Sus ojos brillan extrañamente.*)

FREG.—Cogedle. ¡No dejen que se escape!

(*Al hacer la multitud un movimiento de conjunto hacia Maurrant, él saca un revólver automático y amenaza. La multitud se hace atrás. Algunas mujeres gritan.*)

MAURRANT.—¡Fuera todo el mundo! ¡Fuera!

(*La multitud se recoge hacia la izquierda, dejándole paso. Dando la izquierda a la balaustrada, baja rápidamente las escaleras, apuntando a la multitud con el revólver y mirando de escapar por el sótano. Se le acerca un hombre por la derecha, pero Maurrant presiente su presencia a tiempo, le amenaza con el revólver y escapa por el subterráneo. Mientras pasa todo, se levanta la otra persiana de la casa de los Maurrant. La se-*

ñorita CUSHING, que aparece, abre la ventana y asoma la cabeza.)

SRTA. CUSHING.—¡De prisa! ¡Llamen a la ambulancia! (*Nadie hace caso, porque todos vigilan a Maurrant. Cuando éste baja la escalera del sótano, la multitud se adelanta hasta la barandilla y mira asomándose. Se oye un grito de la señora Olsen. Fred se va de la ventana.*) ¡Que vaya alguien en busca de la ambulancia! (*Viendo que nadie la atiende, abandona la ventana.*)

OLSEN.—¡Olga! (*Y desaparece por las escaleras del subterráneo.*)

UN HOMBRE.—(*Gritando.*) ¡Un guardia!

(*La multitud mira hacia la derecha. Un Policía sale por la derecha.*)

EL POLICÍA.—¿Dónde está?

VOCES DE LA MULTITUD.—¡Abajo, en el sótano! ¡Ha huído por el sótano! ¡Se ha ido escaleras abajo, corriendo!

EL POLICÍA.—¡Dejen paso! ¡Circulen! (*El policía y dos hombres más de la multitud bajan al sótano.*)

VOCES.—¡Cuidado! ¡Cuidado, que lleva un revólver cargado! (*La multitud se asoma por la barandilla.*)

SRTA. CUSHING.—(*Sacando la cabeza por la ventana de Rosa.*) ¡Eh!, ¿que no me oyen? ¡Vayan a avisar una ambulancia!

OTRO HOMBRE.—(*Mirando hacia arriba.*) ¿Qué pasa? ¿Dice usted que se necesita una ambulancia?

SRTA. CUSHING.—¡Sí; corriendo!...

OTRO HOMBRE.—(*Al chico de la tienda.*) ¡Ve ahí a la esquina, al hospital, Juanito, y di que traigan una ambulancia!

EL CHICO.—¡Voy corriendo!

SRTA. CUSHING.—¡De prisa, chico!

(*El chico de la tienda sale corriendo por la izquierda. La señorita Cushing deja la ventana. En tanto, cuando el Policía y los dos hombres han bajado al sótano, el ALGUACIL llega.*)

ALGUACIL.—(*Cuando ya se ha marchado el niño de la tienda.*) ¿Le han prendido?

UN HOMBRE.—¡Se escapó por el sótano!

OBRERO.—¡El guardia le persigue!

ALGUACIL.—¿Por qué no le cogieron ustedes?

(*FRED sale de la casa.*)

UN OBRERO.—Lleva un revólver.

FRED.—¡Que vaya alguien en busca de una ambulancia!

HOMBRE.—Ya fué el chico.

UNA MUJER.—Hay una casa de socorro aquí mismo, en la esquina.

OTRO HOMBRE.—Ya deberia estar aquí.

(*La multitud rodea a Fred.*)

ALGUACIL.—(*Abriéndose paso entre la multitud y subiendo las escaleras.*) ¿Qué ha pasado, Fred?

FRED.—(*Al tiempo que la multitud va hacia la escalinata.*) Un crimen. La mujer de ese hombre y otro tipo. ¡Dios mio! ¡Hay una de sangre por todas partes!

(*Llega otro POLICIA por la izquierda, seguido de SAMUEL.*)

FRED.—¡Arriba, oficial! ¡Hay dos heridos!

POLICIA.—(*Abriéndose paso con los codos.*) ¡Dejen paso, circulen! (*Va hacia la escalinata y atraviesa la puerta.*) ¿Quién ha sido el autor?

MULTITUD.—¡Por el subterráneo! ¡Por el subterráneo!

FRED.—Le ha seguido otro policía. Es mejor que suba usted. Primer piso.

SAMUEL.—(*Con aspecto de agonizante.*) ¿Los ha matado?

(*Nadie hace caso.*)

ALGUACIL.—(*Deteniendo al Policía y enseñándole su insignia.*) Soy alguacil.

POLICIA.—No deje que entre ni salga nadie, ¿me oye?

ALGUACIL.—Está bien.

(*El Policía entra rápidamente en la casa.*)

SAMUEL.—¿Los ha matado?

(*Nadie hace caso. El Alguacil se pone en la puerta.*)

BUCHANAU.—(*Saliendo por la ventana de los Maurrant.*) ¿Dónde está la ambulancia?

ALGUACIL.—Ahora viene. ¡Ahora sube un policia!

SAMUEL—¡Señor Buchanau! ¡Señor Buchanau! ¿Los ha matado?

(*Pero Buchanau ya se retiró. Los dos hombres que siguieron al Policía hacia el subterráneo suben. La multitud va de la barandilla hacia la derecha.*)

ALGUACIL.—¿Lo han cogido?

UNO DE LOS HOMBRES.—Se debe haber escondido en algún sitio. El policía le sigue buscando.

OTRO HOMBRE.—Más valdria que alguien fuera a decir que trajeran las camillas.

(*Samuel sube los escalones y quiere entrar en casa.*)

ALGUACIL.—(*Cogiéndole por el brazo.*) No se puede entrar. ¡Atrás! (*Empuja a Samuel contra la multitud, escalones abajo.*)

POLICIA.—(*Saliendo por una ventana de los Maurrant.*) ¡Eh!; que vayan al dispensario. Que traigan las camillas. De prisa. (*Se separa de la ventana.*)

ALGUACIL.—Ve tú, Fred.

FRED.—En seguida.

UN HOMBRE.—En la tienda de al lado hay teléfono.

(*Se oye una campana de la ambulancia por la izquierda; al tiempo que Fred se marcha rápido, otro espectador va de prisa hacia la multitud.*)

VOCES DE LA MULTITUD.—Ya está aquí. Ya está aquí la ambulancia. Ya esta aquí.

UU HOMBRE.—¡Ya no llegarán a tiempo!

POLICIA.—(*Volviendo a asomarse.*) ¿Ya está ahí la ambulancia?

ALGUACIL.—Sí; acaba de llegar.

(*BUCHANAU y la señora JONES se asoman a la ventana detrás del Policía y por la otra ventana se ve a LIPPO, CUSHING, e HILDEBRAND. Un Interno de Hospital y un Mozo de Ambulancia llegan por la izquierda.*)

POLICIA.—Aprisa doctor. Ella aún respira.

INTERNO.—(*Forcejeando para abrirse paso entre la gente.*) Está bien; será mejor subir la camilla, Harry.

MOZO DE AMBULANCIA.—Sí, señor. (*Se va corriendo por la izquierda. El Interno entra rápido en la casa. La gente parece que le quiere seguir; algunos suben la escalera.*)

ALGUACIL.—(*Empujándolos hacia atrás.*) Abajo. Abajo. Fuera de las escaleras todo el mundo. ¡Vamos!

(*La gente forma una masa compacta hasta el pie de las escaleras, las personas que había en las ventanas de Maurrant desaparecen. FRED vuelve de prisa por la izquierda.*)

FRED.—(*Abriéndose paso entre la gente y subiendo los escalones.*) Ya se lo he dicho. Vendrán en seguida. Otro policía busca al asesino por la parte del sótano que da a la tienda de al lado.

ALGUACIL.—Ya se hará con él, ya. (*Mirando el reloj.*) Vaya trabajo que te ha llovido encima, Fred. Hoy nosotros hacemos dos oficios.

FRED.—Tienes razón, Harry. (*Entra en la casa. El Mozo de la Ambulancia sale de la izquierda llevando una camilla.*)

MOZO DE LA AMBULANCIA.—¡Déjenme paso!

ALGUACIL.—¿Quiéren hacerse atrás, sí o no? ¡Qué tienen ustedes que ver con lo que ha pasado, curiosos! (*Baja los escalones y empuja a la gente hacia atrás. El Mozo de la Ambulancia entra en la casa.*)

POLICIA.—(*En la ventana.*) ¿Traen la camilla?

ALGUACIL.—Ahora suben con ella. (*A la gente.*) Vamos, atrás, atrás.

(*La discípula de Lippo, con su rollo de papeles de música, aparece tímidamente en la puerta.*)

Alguacil.—(*Cogiéndola violentamente por el brazo.*) ¿A dónde vas?

Niña.—A casa; voy a casa. (*Nerviosa.*)

Alguacil.—¿A casa? ¿En donde vives?

Niña.—En la calle de Lincoln.

Alguacil.—¿En la calle de Lincoln? ¿Y qué vienes a hacer aquí?

Niña.—Vengo a dar lección de música.

Alguacil.—¿Con que música, eh? Pues ahora no puedes salir.

Niña.—(*Empezando a llorar.*) Yo tengo que irme a mi casa.

Alguacil.—Ahora no puede ser. Ahora nadie puede salir de esta casa.

Policía.—(*Saliendo.*) ¿Quién es esta niña?

Alguacil.—Dice que viene aquí a dar lección de música y que quiere irse a su casa.

Policía.—(*A la Niña.*) ¿No sabe usted nada de este crimen?

Niña.—¿Yo? No, señor, no. No sé más que oí unos disparos. Mi madre estará intranquila si no voy a casa.

Policía.—Ahora no puede usted salir. Estése aquí, fuera del paso. Ahora la bajarán en seguida. (*La empuja hacia dentro de la casa y baja las escaleras.*) ¡Circulen! ¡Fuera de aquí delante todo el mundo! ¡Atrás todo el mundo! (*El y el Alguacil empujan atrás y hacia la derecha a la gente, dejando las escaleras y la entrada libres. Entonces vuelve el Policía a subir los escalones.*)

Alguacil.—¿Qué ha hecho? ¿Los mató a los dos?

Policía.—Me parece que sí. A su mujer y al amante. Un joven llamado Sankey. Ya había muerto cuando yo llegué.

Alguacil.—Yo le he visto cuando quería salir por la ventana y él lo ha cogido y se lo ha llevado dentro.

Interno.—(*Desde la ventana de Maurrant.*) ¡Oficial! ¿Quiére hacer el favor de subir? (*Se retira y el Policía entra en casa. De pronto, Samuel deja escapar un grito de angustia y abriéndose paso entre la gente va hacia la izquierda.*)

Alguacil.—¡Eh, tú! ¿A dónde vas por ahí?

(*Samuel no lo oye y corre.*)

Una Mujer.—¡Mira! ¡La hija de los Maurrant!

Otra.—¿Qué?

Una Mujer.—Es su hija.

(*Se oye un rumor de excitación entre la multitud cuando ROSA va rápidamente por la izquierda.*)

Rosa.—¡Qué pasa, Samuel! ¿Cómo es que está aquí la ambulancia? ¿Se ha herido alguien?

Samuel.—¡Vete, Rosa! ¡Vete!

Rosa.—¿Qué es, Samuel? ¿Qué ha pasado? ¿Es mamá? ¿No es mamá, verdad? (*Cogiéndose a él.*) ¿Samuel, es mi madre?

Samuel.—Ha sido un accidente. Vete, Rosa. (*Procura llevársela a la fuerza.*)

Rosa.—¡Dime lo que ha pasado! ¡Dímelo!

Srta. Cshing.—(*Saliendo de la ventana.*) Ahora la bajan.

Rosa.—(*Con un grito.*) ¡Es mi madre!

Srta. Cushing.—(*Viéndola.*) ¡Oh, Dios mío, 1 apobre Rosa!

(*La señora FIORENTINO, la señora JONES, señora HILDEBRAND, LIPPO y BUCHANAU se aprietan asomándose a las ventanas de los Maurrant.*)

Samuel.—¡Rosa! ¡Vete!

(*Ella no le hace caso, sino que permanece en la puerta esperando. El Interno sale con vivacidad de la casa.*)

Interno.—(*Al Aguacil.*) ¿Aguante la puerta abierta, quiere? (*Baja los escalones.*)

Alguacil.—Sí, señor doctor. (*Va de prisa hacia el vestíbulo.*)

Interno.—(*A la gente.*) ¡Circulen, háganse atrás ahora!

Rosa.—(*Cogiendo por el brazo al Interno.*) ¡Doctor! ¿Está muerta?

Interno.—¿Quién es usted? ¿Su hija?

Rosa.—Sí, señor. Soy su hija.

Interno—Está muy mal herida. Ahora apártese usted hacia un lado. Déjenos pasar. (*Dejan paso al Mozo de la Ambulancia y al Policía que salen de la casa llevando a la señora MAURRANT en la camilla. La multitud murmura.*)

Mozo de la Ambulancia.—Cuidado ahora.

Policía.—Sí, sí, ya llevo cuidado. (*Bajan la escalera y se dirijen hacia la izquierda.*)

Rosa. — (*Avanzando y cogiendo el borde de la camilla.*) ¡Mamá! ¡Madre mía!

Anna.—(*Abriendo los ojos, débilmente.*) ¡Rosa! (*Intenta levantar la mano, pero le cae, como muerta.*)

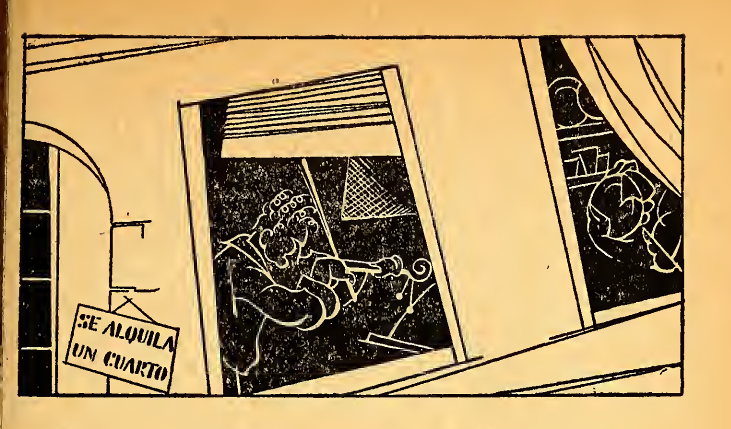
Interno.—(*Empujando a Rosa para separarla.*) Es mejor que no le digan nada ahora.

(*Samuel la coge por un hombro. Ellos dos y el Interno siguen a la camilla por la izquierda. La multitud va tras ellos.*)

(*FRED sale de la casa cargado con los pies de una cama de hierro.*)

TELON





ACTO TERCERO

Por la tarde del mismo día. A la izquierda de la escalinata hay un gran montón de ropa de cama.

(*Antes de levantarse el telón y continuamente después, más atenuadamente durante el acto, se oye una mujer que canta escalas. OLSEN, con la pipa en la boca, está reclinado en la barandilla. DOS HOMBRES, mozos de cuerda, salen por la izquierda.*)

UNO DE LOS HOMBRES.—(*Cogiendo el fardo de ropa.*) Bueno, Carlos. Ahora ya está todo.

(*Los Hombres se van por la izquierda. Un POLICIA sale de la casa llevando el vestido manchado de sangre de la señora Maurrant, la chaqueta de Sankey y la cartera. Baja por la escalera y sale por la derecha. De la izquierda salen dos jóvenes NIÑERAS en uniforme de moda, llevando sendos coches de niño, muy lujosos.*)

NIÑERA 1.ª—(*Mirando el número de la casa.*) Es aquí mismo. Justo. El 346. (*Se paran bajo las ventanas de los Maurrant.*)

NIÑERA 2.ª—Creo que sí.

NIÑERA 1.ª—Sí, sí. (*Mirando hacia arriba.*) ¿Aquí en el primer piso, ves?

NIÑERA 2.ª—No cabe duda. Mira, mira. Debe ser aquella ventana en la que falta un cristal. Eso es: por ahí quería escaparse el amante.

NIÑERA 1.ª—¡Sí que estás bien informada de este crimen!

NIÑERA 2.ª—(*Cogiendo un periódico que lleva doblado dentro del coche.*) ¡Espera! Es que han publicado una foto de la casa. (*Pasando las hojas del periódico.*) Aquí. (*Miran con gran interés mientras ella lee:*) "Ilustración en que aparece Sankey intentando inútilmente escaparse de la venganza del marido celoso, cuyo hogar había destruído". Aquí tienes a Maurrant cogiéndole por detrás. ¿Lo ves? Y ella procurando desviar el revólver para que no le mate. ¿Pero ves? ¿Fíjate la cantidad de sangre que le chorrea de la cara, eh?

NIÑERA 1.ª—Es escalofriante. Imagínate tú la impresión que tendrían los dos amantes cuando él los sorprendió, revólver en mano. Se me pone la piel de gallina sólo de pensarlo.

NIÑERA 2.ª—Fué que uno les descubrió. Crees tú que hay muchos maridos que no saben ni la mitad de lo que pasa en sus casas, mientras trabajan para llevar el pan a casa.

NIÑERA 1.ª—Dímelo a mí. Si yo dijera todo lo que sé, más de una casa que ahora es feliz lo pasaría mal. No sé si ya le habrán cogido.

NIÑERA 2.ª—(*Cuando el niño empieza a lloriquear.*) Ay, Dios mío, ya vuelve a empezar éste. (*Al niño, que no se ve.*) Calla, monín; ¿vamos, quiéres callar? (*Columpia un poco el coche.*)

UN POLICIA.—(*Asomándose a las ventanas de los Maurrant.*) Circulen, señoras. No se permite estacionarse aquí.

NIÑERA 1.ª—(*Apasionadamente.*) ¿Oiga, le han prendido ya?

UN POLICIA.—Pero no saben la última noticia. Parece ser que le han visto a la altura de Nueva Escocia, camino de París.

NIÑERA 1.ª—¿Y a quién detendrán ahora?

NIÑERA 2.ª—(*Coqueteando.*) Escúcheme a mí; ¿no nos dejaría subir a curiosear un poquillo?

POLICIA.—¿Verdad que sí, monada? Y se traen a los niños, también. Y si se esperan aquí, a media tarde les darán chocolate para merienda.

NIÑERA 2.ª—Mira si es amable este poli.

NIÑERA 1.ª—(*Mirando su reloj.*) Oye tú, yo me he de ir. (*Cogiendo y empujando el coche.*) La señora me armaría un escándalo si supiese que llevo a paseo a su preciosa criatura por barrios como éste.

NIÑERA 2.ª—(*Empujando también el coche.*) No hay muchas cosas que ver. Una casa bastante triste y vulgarota. (*Se van por la izquierda.*)

POLICIA.—Cuidado con tropezar, niñas.

NIÑERA 2.ª—Vaya fresco que es usted.

POLICIA.—Es lo que conviene con este calor. ¿Recuerdos a la

señora Vanderbilt, eh? Dígale que son de parte de Harry.

(*Cuando las Niñeras se van por la izquierda, EASTER sale por la derecha con periódicos liados bajo el brazo.*)

EASTER.—(*Al Policía, acercándose a la izquierda de la escalinata.*) ¿La señorita Maurrant está ahí, guardia?

POLICIA.—No. No hay nadie más que yo.

EASTER.—¿No sabe por casualidad donde está?

POLICIA.—No lo sé. ¿Es usted periodista?

EASTER.—¿Quién yo? Soy amigo de ella, me convendría verla.

POLICIA.—No la he visto desde que se ha ido al hospital, esta mañana. No ha vuelto. (*Se dispone a abandonar la ventana.*)

EASTER.—¿Oiga, guardia?

POLICIA.—¿Qué le pasa?

EASTER.—¿Ya le han detenido?

POLICIA.—No, todavía no; pero ya caerá, ya. (*Deja la ventana. Easter permanece a la izquierda de la escalinata dudando si irse o no. La señora JONES sale a la derecha llevando varios periódicos.*)

EMMA.—(*A Olsen.*) ¿Lo cogieron ya?

JORGE.—(*Moviendo la cabeza.*) No.

EMMA.—He estado en la comisaría hasta ahora. (*Haciendo un aparte en cuanto advierte la presencia de Easter.*) ¿Qué quiere este?

(*Jorge Olsen se encoge de hombros.*)

EASTER.—(*Acercándose.*) Perdonen. ¿Quizás pueden indicarme ustedes donde puedo encontrar a la señorita Maurrant? (*Olsen mueve la cabeza.*)

EMMA.—Eso si que no lo sé. Hace un momento que acabo de llegar de la comisaría. Quizás está en el hospital.

EASTER.—No; precisamente vengo ahora de allí.

EMMA.—Pues no se que decirle. ¿Es que la necesita para algo especial?

EASTER.—Soy amigo suyo.

EMMA.—Sí, sí. Ya recuerdo que le vi la otra noche hablar con ella, muy juntitos los dos, cuando yo llevaba a paseo el perrito. (*Mirándole de hito en hito.*) Crea usted, que ahora la pobre necesita de todos sus amigos. ¡Imagínese usted, con una desgracia así! Estábamos tan tranquilos en la casa a las diez de la mañana. Todo lo mismo que todos los días. ¡Y de repente, antes de que una pueda darse cuenta, ya han matado a dos!

OLSEN.—Ya lo decía yo a todo el mundo, que cualquier día la mataría.

EMMA.—Está mal eso de matar. Pero si alguien tenía razón para hacerlo, ese era él. Quisiera que hubiese usted oído alguna de las preguntas que me ha hecho la policía, ¡me han sacado los colores a la cara! "¿Qué se han figurado que soy yo—les he dicho—para saber esas cosas?" (*Mira de pronto hacia la izquierda.*) Aquí tenemos a Rosa.

EASTER.—¡Oh! (*Se dirige rápidamente a la izquierda al aparecer ROSA, que lleva cuatro o cinco paquetes.*)

EMMA.—(*A Olsen.*) Parece que éste se interesa, por ella.

(*Olsen afirma con la cabeza.*)

ROSA.—(*Ansiosamente mientras va hacia Easter, a la izquierda de la escalinata.*) ¿Le han prendido ya?

EASTER.—No. Lo acabo de preguntar al guardia que hay arriba.

ROSA.—¡Ay! ¡Si pudiera escaparse! Nunca hubiese hecho él una cosa semejante, de no creer que era su deber.

EASTER.—Hace poco que he sabido la desgracia. He ido directamente al hospital, pero usted ya no estaba.

ROSA.—(*Dirigiéndose a las escaleras.*) No ha vuelto a abrir los ojos. Han hecho por ella todo lo que podían, pero todo ha sido en vano.

EASTER.—Deje que yo le lleve estos paquetes.

ROSA.—No, no. Tengo ganas de sentarme un poco. (*Se sienta en la barandilla de las escaleras y pone el paquete a su lado.*)

EASTER.—¿No necesita nada? ¿Beber algo o cualquier otra cosa?

ROSA.—No, nada. ¡Hace tanto calor! (*Se pasa la mano por la frente.*) ¡Me ha hecho tantas preguntas esa gente!

EMMA.—(*Acercándose a la barandilla.*) ¿Estás mareada?

ROSA.—No; dentro de un momento ya me encontraré bien.

EMMA.—Si quieres subir a casa... Descansar un momento en la cama...

ROSA.—No. Gracias, no. Subiré a casa para recoger algunas cosas.

EASTER.—No suba. No hace falta.

ROSA.—Sí; tengo que subir. Necesito sacar unas cosas.

EASTER.—Deje que se las busque yo o esta señora.

EMMA.—Claro; no te conviene volver a ver el piso. Te podría dar algo...

ROSA.—No puede pasarme nada peor de lo que me ha pasado. (*Señalando los paquetes.*) He de cambiarme de ropa. He comprado un traje blanco para ella y medias de seda blanca. Quiero que vaya bien vestida.

EMMA.—¡Claro! Y el blanco es lo más indicado.

ROSA.—¡Se ha quedado tan natural! Y tan tranquila. Parece que duerme.

EMMA.—Lo mismo que mi madre. Todos hubieran dicho que se iba a levantar de un momento a otro. (*Empezando a subir los escalones.*) Nunca sabe uno, cuando se despierta, lo que ha de pasarle durante el día. (*Entra en la casa.*)

ROSA.—(*Levantándose.*) Es mejor que yo también suba. ¡Hay tantas cosas en casa que me esperan!

EASTER.—Déjeme que suba con usted.

ROSA.—Mil gracias, señor Easter. Pero quiero ir sola, y no lo tome a mal.

EASTER.—Oigame, Rosa. No puede usted quedarse sola en este trance. Usted es muy joven todavia. Por eso he venido yo. Sabía que necesitaria un apoyo.

ROSA.—Es usted muy amable, señor Easter, pero por ahora no necesito la ayuda de nadie. Se lo digo sinceramente. (*Abre uno de los paquetes.*)

EASTER.—Usted sola no podrá arreglárselas. Buscar un sitio donde vivir..., ¡todo, en fin!

ROSA.—(*Tomando un rosetón de crespón negro del paquete.*) No sé aún lo que haré. Tengo que buscar casa para Willie y yo. Me gustaría encontrar una en la que el niño no pudiera estar todo el día en la calle. Ahora ya no me tiene más que a mí para cuidar de él. (*Olsen baja al sótano. La señora Jones sale a la ventana y furtivamente mira a Rosa y Easter. Rosa, cuando ve que Olsen va hacia el subterráneo.*) Señor Olsen.

OLSEN.—(*Parándose.*) Mande, señorita.

ROSA.—¿Podría usted dejarme un martillo y unos clavos? Quisiera clavar este rosetón.

OLSEN.—Sí, señorita. Se lo traigo ahora mismo. (*Baja al sótano.*)

(*La señora Jones se retira de la ventana.*)

EASTER.—(*Insistiendo.*) ¿Por qué no me permite que le ayude?

ROSA.—Se lo agradezco muchisimo, señor Easter, pero ya me arreglaré yo sola. Además, quiero que sea así. Si no fuera joven y fuerte y capaz de arreglármelas yo sola, se lo diria. Pero lo soy y, por tanto, no necesito molestar a nadie.

EASTER.—Amiga... Rosa, para mí no seria molestia. Le ofrezco mi ayuda amistosamente.

ROSA.—Muchas gracias. Gracias, señor Easter; pero he pensado en todo, todo lo que me dijo la otra noche... Y no, señor Easter. He resuelto no dedicarme a la escena.

EASTER.—Hágame el favor, Rosa: usted se equivoca. Ahora le ruego que olvide todo aquello. No quiero más que ayudarla. Nada más. (*Avanzando hacia ella.*) Veo que es una criatura abandonada y quiero hacer algo por usted. No se imagine que quiero abusar de su situación.

(*SHIRLEY aparece por la izquierda llevando una carterita, de la que saca un periódico.*)

ROSA.—Es usted muy amable, muy amable, señor Easter. Y si necesito algo...

SHIRLEY.—(*Viendo a Rosa.*) ¡Rosa! ¡Pobrecita! (*Va hacia ella y la abraza.*) ¡Es terrible! ¡Es terrible!

ROSA.—Sí, sí que lo es. Yo ya tenía el presentimiento de que pasaría alguna desgracia.

(*OLSEN sube del sótano con un martillo y una caja de clavos.*)

SHIRLEY.—¡Cómo pudo hacer una cosa así! Cuando lo leí ¡no quería creerlo!

ROSA.—Estaba desesperado. Sólo quisiera estar segura de que ha huído lejos... (*Cuando Olsen se acerca.*) Gracias, señor Olsen.

OLSEN.—Ya lo haré yo, deje.

ROSA.—(*Dándole el rosetón.*) Me hará usted un favor. Me parece que se ha de clavar aquí. (*Señalando la izquierda de la puerta de entrada.*)

OLSEN.—(*Subiendo.*) Sí, sí.

ROSA.—(*Dirigiéndose a Easter y dándole la mano.*) Gracias por haber venido, señor Easter. No sé cuándo podré volver por la oficina. Ya me hará el favor de...

EASTER.—No me hable de eso... Pero, en tanto, querría...

ROSA.—Si necesito algo, tenga la seguridad de que le avisaré. (*Con tono de dar por terminada la conversación.*) Siga usted bien.

EASTER.—Adiós. Pero no olvide lo que le he dicho. (*El vacila. Después se decide a marcharse.*) Adiós. (*Se va por la izquierda.*)

ROSA.—Me voy arriba a buscar cosas que Willie y yo necesitamos. Samuel ha ido a buscarle al colegio y se lo ha llevado a casa de la tía. Ya comprenderán que no podía venir aquí. ¡Es tan niño!

SHIRLEY.—¡Es una cosa tan terrible! Aun no puedo creerlo.

OLSEN.—(*Sosteniendo en alto el rosetón.*) ¿Así?

ROSA.—Sí. Está bien. (*Dudando mientras coge los paquetes.*) Shirley, ya ve usted que tonta soy, pero me da un poco de respeto subir sola a casa. Si usted quisiera acompañarme.

(*Olsen clavando el rosetón.*)

SHIRLEY.—Todo lo que usted quiera, Rosa.

(*Suben juntas las escaleras.*)

ROSA.—Gracias. (*A Olsen.*) Muchas gracias, señor Olsen. Me ha hecho usted un gran favor. (*Entran en la casa ella y Shirley.*)

(*Olsen vuelve al sótano. ABRAHAM KAPLAU sale a la ventana y se sienta, empezando a leer el periódico. Un HOMBRE bajo y una MUJER alta, atlética, salen por la derecha. Van vestidos en traje de tennis y llevan en la mano las raquetas.*)

HOMBRE.—(*Mientras atraviesa la escena.*) De modo que le dijo eso mismo.

MUJER.—Y entonces yo le estuve mirando un rato, sin decir esta boca es mía. Y entonces dije, digo: "Amigo mío, ¿qué quiere usted esperar de los tiempos que corremos?"

HOMBRE.—(*Mientras salen por la izquierda.*) Claro. ¿Y qué dijo él?

(*BUCHANAU sale de la casa y viendo a Kaplau en la ventana, se detiene a la derecha de la balaustrada.*)

BUCHANAU.—¡Vaya un día de emociones el de hoy!

ABRAHAM.—(*Mirándole por encima del periódico.*) Es una cosa terrible lo que ha pasado.

BUCHANAU.—¡Ya lo creo! A mi modo de ver, yo creo que él no tenía derecho a matarlos a los dos, como lo ha hecho. Naturalmente, tampoco voy a suponer que ella tuviese derecho a hacer lo que hacia.

ABRAHAM.—¿Cómo podemos decir que somos civilizados, cuando vemos que aun existen estos celos del sexo? Celos que son capaces de despertar en nosotros las pasiones primitivas del salvaje.

BUCHANAU.—(*Desconcertado.*) Sí..., claro. También tiene razón, si lo mira por ese lado. Pero no puede pedirse que un hombre se cruce de brazos mientras le destrozan su hogar. Ahora que matarlos así es ir un poquito demasiado lejos. Bueno, me voy a telefonear a la comadrona, no sea que... Lo que ha pasado ha afectado mucho a mi mujer. Quería tanto a la señora Maurrant. (*Baja las escaleras y se va por la izquierda, mientras LIPPO sale por la derecha.*)

LIPPO.—(*Parándose delante de la ventana de Kaplau.*) No han cogido aún a Maurrant, ¿verdad?

ABRAHAM.—No he oído nada.

LIPPO.—Me parece que si lo pescan, lo sentarán en la silla eléctrica.

ABRAHAM.—La sed de sangre de nuestro pueblo inculto se saciará. Y el estado cristiano borrará hasta la última letra de la ley de Moisés.

LIPPO.—Si yo me encontrara un día mi mujer durmiendo con otro, créame que también los mataba a los dos.

(*SAMUEL sale por la izquierda.*)

ABRAHAM.—¿Cree usted entonces que el matrimonio da al marido derecho a la vida y la muerte de la...?

(*Samuel sube las escaleras.*)

SAMUEL.—¡Papá! ¿Hay noticias de Maurrant?

ABRAHAM.—No he oído decir nada.

SAMUEL.—La policía quiere hacerme declarar contra él. ¿Qué he de hacer, papá?

ABRAHAM.—Nada.

SAMUEL.—Pero es que con mi declaración puedo llevar a un hombre a la muerte deshonrosa. ¿Cómo puedo hacer eso? Yo hice lo que pude por detenerle. He procurado avisarla... (*Se para de pronto al oír unos disparos fuera de escena, por la izquierda.*) ¿Qué es eso?

LIPPO.—(*Con intención.*) Le han pescado, sin duda.

(*Se van por la izquierda Lippo y Samuel. Abraham mira por la ventana. En el mismo momento la señora JONES sale a su ventana, y un momento después se asoma a la suya la señora FIORENTINO. A la habitación de Maurrant se asoman el POLICIA, ROSA y SHIRLEY. Rosa lleva un traje de luto. OLSEN sale del sótano y se va hacia la izquierda. La señora OLSEN sube las escaleras. Diversos hombres y mujeres atraviesan de derecha a izquierda la escena.*)

ROSA.—(*Agitada.*) ¿Es él?

POLICIA.—Seguro.

(*Se oyen voces que gritan a distancia y otro disparo. El Policía deja la ventana.*)

ROSA.—¡Dios mío! ¡No tirarán contra él! (*Abandona la ventana.*)

SHIRLEY.—(*Siguiéndola.*) ¡Rosa!

(*Dos o tres personas más salen de la derecha y van hacia la izquierda. El Policía sale de la casa cuando BUCHANAU aparece por la derecha.*)

BUCHANAU.—(*Excitado.*) ¡Ya lo tienen!

(*El Policía sale por la izquierda. SHIRLEY se asoma de nuevo a la ventana de los Maurrant.*)

EMMA.—(*Gritando.*) ¡Lo han cogido!

BUCHANAU.—Sí. Estaba escondido en un horno, aquí en el 322. (*Cuando ROSA sale de casa.*) ¡Ya lo han encontrado, señorita Maurrant!

ROSA.—(*Con la mano en el corazón.*) ¡Oh! ¿Y está herido?

BUCHANAU.—No lo sé. Ha disparado contra los policías, y los

guardias contra él. Acababa yo de pasar cuando ha sucedido todo.

EMMA.—(*Asomándose exageradamente.*) ¡Vienen hacia aquí! (*Deja la ventana.*)

(*Se oye el rumor de mucha gente que se acerca, fuera de escena, por la izquierda.*)

ROSA.—¿Dónde? (*Baja los escalones y mira hacia la izquierda.*) ¡Oh! (*Se oculta la cara con las manos.*)

GRETA.—Es mejor que entre usted.

SHIRLEY.—Venga, Rosa.

BUCHANAU.—Sí, es mejor. (*La coge por el brazo.*)

ROSA.—(*Resistiéndose.*) No. No. Hagan el favor de dejarme. Quiero verle. (*Se apoya en la barandilla.*)

(*Se va oyendo más de cerca el ruido de la gente que se aproxima.*)

GRETA.—¡Mírenle!

(*La señorita CUSHING sale de la casa y se detiene en la escalinata, seguida un instante después por la señora JONES. MAURRANT llega por la izquierda entre dos POLICIAS. Detrás de él, otro POLICIA mantiene a raya a la gente, y entre ésta, a LIPPO y SAMUEL. Las ropas y el sudor casi le desfiguran por completo. La policía también evidencia la lucha sostenida.*)

ROSA.—(*Corriendo hacia su padre.*) ¡Papá! ¿Estás herido?

MAURRANT.—(*Que no la había visto antes.*) ¡Rosa!

UNO DE LOS POLICIAS.—(*Al cual Maurrant va atado.*) Hágase atrás, señorita.

MAURRANT.—¡Es mi hija! Por el amor de Cristo, déjenme hablar con mi hija. ¡Quizás no la volveré a ver más!

POLICIA 1.º—¡Dejadle hablar con su hija!

(*Es el oficial que había en la habitación de los Maurrant.*)

POLICIA 2.º—(*Después de un momento de duda.*) Está bien. (*Salvajamente, a Maurrant.*) Pero no tires, ¿oyes?

(*La multitud hace un movimiento de avance.*)

POLICIA 1.º—(*A la multitud.*) ¡Atrás!

MAURRANT.—¡Rosa! ¡Vas vestida de luto, Rosa!

ROSA.—¡Oh, papá, ¿por qué has hecho esto? ¿Por qué?

MAURRANT.—¡Estaba fuera de mí, Rosa! ¿Ha dicho algo ella?

ROSA.—Ni ha abierto los ojos.

MAURRANT.—Había bebido, Rosa; ¿comprendes ahora? Y todas las murmuraciones de la gente; quise acabar de una vez, ¡y ya ves!

ROSA.—¿Qué te harán, papá?

MAURRANT.—¿Qué quieres que me hagan? Muerte. Pero lo

mismo me da. Lo mismo me da ya todo. Era ella; no puedo quitármela de la cabeza, Rosa; ¡los ojos con que me miraba! No debí matarla, Rosa.

ROSA.—¡Era tan buena!

MAURRANT.—¡Ya lo sé, Rosa! Ahora lo sé. Pero no soy un asesino, ¿oyes?; es lo que quiero que sepas. Soy un desgraciado que ha perdido la cabeza.

POLICIA 2.º—Bueno. Ya basta. ¡Vamos!

MAURRANT.—Un minuto, ¿quieren? Es mi hija. ¡Hacedme el favor, hermanos! ¿Qué será de ti, Rosa?

ROSA.—¡Oh, no te preocupes, papá! No te tortures por mí ahora.

MAURRANT.—No he sido nunca muy buen padre, ¿verdad?

ROSA.—No pienses en eso, papá.

MAURRANT.—Créeme que yo no quería ser como era, ¿me crees? Las circunstancias, las cosas, me han hecho cambiar. Cuida de Willie, Rosa. No dejes que sea un asesino como su padre.

ROSA.—Haré todo lo que pueda por él, padre.

MAURRANT.—Eres una buena hija, Rosa. Siempre has sido una buena hija.

ROSA.—(*Abatida.*) ¡Oh, papá! (*Le echa los brazos al cuello y esconde la cabeza en el pecho de él. Maurrant solloza recatadamente.*)

POLICIA 1.º—(*Amablemente.*) Ande, señorita, ahora déjele ya. (*El Policía y Samuel cogen a Rosa y se la llevan.*)

POLICIA 2.º—Bueno, adelante, Carlitos.

(*Van hacia la derecha y la multitud los sigue. Separada, a la cola de la gente, va una mujer con un coche de niño. La señora Jones y la señorita Cushing se hallan entre la multitud. Rosa se va serenando y vuelve al pie de la escalinata seguida de Samuel. Los otros miran pasar la gente. Kaplau y la señora Fiorentino se separan de las ventanas. El primer Policía entra en la casa seguido de Lippo. La señora Olsen va al subterráneo. Shirley mira a Rosa y a Samuel por un momento, y después, de pronto, se va de la ventana.*)

SAMUEL.—(*Cogiendo a Rosa por el brazo.*) Rosa, mejor seria que entraras.

ROSA.—No. Ya vuelvo a encontrarme bien. De veras, Samuel. (*Procurando conservar la serenidad.*) ¿Qué le has dicho a Willie, Samuel?

SAMUEL.—Le he dicho que había ocurrido un accidente.

ROSA.—Es mejor ocultárselo. Pero se lo tendré que decir, claro. El mismo lo leerá en los periódicos, que no ahorrarán un

detalle. He visto a la señora Sankey en la comisaría. ¡Para ella también es terrible! ¡Pensar que queda con dos niños!

SHIRLEY.—(*Asomándose a la ventana de los Maurrant, con una olla tapada.*) ¡Rosa!

ROSA.—(*Mirando a lo alto.*) ¿Qué?

SHIRLEY.—En esta olla puesta al fuego hay un pollo.

ROSA.—¿Un pollo?

SHIRLEY.—Sí. El policía sintió olor de comida, esta mañana, y ha cerrado el gas.

ROSA.—¡Ah, ya sé! Mi madre me dijo que iba a hacer un poco de caldo para la señora Buchanau.

SHIRLEY.—Con este calor no tardará en estropearse.

ROSA.—No. Hay que dárselo a la señora Buchanau.

SHIRLEY.—Está bien; ahora se lo subo.

ROSA.—Gracias, Shirley. (*Shirley abandona la ventana.*) Hace pocas horas que ella estaba de pie aquí mismo, hablándome de ese pollo. Y después se marchó arriba, y cuando la he vuelto a ver la bajaban tendida en la camilla. (*Súbitamente, mientras sube los escalones.*) Me voy arriba a buscar las cosas.

SAMUEL.—He de hablarte, Rosa. ¿Qué harás ahora?

ROSA.—Aún no he tenido tiempo de pensarlo. Pero me parece que lo mejor que pueda hacer es irme de Nueva York. Como decíamos esta mañana, las cosas cambian cuando uno puede airearse y respirar un poco. Lo que no hubiera pensado nunca es que esta tragedia fuese la que me facilitara el camino.

SAMUEL.—Si te vas, yo me iré contigo.

ROSA.—Pero la...

SAMUEL.—¡Oh!; no vuelvas a hablarme de la carrera. Eres tú, tú, lo único que me interesa. ¿Crees que pueda vivir aquí, ahogándome hasta la muerte, en esta prisión, sin verte nunca? ¿Crees que la vida sin tí significa algo para mí?

ROSA.—Pero, Samuel: hemos de ser prácticos. ¿Cómo nos las arreglamos?

SAMUEL.—No me preocupa. Trabajaré donde sea y en la faena que me salga. (*Cogiéndola apasionadamente en sus brazos.*) ¡Rosa, no me dejes!

ROSA.—Te quiero, Samuel, más que nadie en el mundo.

SAMUEL.—Yo te adoro, Rosa. Déjame ir contigo.

ROSA.—¡Sería tan bonito poder vivir juntos! Eres distinto de todas las gentes que conozco. ¿Pero como hacerlo, di?

SAMUEL.—Estando juntos ya lo tendremos todo. Las demás preocupaciones no tienen importancia..

ROSA.—¡Ay, si la tienen, Samuel! Hay una porción de cosas en las que es necesario pensar. Suponte que nos pasa, bueno,

suponte que yo he de tener un hijo. Eso sucede a veces, hasta cuando uno no quiere ¿Qué haríamos entonces, Nos encontraremos atados por la vida, como toda esta gente. Todos empezaron queriéndose y pensando que serian felices, pero después se han dado cuenta de que no hallaban lo que buscaban, y ya era demasiado tarde.

SAMUEL.—Precisamente para librarnos de ese sentimiento de derrota es para lo que necesitamos estar juntos y nada más. Porque nos queremos y nos pertenecemos mutuamente podemos tener la fuerza necesaria para salvar todo eso.

ROSA.—(*Moviendo la cabeza.*) No, Samuel.

SAMUEL.—¿Por qué dices que no?

ROSA.—Por lo que decías hace un momento de pertenecerse el uno al otro. Creo que una persona no ha de pertenecer a nadie más que a sí misma. Si mi madre hubiese sido dueña de sí y mi padre también, no habría pasado lo que ha pasado. Si todo ha sido posible, es porque dependían de otros y se veían obligados a ocultarlo. ¿Sabes lo que quiero decir, Samuel? Por eso yo no quiero pertenecer a nadie, ni que nadie me pertenezca.

SAMUEL.—¿Quiéres pasarte toda tu vida sola? ¿No querer nunca a nadie, ni que nadie te quiera?

ROSA.—¡Claro que eso tampoco, Samuel! Querer más que nadie en el mundo. Pero querer y pertenecer no es la misma cosa. (*Poniendo las manos sobre los hombros de él.*) Samuel, escucha. Si ahora nos despedimos, no quiere decir que sea para siempre. Quizás un día, cuando tengamos más años y experiencia, las cosas sean distintas. No debes tomarlo como si fuera el fin del mundo, Samuel. He puesto en tí tanta confianza. (*Impulsivamente.*) ¡Dáme un beso!

(*Samuel la abraza y la besa apasionadamente. Una muchacha de diez y siete años con aire de tonta, una discípula de Lippo, sale de la izquierda y les mira escandalizada. Después, entra en el vestíbulo y llama al timbre. La puerta se abre y entra en la casa, al tiempo que SHIRLEY sale con una cesta de ropa. Shirley mira a Samuel y a Rosa.*)

ROSA.—(*A Shirley.*) Estaba diciéndole a Samuel que pienso irme muy pronto de Nueva York.

(*Samuel la mira un momento, tristemente; después se va hacia casa de manera súbita.*)

SHIRLEY.—He puesto sus cosas en este cesto. (*Avanza hasta la acera. La chica de antes, en la casa de los Fiorentino, empieza a tocar el violín.*)

ROSA.—(*Tomando la cesta.*) Ha sido usted muy amable con-

migo. No se apure por Samuel, Shirley. De hoy en adelante, será otro.

SHIRLEY.—Así lo espero.

(De la habitación de los Fiorentino se oye el violín que toca a tropezones la "Humoresca" de Dvorack.)

ROSA.—Ya verá usted, como sí. *(Tendiéndole la mano.)* Adiós, Shirley.

SHIRLEY.—Adiós, Rosa. *(Impulsivamente.)* Es usted una buena muchacha. *(La abraza y la besa.)*

ROSA.—Espero que nos volveremos a ver, algún día.

SHIRLEY.—*(Llorando.)* Claro que sí, Rosa.

(Rosa coge la cesta y se marcha por la izquierda. Shirley la mira marcharse.)

ABRAHAM.—*(Volviendo a asomarse.)* ¿Shirley, qué le pasa a Samuel? Se ha tirado sobre la cama, llorando.

SHIRLEY.—¿Déjale solo, papá, quiéres? *(Se vuelve, y entra de nuevo en la casa.)*

(Kaplau suspira, se sienta en la ventana y abre un periódico.)

(Una pareja de mediana edad, miserable, sale de la derecha y se acerca a la escalera.)

EL HOMBRE.—*(Mirando el letrero de "Se alquila".)* Mira, se alquila un piso. Seis habitaciones. ¿Qué te parece?

(Un grupo de chiquillos, fuera de escena, empieza a cantar una canción de calle, hasta que cae el telón.)

LA MUJER.—Sí, hombre; no perdemos nada con verlo. Llama al portero. *(El Hombre sube la escalinata y llama al timbre del portero.)* Se ha muerto alguien hace poco en la casa.

EL HOMBRE.—Sí; quizás por eso se alquila el piso. *(Enjugándose la cara con un pañuelo.)* ¡Uf! ¡Parece que cada vez hace más calor!

(La señora FIORENTINO se sienta en la ventana con un cesto de costura en la falda. La señora JONES y la SEÑORITA CUSHING salen por la derecha muy atareadas con su conversación.)

SRTA. CUSHING.—¡Pobrecita!

EMMA.—*(Mientras suben los escalones.)* Ta, ta; no se deje usted engañar por esas mosquitas muertas. No me extrañaría nada que siguiese el mismo camino de la madre. Tiene un señor amigo que no rondaría por aquí en balde. Esta noche pasada le vi, y esta tarde, al volver de la comisaría, le he encontrado aquí otra vez. *(Sigue hablando cuando entran en casa. La señora OLSEN sube las escaleras del sótano.)*

(Un marinero sale de la izquierda con dos muchachas, un brazo en la cintura de cada una. Pasan lentamente de un lado a otro de la escena.)

TELON

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.